

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
QUERETARO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

MAESTRIA EN PSICOLOGIA CLINICA

“ESCUCHAR LA(S) PSICOSIS: ANUDAMIENTO E
INSCRIPCION DEL ANALISTA EN EL TEXTO PSICOTICO”

T E S I S

Que para Obtener el Grado de:

MAESTRO EN PSICOLOGIA CLINICA

Presenta:

JOSE RAMIRO ORTEGA PEREZ

Octubre 1997

SECRETARIA DE EDUCACION

No. Adm. H57940
No. Título _____
Clas. 616-89
077e

**UNIVERSIDAD AUTONOMA DE QUERETARO
FACULTAD DE PSICOLOGIA
MAESTRIA EN PSICOLOGIA CLINICA**

**TESIS "ESCUCHAR LA (S) PSICOSIS: LA INSCRIPCION DEL ANALISTA
EN EL TEXTO PSICOTICO"**

**Que como parte de los requisitos para obtener el grado de
MAESTRO EN PSICOLOGIA CLINICA**

**Presenta:
José Ramiro Ortega Pérez**

**Dirigido por:
Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez**

Sinodales:

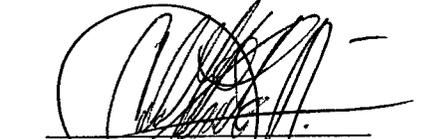
Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez
Presidente

Dr. Marco Antonio Macías López
Secretario

Mtra. Patricia Núñez Lemus
Vocal

Mtra. Susana Rodríguez Márquez
Suplente

Mtro. Francisco Javier Rosales Alvarez
Suplente



Firma



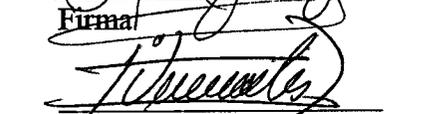
Firma



Firma



Firma



Firma

Mtro. Andrés Velázquez Ortega
Director de la Facultad de Psicología

M. en C. Carlos Isaac Silva Barrón
Director de Estudios de Posgrado

Centro Universitario, Querétaro, Qro. México.

“ESCUCAR LA (S) PSICOSIS: LA INSCRIPCION DEL ANALISTA EN EL TEXTO PSICOTICO”

RESUMEN:

El presente trabajo constituye una reflexión sobre la problemática del lugar que ha de ocupar un analista para formar parte del discurso de esa forma de locura que la psicopatología escribe como psicosis.

Se parte de la hipótesis de que el dispositivo psicoanalítico *per se* no tiene resuelto el asunto de la locura psicótica. Por el contrario, a lo largo de la historia se puede corroborar que predomina una lectura en la que el modelo de la neurosis se constituye en el paradigma fundamental de comprensión y escucha de la palabra del loco.

Es necesario liberar a esa palabra de toda su carga de significaciones preestablecidas, por la psicología y la psiquiatría, para lograr otra acogida del testimonio que conlleva. Ello representa una gran complejidad en la medida en que el discurso psicoanalítico aparece apresado en una densa red en la cual la teoría y la práctica reproducen, al mismo tiempo que sujetan, los dichos locos a significados convencionales.

Intentamos demostrar que la teoría del significante vehiculiza una profunda renovación conceptual y clínica dentro del psicoanálisis de modo tal que, por su conducto, la posición del analista ante la locura puede llevarse, realmente, a otra forma de inscripción.

“LISTING TO PSYCHOSIS: THE ANALYST’S LINKAGE AND ENGRAVEMENT IN THE PSYCHOTIC TEXT.”

ABSTRACT:

The current piece of work is a reflection on the role an analyst should play in order to take part of the discourse on the illness which psychopathology describes as psychosis.

We start from the hypothesis that the psychoanalytic disposal *per se* has not solved the matter of the psychotic madness. Nevertheless, throughout history it can be concluded that the model of neurosis in literature is a fundamental paradigm in the understanding and listening of the word mad.

It is necessary to free this word of all the burden of pre-established meanings by psychology and psychiatry so as to achieve a different reception of the testimony it carries.

This represents great complexity as long as the psychoanalytic discourse appears trapped in a dense network in which both, theory and practice are immersed in epistemologic models, institutional devices and clinical practice which reproduce, as well as hold, the crazy saying to conventional meanings.

We intend to prove that the significant theory means a deep conceptual and clinical renewal within psychoanalysis in such a way that through it, the position of the analyst before madness can be taken, in a real way, to another inscription form.

INDICE:

Introducción	pp. 1-9
Cap. 1 “El psicoanálisis en posición interrogante: ubicación epistemológica y metodológica”	pp. 10-33
Cap. 2. “La cuestión de la psicosis dentro del territorio ‘psi’”	pp. 34-55
Cap. 3 “Freud-Lacan”	pp. 56-81
Cap. 4 “La inscripción clínica: la problemática del caso”	pp. 82-101
Conclusiones	pp. 102-113
Bibliografía	pp. 114-118

INTRODUCCION

“... Todo escribe a nuestro alrededor, eso es lo que hay que llegar a percibir; todo escribe (...). Desde el momento en que podría ser una escritura, ya lo es ...”

Marguerite Durás (Escribir).

Al inicio del presente trabajo nos propusimos desarrollar la exposición conforme a dos objetivos, uno apuntaba hacia la cuestión de revisar la propuesta de la Escuela Freudiana de que es factible plantear una “estabilización” en las psicosis y el otro, se dirigía hacia exponer de modo concreto los movimientos que un analista tendría que realizar para inscribirse en el texto del loco.

El asunto resultó bastante más complejo de lo previsto, primero porque la ingenuidad que supone elegir una enseñanza, en este caso la lacaniana, desde un lugar específico y sin tomar nota de todas las implicaciones que ello trae, no puede menos que agregar dificultades al plan de trabajo.

A finales de esta década, coincidente con el término del siglo y con la apertura del milenio, el pensamiento de Lacan se presenta como una obra abierta y con un espíritu que resiste al dogma. Por ello las diferentes lecturas que se avalen con su nombre no pueden suponer “una” dirección conceptual dentro de las que se avale una u otra forma de patrimonio intelectual.

La dispersión del movimiento lacaniano, posterior a la disolución que Lacan realizara de la Escuela, confronta interpretaciones y dichos diversos. El asunto, sin embargo, posee una dimensión de mayor envergadura que una mera polémica entre capillas. La traducción de J.A. Miller, hombre por demás brillante, selecciona, atribuye, privilegia un sentido sobre varios posibles. El control sobre el plan de publicación de los seminarios, el cual según Elisabeth Roudinesco, tiene como pivote a la propia figura de Miller, ofrece como problema el que hasta el momento no se cuente con una edición total de los Seminarios. No es un problema menor tampoco el efecto institucional que se ha desarrollado bajo la guía de este autor, con un crecimiento impresionante de Escuelas y bajo programas de formación de “analistas” lacanianos.

El proyecto parece transitar por una vía del “demasiado sentido” que, per se, no es fácil de ser fundamentado en la propia obra de Lacan. El cuestionamiento que la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis realiza al respecto, nos ha permitido un cuestionamiento que se orienta en una triple dirección y con una marcada consecuencia: 1) la circulación-traducción del texto lacaniano que, bien puede decirse, resiste a las cuestiones familiares; 2) el privilegio de categorías y registros y el demérito de otras cuestiones centrales; tal es el caso del énfasis en el problema del goce, en las teorizaciones sobre lo real, y un consecuente abandono de la vía textual, de los problemas del escrito, de la traducción, del ternario R.S.I. y de las implicaciones nodológicas; 3) el asunto de la formación de analistas conforme a programas de trabajo que reproducen con otro esquema los cánones vía I.P.A., la acreditación de materias por ejemplo y la secundarización del problema del deseo del analista. Asuntos como la fábrica del caso, la presentación de enfermos, lo público y lo privado, así como, temas espinosos como el control y el pase toman matices diversos en función del contexto

de discusión. Puede notarse inclusive, si nos atenemos, estrictamente al resultado de las publicaciones que circulan en el medio, que para los seguidores de Miller la publicación de un caso y los movimientos técnicos respectivos pueden ser expuestos, prácticamente, sin consideraciones de índole alguna.

De este modo, la consecuencia principal consiste en que elegir una u otra orientación remite a cuestiones verdaderamente doctrinales y de estilo. Lo doctrinal supone un nudo donde teoría y clínica se imbrican en torno a una lógica de la falta, bordearla no es un asunto que se resuelva como producto de una mayor o menor comprensión del problema, más bien, es la posibilidad de ser consecuente con el legado de Freud-Lacan y hacer de la singularidad del caso una verdadera lección metodológica. ¿Cómo podrá llegarse a ella si lo “estructural” toma el lugar del texto único de cada sujeto?, ¿de qué modo se resistirá a la tentación de hacer planteamientos técnicos si, de entrada, problemas como el de la estabilización suponen una guía previa a la escucha?. No hay camino, que en plano o en la brecha, no suponga ya la ilusión de llegar a laguna parte.

El estilo no implica otra cosa que una posición ante el objeto, el a, para ser más específicos, de él se desprende la pertinencia o no de ciertas posturas de Escuela. ¿Cómo se podrá plantear el problema de la formación o de la escritura del caso si no es en torno a la polémica que este tema introduce?.

De este modo, el encuentro con estos cuestionamientos nos llevó a un recorrido sinuoso, ¿podría haber sido de otro modo?, en el que clínica, epistemología e institución no pudieron dejar de ser cuestionadas en todo su contenido de certezas.

Marcelo Pasternac (1) es contundente al señalar: “...No se trata entonces de una exhortación moral para propugnar un tipo de abordaje textual frente a otros posibles. Se trata de algo más radical que la simple elección entre dos formas de analizar, pues lo que está en juego es la permanencia o el abandono liso y llano del campo analítico. Y se lo abandona, en efecto, muy a menudo, o se lo anula, cuando el analista se deja atrapar por su propia tendencia a mantenerse en la dimensión del signo y a dar sentido, prontamente, él mismo a la producción del analizante...”.

Nada menos que un asunto que apunta hacia la propia estructura del psicoanálisis y no a una diferencia de interpretaciones.

LO TEXTUAL:

Al elegir el problema de la inscripción anotábamos un acuse de recibo: la vía de lo textual. ¿Qué es un texto?, el diccionario Larousse dice: “...Conjunto de palabras que componen un escrito...” (2).

La palabra en tanto hablada y el escrito no suponen sin embargo una secuencia lineal, habrá de establecer operaciones de transcripción, traducción y transliteración para realizar una producción que adquiera el nombre de textual, propiamente dicha. Es decir, el texto no

es un punto de partida, es un punto de llegada y al mismo tiempo, una forma de tratamiento inicial conforme a una regla: la primacía del significante.

Transcribir implica un cambio de registro, traducir la promoción de un doble giro, hacia el establecimiento del “un” sentido y hacia la extrañeza en que una palabra coloca al hablante original de un idioma ante una escritura particular, transliterar implica un cambio de carril, una verdadera promoción simbólica, en la que algo de lo que no cesa de no inscribirse hace borde con la palabra. Freud nos enseñó a reconocer “eso” con el nombre de inconsciente, Lacan nos permitió ubicarlo en la vía del lenguaje.

Ante las psicosis la vía textual se muestra crítica y particularmente pertinente, primero porque uno de los obstáculos principales para escuchar esa “...parte de verdad histórico-vivencial...” (3) se encuentra en el descrédito a la palabra del loco como un acto ajeno a la razón; segundo, porque la lógica de la clasificación fagocita la di(t)maensión del mensaje a favor del reconocimiento sintomal; y tercero, porque, inclusive en la obra de connotados psicoanalistas puede observarse una primacía de la comprensión y un demérito de la singularidad del mensaje.

Es posible observar que analistas “lacanianos” han convertido en una suerte de metalenguaje las categorías analíticas, convirtiendo en verdaderas fórmulas los diferentes momentos de la obra de Lacan.

La vía textual proporciona un posicionamiento base para admitir un testimonio, aquél que efectivamente realiza el loco en su existencia como ser-hablante.

EL SIGNIFICANTE:

La otra vía radical que encontramos para dar cuenta del testimonio clínico de la locura, consiste en llevar la teoría lacaniana del significante hacia algunas de sus consecuencias más importantes. Leer esta teoría, darle sentido e incorporarla bajo el marco de los propios implícitos epistemológicos es una posibilidad para cualquier estudioso del psicoanálisis, sea cual sea su posición real ante el analizante. Pero, la situación es más delicada de lo que parece en una primera impresión.

Nuestro recorrido nos llevó a revisar los propios “obstáculos epistemológicos” que en nosotros y en reconocidos autores han supuesto una incorporación parcial de la obra lacaniana y un fuerte sometimiento, en consecuencia, a las exigencias de comprensión provenientes de la propia epistemología y de las teorías psicoanalíticas que circulan en nuestro medio.

En psicoanálisis epistemología, teoría y clínica anudan una ética, nada más ni nada menos. De ahí que la posición ante el objeto y la función de analizar estén presentes como telón de fondo a las diversas propuestas y aproximaciones. Otra vez, el asunto se nos presentó como un ejercicio de “exo” y “eso” crítica imprescindible, no tanto para entender,

si no más bien para dejar de hacerlo, desde ese lugar que avecina y avala la intervención medicamentosa, en consecuencia, también, el patriarcado psiquiátrico sobre la locura.

Si admitimos que "...El psicoanálisis se nos aparece así funcionando alrededor de un axioma fundamental, axiomática de la falta, axiomática de la carencia..." (4), entonces, ningún sistema referencial que parta de lo completo, de las realidades sin falta, puede aspirar a formar parte del discurso analítico, por lo menos de aquél que hace su lección metodológica, de base, en la singularidad del caso y de la ineficiencia del sentido para su escucha.

La lección es clínica, por lo menos en uno de sus aspectos, en tanto que lo que se propone es la factibilidad de acoger un testimonio. ¿Cómo puede hacer esto un analista sino es escuchando puntual y textualmente el discurso del otro?. En el otro aspecto es formativa-intitucional, en la medida que los dispositivos de circulación del saber, de control sobre los candidatos y de transmisión abren o cierran los discursos hacia versiones dogmáticas o críticas.

Por todo ello, Lacan nos demuestra que en muchas ocasiones la asimilación de su enseñanza cae dentro de un redil que bien puede denominarse como universitario. En Radiofonía dirá que "...es por estar en progreso, sobre el discurso universitario que el discurso de analista podría permitirle cercar lo real cuya función es su imposibilidad..." (5). El discurso de la universidad tiene una pretensión realmente desmesurada, la cual consiste en instaurar una falta por medio del rodeo de un saber. El análisis, por el contrario, "... basta que un saber sea producido para que, por ese hecho mismo, se encuentre ya marcado por el 'no es eso'..." (6).

El saber consciente, producto de la ilusión de ser amo de una verdad, que no puede transmitirse más que por una vía dogmática demuestra poca pertenencia al Campo analítico. el saber que éste puede bordear, es aquél que Freud descubre como inconsciente y que Lacan ubica como falta.

No hay otro modo de cercarlo si no es por la vía del significante, haciendo del método una efectiva doctrina que no deja de significarse en el abordaje del caso, y convirtiendo la función analítica en una verdadera práctica de lo sorpresivo.

Allouch señala que "...la innovación metodológica es el producto de cualquiera en función de secretario..." (7).

Secretario, en tanto su toma puntual de notas, hará posible en algún momento remitir las cartas a su justo destinatario, quizá también escribir de manera conjunta la producción de ese texto dictado por otro en el lugar del la verdad.

No es una función espectacular, está fuera de la magia de quien hipnotiza o quien pretende atribuir a las lagunas de su saber las posibles fallas en su intervención. Se trata de no hacer una práctica que no sea ni comprensiva ni intrusiva, si acaso puntual y advertida. ¿De qué?. Del planteamiento de que "...El posicionamiento del deseo del psicoanalista como deseo advertido sólo puede apoyarse, si es cierto que la advertencia concierne al deseo en cuanto tal, en un saber en hueco, negativizado, que no afirma nada positivamente de su objeto..." (8).

Ni más ni menos que una ética del bien decir, que hace de la interrogación del deseo su lección más puntual.

Se ve, entonces, que sólo es por una curiosa función de descompletamiento de los saberes provenientes de un falso imaginario donde la falta no existe, que es factible realizar una escucha tal que el significante se convierta en la guía de una verdad enteramente singular.

LA INSCRIPCION:

De esta manera, lo que suponíamos un punto de llegada para poder escribir "casos" clínicos, donde se cuestionara tanto la inscripción como la estabilización de la locura, fue convirtiéndose en el curso de la investigación en una gran interrogante acerca de los avatares de la inscripción significante tanto en la teoría como en la clínica de las psicosis.

Lo que nosotros realmente recibimos fueron testimonios "locos" que en su pertinencia, nos hicieron imposible escribir certezas, ¿qué puede decirse acerca de cómo tratar o estabilizar a un psicótico, si antes que nada, es él quien debe admitir la adecuación de una escucha, de una toma de mensaje?.

En otras palabras, lo que fue haciéndose evidente es que todo nuestro recorrido partió de la "actos" locos, que en su dimensión significante hicieron imposible cualquier intento de aprehensión significativa. La cuestión, entonces, se derivó más hacia el problema de aquello que dio lugar a la acogida de un testimonio, y cuáles serían los pre-requisitos básicos simplemente para hacer reconocible el lugar de recepción, de acuse de recibo. ¿Porqué, a veces, no se puede testimoniar la recepción de ese "grano de verdad" presente en toda forma de locura?.

Estamos, entonces, realmente, en una cuestión preliminar sí, pero crucial también, en tanto que inscribirse en un texto psicótico conlleva la necesidad de ocupar el lugar justo para que aquél al que se denomina "loco" haga valer una palabra y admita una co-presencia, de un pequeño otro, que si continúa en su propia locura podrá hacer función de escriba.

Esta función, también, se fue mostrando más amplia de lo que supone una articulación técnica. La inscripción en el texto, se nos hizo evidente en una triple dimensión: apistemológica, institucional y clínica.

Inscripción triple, que registra en tres lugares la axiomática de la falta, y que hace de la carencia un modo de lectura, donde la negativización del saber juega a la novedad, tanto en lo discursivo, como en los soportes institucionales y final, pero, principalmente, en la singularidad de la escucha.

Así, lo que hemos articulado apunta a desarrollar la problemática de la inscripción haciendo notar el modo en que lo epistemológico, lo institucional (en facetas declarativas, teóricas o formativas) y la clínica hacen eco o no de este movimiento que se muestra como determinante para acoger ese especial mensaje de un loco, que nos muestra en toda su extensión, el atravesamiento del sujeto por la palabra.

No fue caprichoso que Lacan comenzará su obra por las psicosis, ellas le demostraron tanto el modo que el sujeto humano padece el “cáncer de la palabra”, como también, la manera en que un analista debe sostener su posición para dejarse llevar por el análisis del analizante, y en el caso del loco, por su testimonio.

La inscripción pues en su valor de acto, no con esa dudosa referencia a la motricidad o movilidad que el término conlleva, sino más bien, en su posibilidad de inaugurar algo.

Celia Jáuregui plantea: “...¿Qué es un acto? La palabra viene de *acta*, vocablo latino que significa *cosas hechas*, neutro plural de *actus* participio de *agere*, obrar. (...) El acto está ligado a la determinación de un comienzo, es decir que instituye el propio comienzo...”(9).

Testimoniamos, pues, un acto y comprometemos nuestro escrito a que lo sea.

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Pasternac, Marcelo. "Puntuación e ins(des)titución". En: Puntuación y estilo en psicoanálisis. SITESA, México, 1987, pp. 129-130.
- 2.- Larousse. Diccionario de la lengua española. Larousse Planeta, México, 1994, p. 642.
- 3.- Freud, Sigmund. Construcciones en el análisis. Tomo XXIII, Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, p. 270.
- 4.- Saal, Frida. "El saber y la Verdad". En: Braunstein, N. (Comp.). El discurso del Psicoanálisis. Edit. Siglo XXI, 1986. p. 169.
- 5.- Lacan, Jacques. Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Edit. Anagrama, Barcelona, 1977, p. 75.
- 6.- Allouch, Jean. Freud, y después Lacan. Edelp, Córdoba, Argentina, 1993. p. 15.
- 7.- Allouch, Jean. Ibid, p. 64.
- 8.- Allouch, Jean. "Presencia del psicoanalista, suscitación del objeto". En: Artefacto 1, ELP, México, marzo 1990, p. 44.
- 9.- Jáuregui Lorda, María Celia. "El escritor, el acto de la escritura...". En: Puntuación y Estilo, opc. cit. p. 81.

**EL PSICOANALISIS EN POSICION INTERROGANTE:
UBICACION EPISTEMOLOGICA Y METODOLOGICA**

CAPITULO 1

BIBLIOTECA CENTRAL.

“...Tan fácil me resulta leerme a mí mismo en cualquier libro, que he de esforzarme para conseguir que sea el texto el que me arrastre y dirija. Leer es para mí un ejercicio de ascesis: de contención, de dejarme decir, de querer creerle al autor...”

Xavier Rubert De Ventós

(Oficio de Semana Santa)

A lo largo de su historia, la inscripción o no del psicoanálisis dentro de la enorme producción que se abroga el título de científica, no es, en absoluto unívoca.

Desde el momento mismo de su acto creador hasta su propia muerte, Freud demostró que el Psicoanálisis era una disciplina reacia de ser inscrita dentro de los cánones tradicionales de los saberes constituidos.

¿Qué tenía claro Freud?, que el Psicoanálisis, por su triple condición de teoría, técnica y método, y por la naturaleza misma de su objeto, difícilmente podría ser caracterizado como una ciencia natural. Sin embargo, aún cuando pueden derivarse lecturas de diversas índoles, las cuales conducen, en definitiva, a conclusiones opuestas, los pronunciamientos freudianos en sí mismos no fueron nunca concluyentes al respecto.

De Freud se han justificado lecturas que ponen el acento en la creencia freudiana (¿qué otra cosa era si no eso?) de que, tarde o temprano el psicoanálisis debía incorporarse a las Ciencias de la Naturaleza. Diversos pasajes de su obra han sido seleccionados para dar por sentado que el contexto de validación de su descubrimiento no puede ser otro que el de las llamadas por Goldmann, ciencias físico-químicas. Por otra parte, hermeneutas o partidarios de las Ciencias Sociales, creen descubrir en Freud los suficientes elementos de juicio para llevar la discursividad psicoanalítica hacia otros modelos de creación científica y/o cultural. Este espectro comprende desde intentos cobijados con el marxismo, con un valor desigual, en casos como los de Sartre, la Escuela de Frankfurt, hasta el estructuralismo-marxista de Althusser, y tiene su extremo en la hermeneútica de Paul Ricoeur e inclusive en algunos señalamientos de Michel Foucault.

El problema, entonces, de manera primordial ha consistido, ya sea tomando una dirección u otra, en plantearse el punto central de los fundamentos del psicoanálisis y su relación con el discurso de las ciencias, a partir de la problematización de los criterios de objetividad y desde ahí ubicar el tipo de científicidad a que el psicoanálisis aspira.

UNA CUESTION DE EPISTEMOLOGIA...

Jean Allouch (1) de manera aguda ha formulado el siguiente interrogante: "...¿Acaso Freud no consideraba que el psicoanálisis, al ser parte de la ciencia, dependía *ipso facto* de su epistemología?...".

Pregunta central que deja abierta dos vías por las cuales transitarán la mayor parte de los intentos de fundamentación del psicoanálisis.

Por una parte; es evidente que al inscribir el psicoanálisis dentro del campo de los saberes, su consistencia aparece inmersa dentro de las coordenadas conceptuales de los diferentes "objetos" de las ciencias, que entre otras cosas, tienen una consistencia teórico-práctica, llamémosle así, "realista".

Esto último ya que, bien se trate de objetos “naturales”, “sociales” o “formales, la referencia a la Realidad, sea esta empírica, construida o deducida en su estructura, supone siempre una materialidad en la cual las coordenadas epistemológicas encuentran, siempre, su referencia última a alguna filosofía.

De ello se desprende una segunda vía, esta es la que hace que la Epistemología, como “condición de posibilidad de todo discurso científico” (2) o como articulador último de cada discurso, en su concepción del Conocimiento, sujete la lógica de la producción categorial, propia del psicoanálisis, a una matriz referencial en la que Sujeto-Objeto, Hombre u Organismo, y Realidad se constituyan en las posibilidades de formulación-fundamentación de la disciplina.

Así pues, la originalidad de la “Cosa Freudiana” aparece inserta en una red epistémica que lleva a incluir y refractar, de manera simultánea, los aspectos de fundamento no acordes con ella. Si bien todos aquellos que han realizado una lectura epistemológica del psicoanálisis reconocen la particularidad del quehacer psicoanalítico, no por ello son capaces de llevar su consistencia hacia un terreno diverso del cual, ellos mismos, son los infortunados artifices-soportes.

De esta manera, el Inconsciente es representado desde una inmanencia epistemológica, que en lugar de abrir, cierra, de antemano, las posibilidades de interrogar a los discursos constituidos y de establecer una relación diferencial del psicoanálisis ante los Saberes, y ante todo, ante su propio acontecer, es decir, ante su objeto (digámoslo así antes de proceder a cualquier delimitación categorial).

¿Es raro de este modo, que la mayor parte de la producción psicoanalítica actual haya sido incapaz de, realmente, convertir su tarea en una escucha siempre abierta, que, como tal esté siempre abierta a la producción de lo nuevo?.

¿No encontramos precisamente en esa especie de “camisa de fuerza” epistemológica la razón por la cual ante el loco, el neurótico o el perverso, el psicoanálisis ha dejado de producir un discurso, verdaderamente, renovado?.

Antes de articular cualquier intento de respuesta, revisemos las versiones más consistentes que se han desarrollado para dar cuenta de la ubicación epistemológica del psicoanálisis y las consecuencias que de ello se desprenden.

DOS ORIENTACIONES:

Una vertiente, de raigambre positivista, buscó sin mucho éxito demostrar cómo la legitimidad del psicoanálisis debía situarse dentro del método científico-experimental. Queda como un documento que, sin quererlo mueve al efecto de lo cómico, el trabajo de Miguel Kolteniuk, epistemólogo de la A.P.M. (la filial mexicana de la I.P.A.) donde, a partir de

mecanismos fundamentalmente analógicos, compara el dispositivo experimental con el dispositivo psicoanalítico.

El texto, escrito en 1976 y titulado “el carácter científico del psicoanálisis”, inscribe la producción freudiana dentro del marco de las Ciencias de la Naturaleza y, vía Rappaport, señala la pertinencia de las categorías freudianas para ser tomadas como elementos del método científico.

Diez años más tarde, en 1986, Kolteniuk hace un balance de su postura y dice: “...Así pues, desde la posición positivista que intenta ubicar al psicoanálisis dentro de las ciencias naturales se argumenta que, en última instancia, el psicoanálisis busca encontrar las causas de los síntomas; y las causas de los síntomas se explican a través de mecanismos sobredeterminados, de investiduras pulsionales que originan conductas, y que esta búsqueda de causas que utiliza explicaciones y que emplea conceptos como ‘energías’ y ‘procesos’, y ‘estructuras funcionales’, permite ubicar al psicoanálisis como ciencias naturales. Sería una explicación en términos funcionalistas, de estructuras que además busca causas de determinadas formaciones psicopatológicas y que, por otra parte, emplea conceptos científicos.

Esto es lo que pretendo hacer en mi libro, **El carácter científico del psicoanálisis**, donde intento presentar al psicoanálisis como ciencia natural, contestando las objeciones de la crítica positivista...” (3).

Cuando el autor escribe el libro en cuestión es médico y filósofo, una década después cuenta ya con diploma de psicoanalista. Esto matiza sus posiciones originales y encuentra que, al ser el objeto de estudio del psicoanálisis “...los sistemas representacionales de la experiencia humana...” (4), en lugar del hombre como unidad bio-psico-social que sostiene su argumentación original, va desplazando la inscripción psicoanalítica hacia el terreno de la hermenéutica. Esto, porque el asunto central parece comenzar a centrarse en el problema del lenguaje y su desciframiento, así sea que su concepción, como veremos más adelante, sigue acusando un “realismo ingenuo” que no es capaz de romper con una concepción nominalista del lenguaje, con la primacía de la función “referencial” de éste.

En su concepto de sistema representacional, Kolteniuk entiende que una ‘representación’ es un sistema o conjunto de impresiones sensoriales, que, al inscribirse como huellas mnémicas, se constituyen en la base de las experiencias ante el mundo externo e interno.

Esta trama representacional, puede pensarse como “...un texto cargado energéticamente, es una escrituración energetizada por la pulsión...” (5). Esta vía “textual”, sumado al reconocimiento de la historia del “sujeto” (!), hace que Kolteniuk reivindique la necesidad de una búsqueda hermenéutica, la cual, sin embargo, no es suficiente para abandonar la vieja fe positivista.

“...me atrevo a sostener que el psicoanálisis -epistemológicamente- no puede ser ubicado ni dentro de las ciencias naturales con exclusividad, ni dentro de las disciplinas hermenéuticas. Pienso que estamos todavía lejos de comprender la naturaleza esencial del psicoanálisis, pero creo que es una disciplina híbrida, si es que esto es válido, si se puede emplear ese nombre, es un saber sui géneris que, en principio, no es empírico ...” (6).

Es obvio que el pensamiento de Kolteniuk, en su propia teoría de la representación, muestra su imposibilidad para salir del sistema referencial positivista. Así mismo, su definición del “texto” representacional, lleva las profundas marcas de una concepción de “sujeto” medio hombre, medio organismo, que, tiene que vérselas con dos Realidades, la externa y la interna, ante las que, seguramente, la única salida es la de la fortaleza yoica.

Se ve, pues, el modo como un epistemólogo permanece presa de un tipo de Saber “científico”, por más que se esfuerce en cambiar sus esquemas referenciales, y haga concesiones a otro contexto de validación, éste el de las ciencias del Hombre.

La epistemología propuesta atrapa al “psicoanalista” de un modo tal que al subordinar la especificidad psicoanalítica al mandato de “la” Epistemología General (el entrecorillado responde, precisamente, al señalamiento de que la creencia en una forma global de validación cierra, de antemano, cualquier consideración de la singularidad de una determinada disciplina) produce una lógica categorial en la cual, los viejos problemas de la teoría del conocimiento están siempre vigentes, aún cuando sus ropajes aparezcan renovados.

El psicoanálisis es un Saber subordinado a un Amo, filosófico, en el cual, de entrada, las categorías se producen desde una suerte de “completamiento conceptual”, una lógica del Todo. Es decir, que el trasfondo de la propuesta se sostiene en un ideal de cognoscibilidad, en el que, como horizonte o mera pretensión, se trata de agotar en algún momento el contenido fundamental de la experiencia.

¿Es extraño que de ahí se vincule fuertemente una inercia donde la palabra del analizante no aparece en la órbita de la creación, sino más bien, de la comunicación?.

Concluyamos esta primera parte señalando que, por fortuna, no existen ya demasiados intentos en este sentido científico-natural. Más bien, desde ese lugar, puede constatarse que la relación con el positivismo es de crítica y reticencia mutua. Por parte de los teóricos positivistas se han producido trabajos de valor desigual pero con la constante de negar la cientificidad del psicoanálisis. Desde los juicios lapidarios de Skinner, en los que el psicoanálisis aparece como bazofia “pseudo-científica”, hasta los de Aquilino Polaino Llorente, quien al menos se tomó la molestia de hojear la obra freudiana para concluir su falta de rigor deductivo en lo que respecta a las ciencias de la naturaleza y las críticas Popperianas a la falta de refutabilidad psicoanalítica, todos ellos coinciden en que el psicoanálisis no es asimilable a la Ciencia positiva.

¡Vaya que tienen razón!, el errado más bien es el que intenta imitar, analogar o situar como eje el modelo experimental. Lo que si es digno de discutirse es el criterio mismo de lo científico. Comparado con la física o con la lógica matemática, el discurso skinneriano es ingenuo, silvestre, en lo que a la comprensión de la Ciencia se refiere. Hoy son pocos los positivistas que se atreverían como Skinner a afirmar que la observación inmediata debe ser la herramienta básica del científico. Inclusive, puede verse cómo, en el presente, los neo-conductistas incorporan el concepto de campo, para tratar de salvar un tanto el reduccionismo causa-efecto. Más aguzados son los positivistas lógicos y sin embargo su fe (¡porque no es menos que ello!) en la unidad de la Ciencia no les permite tampoco salir, de fondo, de los problemas clásicos del fisicalismo.

Dejando de lado esta orientación, es evidente que la Ciencia “positiva” al asumirse como una lógica omnicomprendensiva sólo puede esperar subordinación de las disciplinas que se acojan a sus criterios.

Por otro lado, digamos que esta constituye la otra orientación, bajo la influencia del Marxismo, se intentó construir un puente entre el psicoanálisis y las Ciencias Sociales. Los discursos más sobresalientes se desarrollaron bajo tres vertientes: una althusseriana, otra inspirada en la Escuela de Frankfurt y una más, a la que difícilmente se le puede caracterizar con un rubro, que intentó una lectura epistemológica del marxismo conjunta a una lectura kleiniana de Freud.

En América Latina, las versiones que tuvieron más impacto fueron la primera y la última. La Escuela de Frankfurt, no representó nunca una posición homogénea, por ello, no logró aproximarse más que al modo de una sociología crítica que pensaba tanto el modo de inscripción social como también el carácter, pretendidamente, biologicista de algunos de los principales conceptos psicoanalíticos freudianos. Entre estos se encuentra la infausta traducción de instinto, que, en lugar de la pulsión hicieron algunos de los traductores freudianos; y otros conceptos tales como el “instinto de muerte” y el superyó.

No estamos ajenos a trabajos como los de Helmut Dahmer, con “Libido y Sociedad”, así como los de Erich Fromm, con su versión “humanista” del psicoanálisis y del marxismo, o los de Alfred Lorenzer, o aún más los de H. Marcuse, no obstante, sus intentos ni alcanzaron a cristalizar en Escuelas Psicoanalíticas propiamente dichas, ni plantearon tampoco una relación novedosa, en lo epistemológico, entre las producciones freudiana y marxista. Como dice Laurent Assoun (7) “...el psicoanálisis se insertó de golpe en una teoría de lo social, cuya base y metodología le son desconocidas (la inspiración marxista y la sociología crítica respectivamente) lo que hace difícil el vínculo entre el ‘individuo’ y lo ‘social’...”.

Quizá del lado de la hermeneútica si se dieron interesantes esbozos, como los de Paul Ricoeur, sin embargo la aproximación netamente “filosófica”, no alcanzó el fundamento mismo de la praxis psicoanalítica.

De este modo, comenzando con la discusión de las vertientes arriba mencionadas tenemos que, en México, la vertiente althusseriana desembocó en Lacan. Las propuestas más sistemáticas fueron desarrolladas por Néstor Braunstein y sus colaboradores, quienes, en la obra colectiva *Psicología, Ideología y Ciencia* (8), a partir de diferenciar el terreno de las apariencias, de la representación ilusoria de la realidad, de la ideología, pues, de su contraparte científica, que es entendida como el terreno de la formalización, llegaron a proponer que el conjunto de la Psicología era ideológica y el único discurso realmente científico dentro del campo "psi" era el psicoanalítico.

En su lectura, toda la psicología se encuentra volcada en dos objetos de estudio, que son la conciencia y la conducta, ambos, al ser parte de la empiria, de lo que se representa, prácticamente de inmediato, no abandonan el campo de lo apariencial. Por ello mismo, la Psicología es una ideología, en contraposición a la Ciencia, esa sí formal y explicativa de las estructuras subyacentes a los diversos campos de fenómenos humanos.

La consecuencia es clara, no sólo el Psicoanálisis es una ciencia, sino que, es la única que merece llamarse como tal dentro del terreno de lo psicológico.

Esta versión, según el comentario del Dr. Braunstein (9), data de 1974 y sigue, de algún modo, representando la científicidad del psicoanálisis como subordinada a otro discurso, el de las Ciencias Humanas o mas bien, emanado de ellas, pero con una influencia clara del estructuralismo francés y con la intencionalidad última de cobijar el método psicoanalítico ante el manto protector de otro Saber.

Como un paso intermedio, pero aún dentro de la óptica de la Epistemología rupturalista, Braunstein se plantea al inicio de la década de los ochenta (10) que es partidario de un discontinuismo que se representa una ruptura entre lo real y el conocimiento, y una concepción del conocer como proceso social e históricamente determinado. Lo "novedoso" consiste en comenzar a plantear la relación del psicoanálisis con la ciencia de una manera diferente: "...Si no tememos caer en lo imaginario de las Topografías podemos animarnos a pensar que las relaciones entre los objetos teóricos de ciencias diferentes se darían, no como límites más o menos imprecisos y disputados entre comarcas diferentes, sino como las posiciones respectivas, en un momento dado, de planetas que no guardan relaciones de vecindad pero que constituyen entre todos una estructura donde la ubicación de cada uno no deja de tener efectos sobre las posiciones de los demás. La 'articulación' pasaría a ser el proceso de reconstrucción teórica de esa estructura de objetos teóricos, definidos únicamente por su relación con los demás objetos teóricos de la misma ciencia (soberanía epistemológica regional de cada disciplina sobre su propio 'planeta')..." (11).

Se ve pues, que si bien existe una concepción genérica del conocer, un sistema "solar", siguiendo la metáfora planetaria, que da su lógica al conjunto del sistema, por otro lado, la regionalización de lo epistemológico puede conducir a la singularización del

discurso analítico. Sin embargo, a inicios de la mencionada década de los ochenta, el psicoanálisis sigue inserto en una concepción del saber que no lo libera de ciertas obligaciones conceptuales, entre ellas, la científicidad y el discontinuismo/rupturalismo.

En esta versión, sin la nitidez con que van a expresarse las posiciones que a continuación expondremos, puede notarse que el psicoanálisis permanece inscrito en una concepción epistemológica que, por mas que se plantee como regional, sigue suponiendo una fundamentación ajena, en tanto la práctica del psicoanálisis sigue inserta en un dispositivo categorial extrínseco a su propio ámbito de validación.

En Argentina, concretamente, el "kleiniano-marxismo" tomó varias formas, de las cuales, podemos reconocer tres: una representada por José Bleger, otra por Enrique Pichón-Riviére, y la otra por Marie Langer.

José Bleger recogiendo una orientación Politzeriana, expresada en su libro *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (12), publicado inicialmente en 1958, y en una expresión más tardía, 1970, intenta cobijar el psicoanálisis con los criterios de científicidad del marxismo. Siguiendo a G. Politzer, quien intentaba conjuntar conductismo, psicoanálisis y gestalt, Bleger recrea en las nociones de conducta y drama los elementos básicos para crear una psicología científica. Desde ahí, en el planteamiento básico, el psicoanálisis se presenta como una parte más de la psicología, cargada, también, de idealismo. Dice Bleger en el 58: "...El psicoanálisis es, básica y fundamentalmente, una psicología que debe ser estudiada como tal y en la práctica concreta. (...) Freud es muy contradictorio (sin contradicción no hay desarrollo, no hay proceso de conocimiento); con el estudio de la conducta como proceso, separa la psicología de la metafísica, delimita el fenómeno psicológico y esto es lo fundamentalmente original y revolucionario de su obra. Pero cuando desarrolla su concepción dinámica de la psicología, vuelve a retomar contacto cada vez más intenso con el idealismo metafísico..." (13).

La crítica al idealismo se realiza desde una concepción del Método dialéctico como garante de la científicidad en la Ciencia, por ello, Bleger afirma que "...todo el enorme edificio teórico elaborado por Freud pacientemente, día a día, en el curso de años, significa un poderoso esfuerzo por expresar el decurso dialéctico de la conducta humana, su redescubrimiento de la dialéctica de los hechos, sin haberla descubierto todavía como instrumento conceptual, y utilizando en su lugar elementos no totalmente adecuados o insuficientes..." (14).

Doce años más tarde, el llamado Rabino Rojo, parece tener una posición más matizada del método dialéctico, sin embargo, su adhesión marxista lo lleva a ubicar al Psicoanálisis dentro de las Ciencias Humanas. Bleger plantea que el psicoanálisis comenzó investigando lo que ocurre con el paciente ("dentro de él), sin embargo, con la introducción de la transferencia produjo un cambio fundamental. Con el estudio de la contratransferencia se completó un cambio hacia una relación interpersonal. "...Y esto no es sólo una innovación metodológica; exige una innovación epistemológica..." (15).

La innovación epistemológica consiste en afirmar ante las Ciencias Naturales la pertinencia del método psicoanalítico como una forma de explicación "científica" ligada a las ciencias del Hombre. "...El psicoanálisis plantea un nuevo objeto de estudio, plantea el objeto de estudio de la psicología de otra manera, con un método o procedimiento también nuevo..." (16). Un método que presenta como punto central un desafío a los criterios de objetividad de la Ciencias Naturales, : "...Y por una razón básica: su validez (la de las Ciencias Naturales) ha sido lograda amputando o eliminando al ser humano en los dos extremos: en la intervención humana en los objetos que se estudian y en la intervención del observador o investigador, escotomizando la condición humana de este último tanto como la del conocimiento mismo..." (17).

De esta manera, la innovación metodológica de la transferencia se muestra como particularmente apta para recoger "lo humano", propiamente dicho, de la relación terapéutica, interpersonal. Así, se hace posible que el psicoanalista trabaje con el **significado** o el **sentido** que deduce de los observables del paciente y de sus propias vivencias (esto, en palabras del autor).

De este modo, el marxismo, que no es otro el Método de las Ciencias Humanas, al dar cuenta de la determinación social tanto del objeto como del sujeto del conocimiento, instaure una objetividad con mayor poder explicativo, una explicación crítica, verdadera y científica del fenómeno humano.

En la explicación de Bleger, el psicoanálisis adquiere científicidad adicionándose a esta cosmovisión, en tanto la transferencia implica al observador y al observado, al sujeto y al objeto, en una determinación recíproca, que, realmente, conceptúa el acto de conocer, de investigar, como una producción de hombres.

Se ve pues, que, el psicoanálisis, en tanto psicología "crea" un método subsidiario de otra Lógica, aunque, dentro de un terreno diverso del social, pero, en tanto interpersonal derivado y determinado por él.

En buena medida José Bleger es continuador de las tesis de su maestro Enrique Pichón-Riviére, no obstante, a diferencia de éste, se niega a abandonar el psicoanálisis o a transformarlo en "otra cosa".

Enrique Pichón-Riviére, anárquico, ecléctico y creativo, realiza una lectura de Freud pasada por el cedazo kleiniano y una lectura de Marx, en la que, ante las categorías "instintivistas" freudianas va observando la necesidad de sustituirlas por conceptos que den cuenta de la esencia social del sujeto humano.

Pichón cree encontrar en el concepto de vínculo la clave para abrir una determinación naturalista y llevarla hacia la comprensión del lugar del sujeto humano en el

mundo. El vínculo (18), estructura bicorporal y tripersonal, lleva a una comprensión grupal del sujeto. El grupo se le presenta como la unidad mínima de análisis, en la medida que, entre el sujeto y la sociedad, nuestra vida transcurre en grupos.

El sujeto humano va apareciendo de manera progresiva como un emergente del grupo, tanto del interno como del externo en el que, en el aquí y el ahora, se produce una dialéctica entre lo estereotipado y lo creativo.

El título que integra la principal recopilación de sus escritos da cuenta cabal del intento de Pichón: "Del psicoanálisis a la psicología social"(19).

¿Donde queda el psicoanálisis?. Inscripto, rebajado a una Psicología Social que al ser integrada, por sus categorías sociales, dentro del método marxista, se ubica como una producción Científico-Social.

La propuesta de Pichón diluye la especificidad psicoanalítica y la transforma en un "algo" diverso, en un dispositivo, que no se invalida por sí solo, pero que, simplemente es un pasaje a otra cosa.

El último de estos representantes, que mencionaremos, Marie Langer, logró quizá la visión más clara a este respecto, es decir de la relación psicoanálisis-ciencias sociales.

Langer propugnaba por una definición política del marxismo, por una práctica grupal "psicoanalítica" y por un análisis individual, kleiniano, crítico.

Langer realizó, en textos como "Memoria, historia y diálogo psicoanalítico" (20), lecturas "kleinianas" de problemas históricos. Buscaba un sustento ideológico-político a su actividad, sin embargo, nunca pretendió, como método, subsumir la lógica analítica a la marxista. Sus últimos intentos de trabajo transcurrieron en torno a una propuesta de intervención plural, en torno a la "Salud Mental", en Nicaragua, donde el ejército sandinista intentaba construir una sociedad más justa.

Langer decía: "...el psicoanálisis es un campo, el campo de la psicología del individuo, y simultáneamente, ya que el individuo no existe aislado, es también una manera de enfocar al individuo en la sociedad. Entonces, el marxismo es mucho más abarcativo, es la ciencia de la sociedad..." (21). Desde esta visión, Langer se planteaba puntos de contacto tales como el estudio de la familia y el aumento del juicio de realidad, sin embargo, aún con una comprensión más bien psicológica, psicoanálisis y marxismo tenían puntos de relación, de vecindad, pero no de subordinación o tutela.

Da la idea de que Langer pensaba la política como la guía conceptual más importante para articular una práctica en la que, el psicoanalista debe, simultáneamente, optar por la liberación del individuo y la sociedad. Su problemática no es epistemológica, su obsesión no era la científicidad del psicoanálisis, su meta última parecía ser la coherencia entre compromiso profesional y compromiso político.

De cualquier manera, el psicoanálisis aparece incluido en la dirección de una metodología factible de ser direccionada en un sentido u otro.

De este modo, ¿qué quedaría, en un intento de balance, entre las dos perspectivas u orientaciones señaladas más arriba?. Por una parte, desde el positivismo, en versiones imitativas o descalificadoras queda clara una imposibilidad: la de dar cuenta de la profunda originalidad psicoanalítica. Por otra parte, desde el marxismo, el psicoanálisis queda inscrito en una versión externalista que impide llevar a sus últimas consecuencias la particularidad del dispositivo psicoanalítico.

En cualquiera de los casos, sin embargo, se hace patente que la posición del psicoanálisis es subordinada a los grandes modelos de conocimiento desde los cuales se articulan los discursos de las ciencias propiamente dichos.

Puede acotarse también que, sobre todo en las lecturas Blegeriana y Althusseriana se hace nítido el hecho de que el psicoanálisis es asimilado a una forma de cientificidad y/o saber, que si bien tiene su especificidad, realmente, se plantea como un discurso más entre todos aquellos que existen en el universo de los saberes. Ya Braunstein propone en Psicología, Ideología y Ciencia la ruptura del cartesianismo (vía la superación de la conciencia y la conducta), sin embargo, el psicoanálisis aparece como un saber positivo. Es decir, como un saber que al hablar de esa "instancia", de ese "sistema", material, puede decir algo más que a medias.

Es posible pensar, que si bien ha sido claro para las diferentes generaciones de analistas que la "vivencia del diván" no se puede sustituir por la vía de la teoría, si es claro, sin embargo, que el inconsciente es abordado como si fuera un **objeto de conocimiento**.

Esta referencia "objetal" hace factible que la palabra, en su ocurrencia clínica, no pueda liberarse del todo de la referencia, de la función **representante** del discurso. ¿Es difícil extraer la consecuencia de que estas lecturas son incapaces de romper con una psicopatología clínica, encuadrada aún en entidades mórbidas, más o menos rígidas, que por un lado define un territorio de acción y por el otro deja intocables los dominios del saber médico?.

Movimiento doble, pues, que lleva a fijar su pertinencia e impertinencia ante dominios consagrados. No existe lugar para la innovación metodológica, no existe, realmente, un desplazamiento a terreno alguno que no sea el de una frontera, ¿o una concesión, o mejor dicho auto-concesión?, pálidamente dibujada.

No es extraño desde ahí escuchar la cantaleta: "el psicoanálisis sólo es apto para los trastornos neuróticos".

Más aún, ¿qué lugar habría, en verdad, para un decurso de la palabra, para una lógica del caso por caso?.

Vale el aserto de Jean Allouch en toda su dimensión "... No nos parece (...) que hasta el presente la epistemología haya tomado nota verdaderamente del caso del psicoanálisis, sobre todo, en lo que éste pone de relieve respecto del saber ..." (22).

LA VIA FRANCESA:

A partir de Gastón Bachelard comienza a ser factible formular una relación diversa del psicoanálisis con el conjunto del conocimiento y la ciencia. Para este autor, los obstáculos para la creación científica, para el desarrollo de conocimientos verdaderos topa con la limitante central del propio sujeto cognocente. A la opacidad de la realidad hay que sumar los elementos afectivos que se movilizan en el observador y que dan lugar a puntos de estancamiento en la labor investigativa.

Las ciencias tienen un inconsciente que, no es otro que el del propio investigador, por tanto, "... Un psicoanálisis completo del inconsciente científico debería iniciar un estudio de los sentimientos más o menos inspirados por la libido ..." (23).

Lo interesante para nuestros fines consiste en destacar que el psicoanálisis aparece en una posición colateral, agregando un elemento del sujeto, que en la exposición del proceso de investigación, por lo común, no aparece. El "accidente" subjetivo toma otra connotación y se abre hacia la posibilidad de ser interrogado en su papel de obstáculo para el conocimiento científico.

Con ello no puede afirmarse que la vía para ubicar al psicoanálisis en otro lugar que el de la ciencia quede ya expedito, sin embargo, el lugar del analista comienza a abrirse paso en la conceptualización epistemológica contemporánea.

Michel Foucault, otro gran filósofo francés, crítico del psicoanálisis y de su dispositivo, a partir de su cuestionamiento radical a los implícitos categoriales que subyacen a toda formación discursiva, ha planteado la necesidad de revisar a profundidad la episteme, es decir, las condiciones de posibilidad de los diversos saberes, para dar cuenta de la racionalidad que los estructura.

En Foucault el problema de lo "verdadero" del discurso aparece secundarizado ante la cuestión de su status en cuanto saber.

El problema central parece radicar en la característica particular del o los discursos que, como tales, pueden ser diferenciables en tanto se insertan de modos diferenciales en cuanto Ciencias o Filosofías.

Lo fundamental parece radicar en el avance que Foucault permite, sobre todo, en dos direcciones, una, en la que continúa a su maestro Canguilhem y que se orienta hacia la

“regionalización” de los saberes, e incluso a la necesidad de que cada disciplina genere su propia forma de validación, y la otra que se dirige al análisis o desmontaje de las epistemes, lo cual, convierte en objeto de cuestionamiento a los saberes establecidos.

Por esta vía van produciéndose elementos de un panorama crítico, diferencial, dentro del cual el esquema rígido, totalizante, de las grandes epistemologías, va cediendo, de manera paulatina, terreno.

El universo epistemológico presenta un panorama caleidoscópico, móvil, con figuras que, de tanto en tanto, recomponen sus propias relaciones. Marx, Freud siguen vigentes, sin embargo, cierta lógica presente en su propio discurso o en el “arrastre” que de ellos hicieron los vulgarizadores, a diferentes terrenos científico-epistémicos, desaparece en favor de reales novedades epistemológicas.

No es exagerado sostener que por esta vía, subrepticamente, se va aclarando un panorama crítico diferencial dentro del cual es posible establecer mecanismos de desmontaje discursivo.

Será Lacan aquel a quien corresponda el mérito, dentro del psicoanálisis, de realizar un movimiento de innovación conceptual, dentro del cual, lo inédito no radica sólo en una verdadera regionalización del psicoanálisis, si no también, y principalmente, tomando un lugar novedoso ante la Ciencia y la Epistemología contemporánea.

Esta innovación está, sin embargo, lejana de haber sido captada en todas sus consecuencias, ha transcurrido un tiempo, por demás necesario e imprescindible, para asimilar sus propuestas dentro del psicoanálisis contemporáneo.

¿LA CIENCIA DE LAS CIENCIAS?:

Quizá como una revancha de la incomprensión histórica a que fue sometido, algunas de las primeras versiones lacanianas que circularon en nuestro medio hicieron énfasis en el lugar central, de privilegio, a que debería aspirar el psicoanálisis ante toda la producción científica.

Dice Fernando Del Moral “... en 1960 emerge una cierta propuesta de cientificar el psicoanálisis; era una cuestión coyuntural en la que había que proponer una redefinición del objeto. Más tarde se reivindica un campo diferencial respecto de las ciencias, campo que plantea la inevitabilidad del sujeto frente a las formas de desconocimiento ideológico, se postula así al psicoanálisis como ciencia de la posibilidad de la ciencia ...” (24).

La propuesta circuló en el medio en los años ochenta y fue, aún, más lejos al plantear que debido a que el psicoanálisis da cuenta del sujeto y , en contraparte, el discurso científico, para lograr su formalización, excluye la referencia al sujeto, entonces, el

psicoanálisis se constituye como el lugar de privilegio para dar cuenta de una expulsión, de aquella que hace posible a la ciencia misma.

Se suponía que en la medida que el psiquismo y su determinación inconsciente son la base subjetiva de toda producción teórica, entonces, el psicoanálisis debía aparecer con toda legitimidad como el centro, no vacío por cierto, ¿planetario?, ante el que las ciencias debían girar.

No existe, hablando en un sentido extremo, conocimiento que, siendo una producción de la conciencia, no posea un nexo, una determinación, inconsciente.

La consecuencia es clara: al ser fundamento, la loca cosa freudiana, se viste de ropaje de amo y dicta modos, al menos órbitas, ¿o sólo reproches?, para las ciencias.

El aserto sigue siendo válido: es más fácil encontrar una verdad que otorgarle el lugar correspondiente.

En este sentido la operación de “centralizar al psicoanálisis” fue factible debido a un cierto número de con-fusiones que pueden ennumerarse del siguiente modo:

- 1.- Existe una fusión entre el sujeto epistémico y el sujeto psíquico;
- 2.- El psicoanálisis, de manera implícita, aparece figurando, así sea para negarlo, como un conocimiento;
- 3.- El terreno de validación, el contexto clínico, el caso por caso, aparece borrado de un plumazo y la originalidad de su método desplazada ante una interrogación al sujeto de la ciencia y/o de la epistemología, que, sin embargo, no deja la pretensión universitaria, de regir, de versar sobre la ciencia misma.

Por todo ello, queda, meridianamente claro, que, la operación de interrogar, que el psicoanálisis realiza por sobre el conjunto de la producción científica, no implica, necesariamente, que él reciba, en consecuencia, el papel de protagonista en la escena del conocimiento.

Aún más, por esta vía, se va aclarando algo que desde el principio parece caracterizar a los diversos intentos de responder a la cuestión de la ubicación del psicoanálisis ante el discurso de las ciencias. Esto es, que, de conjunto, las respuestas parecen orientarse hacia una asimilación del discurso del psicoanálisis por el de la universidad.

El psicoanálisis se integra, primero, como un conocimiento y, posteriormente, se le hace aparecer legislando el decir de la o de las ciencias. ¡Curiosa pretensión de dominio que no es otra que la del discurso universitario!.

La cuestión no es inocua y dista mucho de tratarse de un simple mal entendido, de una cuestión de confusión intelectual. Se trata más bien de una emergencia, de algo que es producto, que emerge, de lo no "incorporado" por las diferentes versiones corrientes del psicoanálisis. Se trata, realmente, de una inconsecuencia que magnifica, sin quererlo, el planteamiento de Jacques Lacan.

Parece que, aún, estas primeras lecturas de la obra de Lacan estuvieron permeadas por un efecto propiamente universitario que asimilaba el saber del inconsciente con un saber, digámosle así, sabido. En la actualidad, Marcelo Pasternac reconoce que, en un inicio, las ideas de Lacan estuvieron indiferenciadas con la propuesta de Laplanche y Leclaire, en la cual el inconsciente se presentaba como la condición de acceso al lenguaje.

Retomando el punto, insistamos que la cuestión de legislar, del dictar, del normar, no es ajena de la dimensión de la no falta, de la ausencia de una producción que se inserte en otras coordenadas conceptuales de aquellas que hacen de lo esférico, del "todo", del propio lenguaje como un ejercicio del poder, del poder decir de manera plena, o casi.

En palabras de Rodrigo Toscano "...El discurso de la universidad es un discurso que sostiene el saber. Ese saber que permite la ilusión de tener maestría sobre el goce, ese saber ocupa el lugar del agente para promover sujetos \$ escindidos cuyo discurso se sepa no sabiendo todo sino siendo todo saber..." (25).

El problema real consiste en sostener una concepción del inconsciente que, por más que deje "libre" el discurrir del "paciente", topa siempre como obstáculo con un "todo ya ahí", pleno de representaciones, pulsiones, representantes o lo que fuese, ante el cual la concepción de la falta es inexistente. Ninguna palabra será siempre abierta, lejana de significados pre-establecidos sino se la libera de una suerte de episteme tradicional.

De esta manera, el psicoanálisis es presupuesto como un saber, que ya en el ámbito de la filosofía o, más modestamente, en el de la clínica, reglamenta, ordena, dicta condiciones y extrae, finalmente, significados.

Para Jacques Alain Miller: "...El tratamiento propiamente dicho se apareja en el discurso universitario, del cual depende la clínica psiquiátrica.

En este punto conviene hacer funcionar el matema de la Universidad. La ambición de este discurso es producir, por intermedio de un saber colocado en posición de semblante, y a partir de desechos -especialmente desechos de orden social-, un sujeto digno de ese nombre, es decir, lo que en nuestro lenguaje llamamos un sujeto tachado. Es el único discurso que tiene esta ambición verdaderamente extraordinaria: producir un sujeto, producirlo a partir de un desecho por el rodeo de un saber..." (26).

Discurso, pues, que subrepticio se encuentra presente en diferentes dimensiones de la producción analítica, ya como teoría del conocimiento, ya como concepción del

inconsciente, pero, siempre presente en la comprensión (¿o deberíamos decir comprensión?) psicoanalítica.

Vamos a hacer un último bordeamiento conceptual, antes de llegar a la lectura lacaniana, propiamente dicha, a las aperturas que ella presenta dentro del psicoanálisis y a la aportación que de ella se desprende para renovar la clínica.

Como Lacan señalara en Radiofonía "...es por estar en progreso sobre el discurso universitario que el discurso del analista podría permitirle cercar lo real cuya función es su imposibilidad..." (27). Este es, nuestro reconocimiento esencial.

PSICOANALISIS Y FILOSOFIA:

Si admitimos que la filosofía, como lo diría Antonio Gramsci, es una Cosmovisión, una visión global del mundo, del hombre y la relación entre ambos, entonces, es válido suponer que su dominio, fundamentalmente reflexivo, es del orden de lo genérico.

J. Piaget (28) afirmaba que la ciencia se deslinda de la Filosofía mediante un mecanismo de carácter empírico, en el cual la demostración juega el papel preponderante. La Ciencia comienza, según el autor, cuando se pide que los enunciados sean demostrados fácticamente. De esta manera, sin perder de vista la raigambre experimentalista de esta concepción, puede desprenderse de ella, un primer punto de diferencia entre el discurso del Conocimiento y el de la Ciencia como un saber concreto.

La problemática del Conocimiento se encuentra inserta dentro del orden de la Filosofía. es indisociable, por tanto, de una lógica de explicación dentro de la cual hombre y mundo, sujeto y objeto, se enfrentan, relacionan, construyen o determinan según el lugar donde recaiga la "fuente" del acto de conocimiento.

De esta manera, los diccionarios, siguiendo una visión de carácter psicologista fusionan el conocimiento con el saber, ligando a éste con la sabiduría, con la acumulación de "verdades", ellos también registran una relación del saber con la habilidad. Esto último, puede llevarnos, como lo sugeríamos más arriba, a distinguir el terreno de los saberes como el terreno de las ciencias, de las disciplinas, quienes al definir objetos teóricos y categorías-dispositivos acordes a una estructura de explicación-demostración, definen, también, territorios y en consecuencia, ámbitos de pertinencia categorial.

¿Cómo se inserta, entonces, el psicoanálisis en esta problemática filosofía-ciencia, conocimiento-saber?

Su relación no parece ser otra que del orden de lo ambiguo. Por una parte, porque no puede dejar de plantearse desde un acotamiento, una particularidad disciplinaria, o mejor dicho, a partir de un terreno (el de la clínica) y un Campo (freudiano) que cuestiona e

interroga sin cesar el estatuto mismo de lo genérico, sin por ello, querer o poder ocupar el lugar del discurso cuestionado.

Quizá esto último, y a ello, apuntamos con el estudio precedente, no ha sido suficientemente reconocido y por ello, de tanto en tanto, surgen, con ropaje psicoanalítico, propuestas donde el sujeto del inconsciente y, el psicoanálisis en consecuencia, aparecen en el centro de la creación filosófica o científica. Vale reconocer, un cuestionamiento no implica por fuerza, un saber positivo.

Como señalara J. Lacan "...Lo que descubrimos en la menor experiencia del psicoanálisis es ciertamente del orden del saber y no del conocimiento o de la representación. Se trata precisamente de algo que une a un significante S1 con otro significante S2 en una relación de razón..." (29).

Y más adelante precisa: "...No, no hay nada en común entre el sujeto del conocimiento y el sujeto del significante..." (30).

El Campo freudiano, producto de la introducción del sujeto del inconsciente al campo de los saberes, no puede, en consecuencia, equipararse o encubrirse dentro de una problemática filosófica, ahí de lo que se trata es de otra cosa.

En otras palabras: "...Es la formulación de lo imposible del discurso psicoanalítico: imposible que el conocimiento rija la verdad..." (31).

EL SABER Y EL PSICOANALISIS:

De este modo, como diría J. A. Miller, estamos ante una imposibilidad, la de ubicarse en una lógica del decirlo todo, de realizar proposiciones que funcionen como base y telón de fondo de una propuesta psicoanalítica que, no sería otra, que la del conocimiento.

¿Qué es un saber?. Antes que nada un discurso, que en tanto propuesta sobre un objeto pretende afirmar la legalidad y funcionamiento de éste. Los discursos reconocidos, inobjetables, modelo, si puede llamárseles de esta manera, son aquellos llamados, comunmente, científicos.

El saber científico tiene que luchar, en primera instancia, contra aquel que proviene del sentido común, aquel que bien podríamos llamar de la conciencia inmediata. En esa superación, la ciencia encuentra el camino para fundamentarse como el modo válido de dar cuenta de la legalidad de un fenómeno.

Dice Lacan: "...La ciencia sólo nació el día que alguien, en un movimiento de renuncia a este saber, mal adquirido, si puedo decirlo así, extrajo por primera vez la función del sujeto de la relación estricta de S1 con S2 me refiero a Descartes..." (32).

Así pues, el saber científico, a diferencia de la filosofía, tiene que producir, de inicio una abstracción del sujeto-objeto de conocimiento e intentar dar cuenta de objetos de la experiencia. No obstante, y esto constituye una toma de partido por una cierta versión de lo científico, existen pseudo-ciencias que hacen de la descripción de lo inmediato una verdadera ideología de la forma. La ciencia, tal como Lacan la alude, parte del reconocimiento de la naturaleza como un orden significante, que, mediante la extracción del sujeto y el reconocimiento de la legalidad que organiza tales significantes, garantiza, mediante el procedimiento de la formalización, la estructura de un saber científico.

La ciencia tiene que tratar a sus objetos como verdaderas organizaciones significantes y de esta manera obtiene un conocimiento positivo de los hechos. Este proceder, no es ajeno al discurso epistemológico del conocimiento (el de la filosofía), siempre lo presupone de alguna manera, en tanto que existe, siempre algún garante de "verdad" que juega como presupuesto de todo el mecanismo conceptual desarrollado. Este es el que lleva a suponer que la ciencia, a final de cuentas, no es tan atea como cree, dado que, en toda su producción requiere de apelar a un Orden, una Legalidad, un Todo, preexistente que organiza y determina la presencia de leyes.

Evidentemente, este discurso científico, al que bien podemos denominarlo como simbólico, no constituye, por sí mismo, un saber que sea mayor o menor que el analítico, simplemente, como pretendemos mostrar, procede con otra lógica. El saber de la ciencia se logra, como dijimos antes, extrayendo al sujeto de la operación misma de la investigación. El psicoanálisis, por su parte, da cuenta de aquel "expulsado" del ámbito científico.

En este sentido, podemos decir que la estructura del psicoanálisis, en tanto que es también un saber, es análoga a la del discurso científico, sin embargo, el saber del psicoanálisis se estructura a partir de una falta y no en torno de "todo ya ahí", es, en otras palabras, un saber del orden de lo no dicho, de lo no sabido.

La inclusión del sujeto, del sujeto del inconsciente, hace que el psicoanálisis sea un tipo de saber diferente del de la ciencia, diferente de aquel que fundamenta la posibilidad de los enunciados científicos.

El psicoanálisis reintroduce al sujeto, pero no al sujeto empírico, no al de la epistemología, sino más bien, al sujeto del lenguaje, que no es un ser, sino el producto de una relación significante. "...Se trata, entonces, de definir al sujeto como significado a partir de la articulación de dos significantes. Desde esta perspectiva el sujeto se produce pero, al mismo tiempo, produce algo más, el objeto de la articulación, el objeto sobre el cual habla..." (33).

La concepción del significante permite, por un lado, establecer al sujeto como efecto de la articulación significante y por el otro, establecer una lógica, en la cual, la primacía de esta función indica la introducción en un orden, dentro del que, no hay relación de connaturalidad entre los significantes y sus significados. De este modo, el psicoanálisis sólo

puede ser ubicado dentro de una vertiente que, más que lingüística, podría denominarse como lenguajera. Esto, porque la singularidad de la inscripción humana dentro del lenguaje hace imposible representarse al sujeto del inconsciente dentro de las coordenadas que hacen del lenguaje, en su función social, un medio de comunicación. De antemano no sabemos nada de la peculiaridad de la inscripción significativa humana, ¿cómo ha sido marcado el sujeto?, ¿qué quiere decir dentro de su historia tal o cual palabra, proferida o silenciosa?. Esta particularidad es, también, el punto de ruptura con toda la tradición científica-filosófica que hace del lenguaje un modo de decir.

EL SABER DEL PSICOANALISIS:

De este modo, la introducción lacaniana del significante tiene consecuencias teórico-prácticas, dentro de las cuales se hace factible ubicar una nueva "topologización" del discurso psicoanalítico y del lugar que este ocupa dentro del campo de los saberes establecidos.

Ello, sin embargo, no se logra, solamente, por medio de la introducción de la teoría del significante. Ella misma se encuentra permanentemente re-pensada en la obra de Lacan, sobre todo, a partir del ternario R. S. 1., el cual, a decir de Jean Allouch (34) constituye un verdadero cambio de paradigma dentro de la obra freudiana.

El inconsciente es de Lacan, el Campo, ese sí, es freudiano nos diría J. Lacan. De esta manera, conforme Lacan hace "girar" su ternario, la lógica del significante abre paso a la concepción de la falta, como falta en ser. Néstor Braunstein nos permite formular "... el sujeto es la verdad de la enunciación y al mismo tiempo es lo significado por ese enunciado; el sujeto es entonces lo que adviene en el lugar del significado...", sin embargo, "... no se trata de un imperialismo o un absolutismo del significante. Pero justamente porque hay algo que escapa al significante aunque es producido por el significante mismo, es decir algo que no existiría si no fuera porque el significante en su articulación lo produce como un real que se pierde y huye..." (35).

Producción, pues, en la que el sujeto es atrapado por la lógica del significante, sin que ella, pueda del todo signarlo por completo. Hay un "algo" que hace agujero, que es imposible de acceder al dominio de la Ley que signa la existencia del sujeto como sujeto del lenguaje: Eso es el goce.

Dice Juan David Nassio "...Si admitieron que el inconsciente es una cadena de significantes en acto, les pediría ahora que acepten que en esta cadena falta un elemento. Justamente, aquel que hubiera debido representar al goce. En el inconsciente, el goce no tiene representación precisa, pero tiene un lugar, el de un agujero..." (36).

Ese lugar, no accesible al lenguaje, sólo puede ser, sin embargo bordeado por él. La verdad, entonces, a la que el sujeto accede, a medias, por una especie de cercamiento, es la de su falta, la de un agujero que, anuda, pero no subsume el goce con la castración.

El acceso, entonces, sólo puede ser factible de realizarse por medio del análisis, pero, sólo a condición de que este no sea tomado por un procedimiento de reparación, de completamiento.

De este modo, "... La verdad que promueve el psicoanálisis es la del anudamiento de lo real, lo simbólico y lo imaginario en donde se producirá una historicidad. La verdad imposible de atravesar es la de la castración, de la diferencia de los sexos, la incompletud apuntada en el andrógino platónico ..." (37).

Una verdad, entonces, que no puede ser confundida con la Certeza del científico ni con la Garantía Última del filósofo, sino que, se ubica en el lugar de una falta constituyente en el psiquismo, del orden pues, del sujeto del Inconsciente. Lo cual, no puede dejar de tener consecuencias, en tanto que desnuda a la ciencia al mostrar que su sujeto, forcluido, no se encuentra como verdad, por el contrario, su verdad sólo apunta a la carencia, a la falta. Ante la filosofía el psicoanálisis se presenta, como bien lo dijera Jean Allouch, como un caso epistemológico inclasificable. Esto último es quizá la única lección positiva que puede extraerse de la especificidad del saber psicoanalítico.

Por esta novedad, es que los intentos de hacer del psicoanálisis una Ciencia, Natural o Social, han fracasado, por ello también es que el psicoanálisis no puede ostentarse como una forma moderna del discurso del amo. Si hay algo de filosófico en el psicoanálisis, sólo puede serlo al modo como lo formula Scott Lee "... filosofía lacaniana será siempre una práctica filosófica con los ojos abiertos (...) a esta reversión acompañada de descubrimiento se le puede añadir otra **peripetia**: al alejar a la filosofía de las estrategias de la forclusión que han dominado su historia en Occidente y, de esta manera, liberando también al juego de la fantasía intelectual de los cánones restrictivos del discurso académico ..." (38).

CONSECUENCIAS:

Hasta el momento, nuestro recorrido ha pretendido demostrar que los intentos de desarrollar una epistemología psicoanalítica han tropezado con la limitante de la incompreensión de la especificidad del sujeto del psicoanálisis.

La historia de la disciplina muestra que los principales teóricos del psicoanálisis, a excepción de Lacan, han fracasado en la ubicación de la doctrina en otra órbita que no sea la del discurso del conocimiento. En consecuencia, los intentos por regionalizar el saber analítico y dotarlo de una epistemología propia, topan con la camisa de fuerza que impone su asimilación a las formas de saber contemporáneo.

De esta manera, si bien es factible otorgar, de manera explícita, una especificidad a la teoría y práctica psicoanalíticas, por otra parte, es literalmente imposible llevar hasta sus últimas consecuencias teórico-metodológicas la lógica del psicoanálisis.

De algún modo la epistemología tradicional lleva a que el psicoanálisis en su práctica se vea imposibilitado de realizar una liberalización de la palabra del paciente hasta un punto tal que sea factible la máxima freudiana: "... abordar cada caso como si nada hubiera sido depositado, en cuanto saber, después del análisis de los casos anteriores ..." (39).

Sólo así la psicopatología tradicional hecha de resabios cientificistas y médico psiquiátricos puede verse, realmente, perturbada, en su pretensión de saber y, porqué no, de control.

¿Cómo es posible escuchar al sujeto del psicoanálisis, sin confrontarse con su imposibilidad de decirlo todo?. ¿Es factible producir una real innovación metodológica sin haber despojado al psicoanalista de sus principales referentes teórico-epistémicos?.

Dice Jean Allouch: "... la innovación metodológica es el producto de cualquiera en función de secretario ..." (40).

Función que sólo es dable cuando el psicoanalista, habiendo pasado por la vivencia de su propia falta, puede instalarse en un lugar en el que se deja guiar por el curso del analizante.

La ciencia cumple con su función, la epistemología lo hace del mismo modo, sin embargo, el saber del psicoanálisis es de otro orden. Por ello nos sumamos a la propuesta Allouchiana en la que el psicoanálisis aparece como un caso epistemológico inclasificable, por lo menos, para las coordenadas conceptuales contemporáneas, por ello, la filosofía moderna no parece, aún, haber tomado nota de ello de manera suficiente.

Inclasificable no implica otro recorrido dentro del campo del saber, es decir, no debe llevar a la ilusión de tener una clave original, una llave, que presuntuosamente permita un nivel de "comprensión" que otros no tienen.

La función secretario no se parece en nada a la pose del "iluminado", que, a final de cuentas sigue ocultando la pretensión de poseer algo que el otro no tiene. Algo que, en un "falso imaginario", oculta la verdad de la propia castración.

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Allouch, Jean. Freud y después Lacan. Edelp, Buenos Aires, 1994.
- 2.- Piaget, Jean. Tratado de Lógica y Conocimiento Científico. Tomo 1, Edit. Paidós, Madrid, 1980.
- 3.- Kolteniuk Krause, Miguel. "Ubicación epistemológica del psicoanálisis". En: Psicología y Sociedad, UAQ, año 2, número 5, abril-junio 1988. p. 24.
- 4.- Kolteniuk Krause, M. Ibid. p. 22.
- 5.- Kolteniuk Krause, M. Ibid. p. 23.
- 6.- Kolteniuk Krause, M. Ibid. p. 24.
- 7.- Assoun, Paul-Laurent. La Escuela de Francfort. Publicaciones Cruz O., México, 1991, p. 77.
- 8.- Braunstein, Néstor y cols. Psicología, Ideología y Ciencia. Edit. Siglo XXI, México, 1984.
- 9.- Ortega, R. y Velasco, J. "Entrevista con Néstor Braunstein". En: Revista Umbrales, ENEP Iztacala, UNAM México, año 1, no. 1, 1988.
- 10.- Braunstein, Néstor. Psiquiatría, Teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan). Edit. Siglo XXI, México, 1980.
- 11.- Braunstein, Néstor. Ibid. pp. 87-88.
- 12.- Bleger, José. Psicoanálisis y Dialéctica Materialista. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1978. (1a De. 1958).
- 13.- Bleger, José. Ibid. pp. 96-97.
- 14.- Bleger, José. Ibid. p. 157.
- 15.- Bleger, José. "Cuestiones metodológicas del psicoanálisis" (1970). En: Ziziemski, D. (Edit.). Métodos de Investigación en Psicología y Psicopatología. Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980. p. 115.
- 16.- Bleger, José. Ibid. p. 114.
- 17.- Bleger, José. Ibid. p. 114.
- 18.- Pichón-Rivière, Enrique. Teoría del Vínculo. Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- 19.- Pichón-Rivière, Enrique. El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social. Edit. Nueva Visión, buenos Aires, 1981.
- 20.- Langer, M., Jaime del Palacio y Enrique Guinsberg. Memoria, Historia y Diálogo Psicoanalítico. Folios Ediciones, México, 1981.
- 21.- Langer, M. Ibid. p. 165.
- 22.- Allouch, Jean. Op. cit. p. 16.
- 23.- Bachelard, Gastón. Epistemología. Edit. Anagrama, Barcelona, 1988. p. 202.
- 24.- Del Moral L., Fernando. Etica y práctica del psicoanálisis. Distribuidora y Editora Mexicana, México, 1992. p. 11.
- 25.- Toscano, Rodrigo. "La teoría y las teorías sexuales infantiles". En: Braunstein, N. y cols. El Discurso del psicoanálisis. Edit. Siglo XXI, México, 1986. pp. 38-39.
- 26.- Miller, Jacques Alain. Matemas 1. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1993. pp. 175-176.
- 27.- Lacan, Jacques. Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Edit. Anagrama, Barcelona,

LA CUESTION DE LA PSICOSIS DENTRO DEL TERRITORIO

“PSI”.

CAPITULO 2

“...La obstinación en que se funda el poder nunca es tan frágil como en el momento de su triunfo...”

Italo Calvino

(Bajo el Sol Jaguar)

Hace algún tiempo un "paciente" refería un suceso, o más bien una ocurrencia (1), que resultaría divertida de no estar en juego su propio destino: después de acudir en varias ocasiones al servicio de consulta externa del Hospital Psiquiátrico, producto de una crisis en la que, en verdad, su vida había sufrido un giro, el médico intentó un diagnóstico de esquizofrenia paranoide, que, con el transcurso de los meses no pudo ratificar del todo ante la ausencia de otros síntomas característicos del cuadro. Como un último intento clarificador el médico lo envió a realizarse estudios de electroencefalografía y tomografía. Para sorpresa de ambos, el resultado de los exámenes no arrojó daño, lesión o alteración de ninguna especie. El especialista, sin embargo, sin pérdida alguna de la ecuanimidad que suele caracterizar a quienes se enfrentan a este tipo de "enfermedades mentales", le espetó: "ello, a pesar de todo, no impide que la lesión exista".

Es, realmente, revelador encontrarse de manera cruda, poco sofisticada, con una emergencia que revela casi inmediatamente muchos de los aspectos presentes en el dispositivo médico-psiquiátrico de atención al psicótico.

Puede afirmarse que, más que una casualidad asistimos a una real causalidad, en la que el decir del médico revela su firme convicción en la existencia de un determinismo orgánico, productor de síntomas, que de manera inequívoca conduce a un tipo de tratamiento donde la pieza maestra es el psicofármaco.

Este determinismo, por más que se intente reducir a un campo de especialidad, cobijado en la medicina orgánica, traza de manera firme un territorio que, a pesar de otros caminos, no deja inmunes ni a la disciplina psicológica ni a lo que muchos de sus practicantes denominan como psicoanálisis. Decíamos con anterioridad que al definir un campo de intervención, la epistemología implícita en el planteamiento genera, paralelamente, tanto un ámbito de pertinencia como otro de exclusión. Pero, en el campo de las psicosis el territorio demarcado, de hecho, involucra un campo más vasto que aquel que involucra directamente a los médicos. La evidencia orgánica, el control asilar, la epistemología positivista y el orden clasificatorio conforman, en su conjunto, un verdadero dispositivo de atención que, con el peso del saber científico, a menudo integra tanto las voluntades asistenciales de los psicólogos como a las especificidades "neurotizantes" de los "analistas".

¿Quién puede resistirse a la siguiente proclama?: "...la psiquiatría es en la actualidad algo más que palabras; las neurociencias progresan a gran velocidad y entre ellas la psiquiatría. De esta manera, la neurofisiología, la neuroquímica, la iconografía radiológica actual, el electroencefalograma y la psicofarmacología permiten comprender más cabalmente el fenómeno de la enfermedad mental..." (2).

Nada impide, de este modo, que la grandiosidad del dominio médico-psiquiátrico tome carta de naturalización, de control, sobre el objeto-psicosis.

¿Quién puede afirmar con certeza, ante este saber inconmensurable, que puede intervenir con atingencia en las psicosis, sin contar con las valiosas y contundentes armas de la Ciencia Médica contemporánea?.

¿No es, verdaderamente cierto, en consecuencia, que el territorio de atención "Psi", en lo que hace a la locura, es un patrimonio casi inexpugnable de la psiquiatría?.

Universo cerrado, entonces, cuyo cuestionamiento sólo puede plantearse con la misma radicalidad, pero inversa, a la del saber establecido.

LA PSIQUIATRIA:

"...el término psiquiatría proviene de las raíces griegas *psique*: mente, e *iatros*: medicina. Se distingue así de actividades relacionadas, como la psicología: 'ciencia de la mente y sus procesos y de la conducta expresa y de las experiencias subjetivas que son producto de estos procesos'; y del psicoanálisis: 'tipo de psicoterapia originado por Freud (...) utiliza la libre asociación de ideas (...)'. Ni la psicología ni el psicoanálisis constituyen, pues, especialidades médicas, por lo que no requieren de quien las ejerce el estudio previo de dicha carrera. Por el contrario, para la práctica de la psiquiatría este último recurso es indispensable..." (3).

En su definición, entonces, la psiquiatría se comprende como una especialidad, fundamentalmente, médica.

De este modo, el control del cuerpo y su influencia sobre los procesos mentales, parece constituir el campo natural de trabajo de la psiquiatría. Campo que, en consecuencia, sólo puede ser abordado con justicia por los médicos.

Su concepción de lo "mental" hace que el psiquiatra encuentre que el concepto de **enfermedad** sea fácil y necesariamente, extensible al dominio de lo mental.

Por ello, la definición del Dr. Granica enfatiza que es "...la enfermedad mental, (la) materia de trabajo de la especialidad..." (4). Y ella, en tanto se encuentra inserta en un determinado orden de producción neuro-anatómico conlleva la certeza de que su campo último de explicación está encadenado a la investigación bioquímica y neurológica. El avance de las técnicas de investigación tales como la tomografía axial computarizada, la microscopía electrónica y la resonancia magnética nuclear, reafirman la certeza del psiquiatra de encontrarse a punto de un control total del proceso bio-psíquico. Por su parte, la psicofarmacología reafirma la impresión de dominio, y de encontrarse en el camino correcto en el tratamiento del enfermo mental. ¿Quién desconoce hoy la rápida y "eficaz" acción de los fármacos, que en cuestión de pocas horas puede, literalmente, apagar el delirio?.

La medicina psiquiátrica reafirma su vocación científica en tanto apela a la validación científico natural y hace de la clasificación su instrumento prínceps para erigirse como ciencia. "...los especialistas advirtieron que el tema del diagnóstico debería considerarse en primerísimo plano. En algunas ramas de las ciencias de la conducta se cree que el diagnóstico y la clasificación son irrelevantes y que lo que importa es ayudar a la persona que sufre, independientemente del nombre que reciba el origen de su sufrimiento. Esto es cierto. Pero sólo es cierto para cualquier actividad no científica; no pone en duda su utilidad, pero la descalifica como ciencia..." (5).

Una ciencia, entonces, que monopoliza su acción por medio del control médico y del recurso a la legalidad científica. ¿Quién puede hacer caso omiso de la restricción, casi total, que prohíbe a los no médicos la aplicación de tratamientos farmacológicos?

Esto no basta, sin embargo, para erigir a la psiquiatría en una verdadera práctica de control, falta agregar dos de sus recursos cuasi-omnipotentes: por un lado la apelación a la unidad de las funciones del yo (reducido éste a la conciencia) y por otro lado, el control asilar, que, cerrando la pinza, se convierte en un verdadero mecanismo de segregación-pedagogía para volver al enfermo a los carriles normativos de la realidad externa. El manicomio, como bien lo ha señalado Foucault, es uno más de los mecanismos de exclusión social donde el internado se ve sometido a una verdadera domesticación del síntoma.

De esta manera, la psiquiatría conforma un dispositivo basado en tres ejes:

1.- Una teoría de la **personalidad enferma**, en la que destacan tres aspectos; a) la idea de unidad corporal, es decir de un organismo con funciones rotas por la "lesión" o enfermedad; b) una noción de la unidad del yo, donde, como dijera J. L. Patiño (6) predominan tres funciones, la integrativa, la informativa y la ejecutiva; c) una unidad yo-mundo externo, en la cual la correspondencia entre lo perceptual y el perceptum es necesaria e innegable.

2.- Una episteme positivista. En la cual, la lógica: observación/clasificación/demostración, juegan como los presupuestos centrales de la explicación médico-psiquiátrica. Ello produce un tipo de Saber al que no habría que dudar en calificar como universitario, en la medida que, como lo ha demostrado Allouch (7), el presupuesto de la lesión orgánica juega como real causa del Saber, en una atadura necesaria e inamovible.

3.- Una práctica de control, en la cual, la medicación, la lógica asilar y el monopolio ejercido en las instituciones asistenciales, oficiales y privadas, de atención a la salud juega como una práctica política de administración, validación, legislación de las prácticas sobre la locura.

De este modo, la psiquiatría conforma un amplio dominio que no puede ser fácilmente socavado, vaya, ni siquiera cuestionado por las prácticas aledañas de intervención

- explicación sobre la locura llámense éstas psicologías o se cubran bajo la denominación de psicoanálisis. Un aspecto, sin embargo, aparece soterrado, expulsado del dispositivo psiquiátrico, este es: **la palabra del loco**.

¿Cómo retomar el lenguaje en la locura, si este no puede ser otra cosa, dentro de esta omnipresente y todo sapiente Lógica, que una corroboración de una falla biológica, de una pérdida de funciones yoicas, una coartada clasificatoria o en el último de los casos, de una verificación de la pertinencia del tratamiento farmacológico?.

Este es un aspecto central que al no poder ser retomado por la psicología ni por el psicoanálisis oficial, en toda su radicalidad, dejan indemne el conjunto del dispositivo tanto en su teoría de la personalidad, como en su epistemología positivista y, consecuentemente, en su aplicación terapéutica institucional.

Por ello los psiquiatras no tienen empacho en sostener: "...el psicoanálisis poco tiene que hacer en favor del enfermo mental del hospital psiquiátrico, como no sea brindar un cierto apoyo, más parecido al altruismo que a la terapéutica; en cambio, constituye un valioso instrumento fuera de ese ámbito. Algo que resulta tan obvio ha suscitado grandes discusiones que, por desgracia, frecuentemente poseen escaso carácter científico..." (8).

Desde esta óptica, un cuestionamiento de fondo, desde otra episteme, desde otra concepción del saber sería, prácticamente, inoperante, si no es que poco sería. Ello sin embargo sólo podría provenir, en verdad, de otro campo donde sea "...la condición de posibilidad de un cuestionamiento del loco, que pase por su reconocimiento como ser hablante..." (9).

Otra epistemología sería necesaria, otra práctica del psicoanálisis es precisa, de otro modo, el campo médico permanece intocable en su estructura.

LA PSICOLOGIA:

Aún en estos tiempos es difícil caracterizar a la psicología de otro modo a como lo hacía Carlos Sastre en los años 70's: "colección de discursos, dispersos, y, a menudo, contradictorios".

Si seguimos la mayor parte de libros de historia de la Psicología, es fácil percatarse que, en su mayoría, el origen de la disciplina es ubicada bajo el cobijo de la metodología científico-experimental. La inclusión de la clínica es poco clara, y se realiza, a menudo, desde perspectivas horizontales, externas, donde el hecho histórico es incluido con independencia de su episteme. Por esto último es factible encontrar al Psicoanálisis como un capítulo más del despliegue de la disciplina.

Lo interesante es que la clínica, es pensada más como un espacio de aplicación técnico que como un verdadero Campo imposible de ser pensado sin un ámbito de sustentación determinado.

Sin embargo, en el presente es difícil escapar de la imagen dada por Carlos Sastre en los años setenta, en su texto "Psicología Red Ideológica, en la cual habla de la Psicología como una colección de discursos, a menudo, contrapuestos.

A pesar de todo, la Psicología en tanto Saber técnico, difícilmente puede ser caracterizada lejanamente de aquel Saber que hemos calificado como universitario, por ello, su origen se encuentra ubicado tanto en la lógica experimental, como en la medición y en la asimilación académica de diversas "técnicas psicoterapéuticas", por más que ellas, como el Psicoanálisis, realmente, provengan de otros Campos.

De este modo, autores como Sol Garfield (10) no dudan en incluir a la Psicología Clínica como una "especialidad psicológica", es decir, como una aplicación derivada de una disciplina. Garfield comenta que tanto el nombre como la fundación de la primera clínica psicológica se deben a Lightnerr Witmer, discípulo de Wundt, quien es 1896 funda en los Estados Unidos la primera de estas instituciones.

Para Garfield otros hechos destacados lo constituyen el desarrollo de la psicometría, de la aplicación masiva de pruebas, la fundación de clínicas de orientación infantil y la aplicación de terapias individuales y grupales (tales como Terapias de Apoyo, Terapia Racional Emotiva, Terapias Conductuales, Terapia Breve, Terapia Centrada en el Cliente y el "Psicoanálisis"). De esta manera, si pudiese conformarse un perfil el psicólogo clínico se orienta fundamentalmente a la evaluación, diagnóstico, investigación del comportamiento y cuando su calificación lo permite, hacia la aplicación de terapias.

Con todo, ¿qué hace el psicólogo clínico ante la locura?. Si seguimos el panorama citado por la autora, podemos decir, que su tipo de intervención se encuentra limitado por desarrollos que no tienen nada de propios. Es fácil constatar que, en lo que hace a las "enfermedades mentales", se acepta sin reparo el diagnóstico psiquiátrico o si acaso se recorre hacia una dudosa "psicopatología dinámica". Ante la locura, el psicólogo clínico no ha generado nada original, no ha desplazado nada del terreno definido por la psiquiatría, su intervención en los asilos u hospitales ha sido subordinada a los mecanismos definidos de atención al loco, inclusive de conceptualización.

La labor, sin mucho demérito, es de corte asistencial, ¿no es frecuente observar a los psicólogos realizando terapias de apoyo, ocupacionales, o simplemente actividades, en los diferentes manicomios?. Claro que, esto último, cuando el psiquiatra lo consiente.

No existen, según se ve, atisbos de que el clínico pueda liberar algo del orden de la palabra. ¿Cómo producir una escucha renovada sin romper con el dispositivo médico-psiquiátrico y con la lógica asistencial, samaritana, que permea la práctica psicológica?.

PSICOANALISIS OFICIAL:

Como dice Marco Antonio Dupont (11), refiriéndose a la A. P. M., la filial de la I.P.A., "...Las raíces doctrinales que sus fundadores injertaron en la Asociación Psicoanalítica Mexicana fueron, en razón del lugar donde se formaron ellos como psicoanalistas, de la época y de quienes los analizaron, los de la Psicología del Yo y la Kleiniana, se diría que en lo predominante..." (12).

Vale decir que la "predominancia" no excluye la participación de otras perspectivas, sin embargo, todo apunta a que la tolerancia es proporcional a dejar intactos tres aspectos de la lectura oficial del psicoanálisis, ellos son: a) la cuestión de la temporalidad de las sesiones, b) la estructura del análisis didáctico y c) la ocupación de puestos directivos en la propia Asociación. En tanto ello no sea violentado, la disidencia teórica es tolerada, por esta razón los integrantes de esta Institución la definen como "plural".

La dirección institucional, sin embargo, permite un cierto crecimiento interno y una difusión externa específica, por ello, las posiciones Yoico-Kleinianas siguen siendo las dominantes.

Desde esta perspectiva, la cuestión de la (s) psicosis sigue estando fuertemente enclavada en el dispositivo de atención desarrollado por la psiquiatría, no obstante, existe alguna originalidad en los planteamientos desarrollados.

Como representante de las posiciones de la Teoría de Yo, Enrique Guarner (13) hace una exposición basada en dos desarrollos freudianos que le parecen fundamentales; uno, orientado hacia la Introducción al(que no del) narcisismo, en cuya función encuentra el "aislamiento de cargas libidinosas" y "la libido no neutralizada que inunda al yo", aspectos que constituyen la base de la "retracción" narcisista presente en la psicosis; el otro, se dirige hacia el conflicto presente no entre el yo y el ello, como es en la neurosis, si no, entre el yo y la realidad externa.

Este doble aspecto permite caracterizar a la psicosis desde el punto de vista de la pérdida de contacto con la realidad externa. De este modo, el Dr. Guarner plantea que el trastorno psicótico más común lo constituye la esquizofrenia, la cual, como diría E. Bleuler, la personalidad total se divide en sus diferentes funciones psíquicas.

Para el autor "...En las esquizofrenias resulta claramente observable la falta de organización y estabilidad de las defensas. La mayor parte de estos mecanismos son sumamente primitivos y se vuelcan en contra de la integridad del yo. (Proyección, introyección, regresión, etcétera)..." (14).

Por esta razón, aún cuando su lectura de Freud le lleva a concluir que él pensaba en la unidad de la Neurosis y la Psicosis, y en consecuencia, ambas podían ser estudiadas bajo

el mismo esquema teórico, cita a autores como Arlow y Brenner, quienes si establecen una diferencia psicopatológica basada en:

- 1.- La regresión instintiva o infantilismo es mayor en las psicosis;
- 2.- La defusión instintiva es mayor en tal cuadro, por ello, por ejemplo, los impulsos agresivos son más fuertes;
- 3.- Existe mayor alteración en las funciones del yo y el superyó.

Para Guarnier, siguiendo los criterios diagnósticos de Kraeplin, existen seis variedades de esquizofrenia, que bien pueden remitirse a una progresión común. Ellas son: la Hebefrénica, la Catatónica, la Esquizo-Afectiva, las formas Indiferenciadas y la Paranoide.

De esta manera, el autor establece que sólo la forma paranoide guarda mayor autonomía con respecto a las otras, y por ello, su evolución, que en las otras que, con frecuencia, tienden al empeoramiento.

Para Guarnier, según puede deducirse, en la medida en que la terapéutica se orienta hacia el establecimiento de una alianza de trabajo con las partes más sanas del Yo, la posibilidad de trabajo es tanto mayor, en la medida que esta instancia se encuentra menos deteriorada. Sin embargo, esta es la parte menos clara de su exposición en tanto no arriesga a aventurar hipótesis en torno a los movimientos mínimos que implicaría una cura en las psicosis.

Se ve, no obstante, que en este planteamiento la lógica clasificatoria y diagnóstica de la psiquiatría permanece indemne. ¿Qué decir de su teoría de la personalidad y del conjunto del dispositivo médico-asistencial, cuando ambas muestran claramente que la unidad ilusoria de lo corporal sigue estando presente?

¿Será posible escuchar un testimonio, cuando, de entrada la palabra sólo es un índice confirmatorio, sea este diagnóstico o producto de la prueba de realidad?

La respuesta, a pesar de todo, no puede ser, simplemente, lapidatoria. Las descripciones y análisis realizados por los teóricos del yo, no son inválidas por sí mismas, el problema consiste, más bien, en que los resultados logrados cristalizan en un saber que, por más que se le asuma como interpretativo, a lo sumo, sólo logra aproximarse al procedimiento de la traducción.

El caso del planteamiento kleiniano es similar, aunque, un tanto más original y decididamente audaz en el trabajo con psicóticos.

León Gringberg (15) conceptúa el fenómeno de las psicosis como una modalidad de funcionamiento mental cuyas manifestaciones se expresan en la conducta, en el lenguaje y en el efecto que se produce en el observador.

Para este autor, en consonancia con los planteos de Melanie Klein, existe una "personalidad psicótica" que coexiste con una "personalidad no psicótica o neurótica". Es así, que cada "persona" cuenta con una estructura, originaria, que por su carácter fragmentario y persecutorio, bien puede denominarse como núcleo psicótico.

Un planteamiento interesante, en tanto, que, de partida, ni la normalidad ni la ausencia de locura aparecen como accidentes, sino más bien, como vicisitudes de la subjetividad. Vale comparar con el planteamiento del Dr. Guarner en el cual sitúa el agente predisponente de la "enfermedad" en "las relaciones de objeto infantiles", en quiebres o traumatismos que se producen en ellas y que, en definitiva, van a afectar el devenir "normal" de la personalidad.

Grinberg se opone, casi con firmeza, al uso de la nomenclatura y clasificación nosológica psiquiátrica, en tanto que, unos pocos conceptos serían suficientes para abarcar diferentes manifestaciones de la personalidad. Asimismo, cree que, antes de ofrecer al paciente interpretaciones transferenciales verbalizadas, es necesario tolerar una gran variedad de posiciones transferenciales.

Para Herbert Rosenfeld, otro destacado exponente de esta postura, el análisis con psicóticos se acerca más a la técnica de niños, que al trabajo establecido con adultos, ello, porque a estos pacientes los traen a consulta no utilizan el diván y frecuentemente, tienen dificultades para la expresión verbal. Para Rosenfeld, consecuentemente, es necesario incluir los actos y gestos del paciente como parte importante del material de trabajo durante la sesión.

Rosenfeld afirma: "...El estudio de la identificación proyectiva y su relación con la escisión del yo ha permitido entender mejor ciertos problemas referentes al pensamiento y al lenguaje, típico de la esquizofrenia. Por ejemplo, la escisión y proyección de partes del sí mismo no sólo lleva a una confusión del yo y los objetos, sino a la interferencia en ciertas funciones del yo, como son el pensamiento abstracto y el empleo y comprensión de palabras, de manera que el paciente puede perder la capacidad de hablar o quedar incapacitado de comprender lo que se dice..." (16).

El mecanismo de escisión es, prácticamente, un desarrollo kleiniano, aunque su origen también puede sustentarse en Freud (17), sin embargo, el acento en la proyección hace que, de fondo, neuróticos y psicóticos sean tratados, básicamente, del mismo modo. Es decir, que si el trasfondo es común, en consecuencia, la operación puede y debe ser de la misma especie.

Han existido diversas críticas a lo largo del tiempo a la técnica interpretativa kleiniana, desde el punto de vista del abuso de la imaginaria interpretativa, su sistema, con frecuencia, puede ser apreciado como un código que, literalmente, se vuelca sobre el paciente.

Implicítamente esto conlleva una referencia al Saber como base del hacer, por tal motivo, el autor dice "...procuro no apartarme del principio de que, cuando mis interpretaciones no tienen éxito, es porque **mis conocimientos están equivocados** y debo tratar de entender mejor el material analítico y la transferencia, de modo de llegar al paciente con mis interpretaciones.." (18).(S.N.).

Si bien, puede decirse, que en el kleinismo la clasificación y diagnóstico no constituyen una preocupación central, si es cierto, que las lagunas en el tratamiento son más una falla una ausencia de saber que un exceso en el mismo.

Rosenfeld describe un caso en el cual una paciente psicótica es, materialmente, bombardeada de interpretaciones, se produce la impresión que la transferencia es tomada como una serie de equívocos que le llevan a depositar masivamente su agresión en la figura del analista como representante de las figuras parentales odiadas.

El exceso interpretativo se debe al supuesto de que "...Se considera que todas las comunicaciones del paciente durante la sesión contienen un elemento de fantasía inconsciente, aunque parezcan estar relacionadas con hechos externos incontrovertibles..." (19).

La "interpretación" de la fantasía se convierte, pues, en un verdadero mecanismo persecutorio, donde, el psicótico, interpretador él también, tiene que enfrentarse ante otro saber, menos seguro (porque presenta más fisuras que la omnipotencia psiquiátrica) pero también tendiente a la certeza.

¿Ello implica que hay que tirar por la borda todo el trabajo del kleinismo?. En absoluto, sin embargo, hay que admitir que, dentro del psicoanálisis las referencias estructurales, es decir, al funcionamiento mental de los psicóticos, no pueden ser otra cosa que puntos del recorrido, de anudamiento, privilegiados si se quiere, pero no algo más que trazos de una escritura, por demás particularizada, singular.

EMERGENCIAS:

Haciendo una extensión, que siempre será abusiva por el contexto discursivo en que nos insertamos, podemos utilizar la categoría de **emergente** desarrollada por Enrique Pichón-Riviére, para situar diversas situaciones, no tanto como el producto de individualidades sino más bien como verdaderos efectos de "campo", como el resultado de operaciones que, por más que se planteen en otro terreno, circunscriben los decires en una circunstancia territorial que los explica y los expone en toda su desnudez.

Vale decir, que lo expuesto hasta este momento, implica un primer movimiento, en el cual, las categorías empleadas y la episteme implícita se imbrica con efectos institucionales que llevan a “cerrar la pinza”, y señalarnos con mayor claridad el efecto de abandono del psicoanálisis, por un lado, y por el otro, a mostrarnos la inscripción de las prácticas “oficiales” dentro del territorio definido por la psiquiatría. Un segundo movimiento consistirá en recoger algunas “emergencias” donde el corrimiento del psicoanálisis hacia el discurso médico, se muestra también como resultado de efectos institucionales.

En una entrevista concedida a un diario capitalino, a finales de 1995, el Dr. Juan Vives señala: “...En nuestra civilización occidental, donde se privilegia tanto la rapidez de los viajes y de las comunicaciones, donde el tiempo se ha convertido en un valor supremo tasable en dinero perdido o ganado, **un método tan ‘lento’ como el psicoanálisis se ha vuelto casi obsoleto.** (s.n.) A la gente ya no le es relevante saber acerca de su propia naturaleza humana, las pulsiones que jalonean sus decisiones y pensamientos, que provocan sus afectos más fundamentales y sus conflictos; ahora lo que interesa es tomarse una pastilla -o unos tragos de alcohol, o darse un latigazo con cocaína- que pueda literalmente ‘apagar’ ese mundo interno y ‘sentirse bien’ rápidamente...” (20).

Parece, pues, que es la indiferencia, la ausencia de curiosidad de la gente, la que empieza a ser percibida como un factor para la obsolescencia del psicoanálisis. Esta imagen, sin embargo, bien puede ser acompañada de otros dos pronunciamientos que le confieren otra dimensión que la de la apreciación o la simple imagen.

Por un lado, el Dr. Sánchez Pintado escribe: “...Los cambios en la relación madre-hijo y la diferente patología que ahora se observa hacen necesario adecuaciones en la técnica del tratamiento: el psicoanalista no puede ser tan **distante, difuminado y frío** como antaño, cuando trataba problemas de neuróticos. Ahora tiene que manifestar su **presencia, calidez y cercanía**, en otras palabras, ser más **activo** en procurar el alivio del paciente, sin actuaciones, dentro de los parámetros de abstinencia conocidos, pero cada vez más como **acompañante y guía** que propicie la estructuración de metas e ideales en el superyo...” (21). (subrayados nuestros).

El referente Kohutiano del Dr. Sánchez supone que al haberse modificado el mecanismo psicogenético de estructuración subjetiva, entonces, aparecen nuevos tipos de trastornos, estos de carácter narcisista, que, en consecuencia, requieren de intervenciones fácticas que en el tiempo presente constituyan “suturas”, “reparaciones”, de hecho, al aparato psíquico del paciente (que no analizante). Cómo nota al margen habría que preguntarse, ¿cómo se logra conservar los parámetros de abstinencia siendo a la vez acompañante y sobre todo, guía de la conformación de metas y/o ideales?.(22).

Por otra parte, este pronunciamiento bien puede ser referido al hecho de que el “furor curandis” y la adaptación a los “Tiempos Modernos” parecen ser la respuesta a las transformaciones sociales, por lo menos, a su emergencia en el imaginario de grandes

sectores de la población, que han esbozado los integrantes de la "oficialidad". Hace poco tiempo, un analista (23) refería que, en su participación dentro de una mesa redonda, otros psicoanalistas de la A. P. M. llegaban a la conclusión de que, hoy por hoy, las psicoterapias muestran mayores posibilidades aplicativas que la terapia psicoanalítica.

¿Qué implican, de fondo, estas postulaciones?. Antes que nada, una sintomatología (si puede valerse esta expresión), sí, pero ¿de qué?. Del abandono de una práctica, que sin embargo, les permite autodenominarse como analistas. Se ve, que, de este modo, la prudencia demostrada ante la psicosis conforma una especie de efecto de herradura que tiene su otro extremo en la adaptación psicoterapéutica ante trastornos narcisistas y/o neuróticos. ¡Curiosa perversión!, que consiste, en renunciar a la incomodidad de un método, que es evacuado a costa de la preservación del Saber Universitario, de la manipulación médica, si vamos más lejos.

¿Será, realmente, todo esto de una naturaleza diferente de aquella que lleva al Comité de la A.P.M. a dar paso expedito en sus programas de formación de analistas a médicos recién egresados de la especialidad de psiquiatría y por otro lado, mantiene en la condicionalidad o en la marginalidad a psicólogos u otros profesionales formados dentro de sus propios institutos?.(24).

Francamente, creemos que "la peste" nunca tuvo una dimensión epidémica dentro de la I.P.A. y sus filiales. Es curioso observar, inclusive, que sus cuadros directivos se encuentran constituidos mayoritariamente por psiquiatras y que según se desprende de la fácil renuncia, evolutiva o adaptativa, a la práctica del psicoanálisis, la identidad última, irrenunciable, proviene del Campo Médico.

CONVERGENCIAS:

En febrero de 1996, en la ciudad de México, fue convocado un Simpósium bajo el título "Para un renacer de la Clínica" (25). en el confluyeron psiquiatras de orientación fenomenológica, psicoanalistas (el sector "progresista" perteneciente a la institución oficial mexicana), psicólogos de orientación "basagliana" y profesionales invitados de la antropología e historia.

En una dimensión diacrónica, el evento mostró el "espectro" de prácticas vigentes y re-novadas sobre la locura (evidentemente, no fueron convocados otros grupos). En este sentido, no pudo dejar de ser explicitado un cierto voluntarismo presente en las prácticas ahí representas. En una dimensión sincrónica, resaltaron encrucijadas y contradicciones vigentes en la concepción misma de la clínica y en consecuencia, de la cura.

En el primer sentido, fue realmente interesante, incluso conmovedor, escuchar la reflexión de los psiquiatras quienes, obviando el recurso de la historia, y haciendo más bien una reflexión nostálgica, señalaban la pérdida de una clínica dialógica e individualizada, en vías del afán clasificador y el tratamiento farmacológico. De fondo, su reconstrucción no fue

suficiente para escapar del voluntarismo individualista, parecía, en última instancia, que para solucionar el estado de cosas imperante habría que apelar a las buenas conciencias y corregir, vía educación, la formación de las nuevas generaciones de psiquiatras.

Los psicólogos, por su parte, combinaban una concepción de la locura y la comunidad, inspiradas, ambas, en Franco Basaglia con un “moderno” planteamiento sobre los Derechos Humanos. El loco, era presentado en términos de un lenguaje crítico, pero, con el telón de fondo del indefenso al que hay que cubrir, que proteger, para devolverle, no su palabra, sino más bien, su propia “vida”, su dignidad escamotada.

Vale decir, que la lucha política, la conquista de espacios y reivindicaciones, bajo diversos presupuestos, es básica, fundamental. La dimensión que, no obstante, sigue siendo de consideración es la que une los haceres y decires con una versión laica, mesiánica, del cristianismo. El loco, héroe solitario, revolucionario incomprendido, tiene un mensaje, el cual, sólo puede ser fiel y “verdaderamente” interpretado por otros justicieros que hacen causa de su salvación.

Nuevamente, sin embargo, algo se muestra en toda su ausencia: la palabra del loco.

El decir de Juan Carlos Plá es ilustrativo: “...Una psicosis es un acontecimiento subjetivo que se produce en por lo menos tres generaciones. Una palabra rota en una trama transindividual, en el entrelazamiento constitutivo de los sujetos en su grupo familiar. Cada uno de ellos debe ser escuchado en su singularidad y en su referencia a los otros. Escuchado en los mensajes y en los discursos que lo atraviesan, que lo fijan y lo deshacen ...” (26).

Su decir, loco, apreciado, venerado, resuena tan sólo como un eco totémico, como discurso de la psicosis ante el cual se tiene respeto, pero, desde una profunda incomprensión y lejanía. ¿Qué se escucha dentro de un contexto plagado de significaciones “renovadoras”, “salvadoras”, interpeladoras de un “sentido ya ahí”, que como divinidad solitaria “re-nace” a un sentido más pleno?

En el segundo sentido señalado más arriba, los elementos discursivos en su sincronía muestran una distancia propia, una “auto-contención”, que lleva a que, por más que se busque, no existe, realmente, la posibilidad de lograr una intervención conjunta sobre la mencionada trama transindividual.

En esta misma lógica y en esa contradicción profunda existente entre el médico y el analista, ¿cómo podría intepretarse el señalamiento de Juan Carlos Plá?: “...No se nos escapa que esta revitalización de la clínica pasa por una crítica de la cultura dominante. Así concebimos el trabajo de las fecundas relaciones de psicoanálisis y medicina...” (27).

¿Cómo producir un encuentro fecundo con la palabra sin renovar el suelo epistemológico y clínico que articula los discursos “médico-psicológicos”, y sus prácticas, que no son otras que de Poder, sobre la locura?

¿Cómo ubicarse en la posición correcta para generar prácticas fieles a la singularidad de una locura, sin querer “salvar”, sin “devolver” algo del orden de la razón, sin usar al loco para vindicar nuestros intento mesiánicos de cura?

FREUD-LACAN:

Ante este panorama resalta la idea que hasta el presente el territorio “psi” que se ha demarcado, para la explicación-atención, de las psicosis implica un predominio médico-psiquiátrico: Este se ha demostrado capaz no sólo de subordinar a las diversas prácticas psicoterapéuticas, sino también, al psicoanálisis post-freudiano, sobre todo a aquel que se ha desarrollado al cobijo de las posiciones imperantes en la I.P.A.. Esto último nos coloca, realmente, en un terreno paradójico donde, por lo menos, debemos preguntarnos, entonces, ¿en qué consiste la originalidad del descubrimiento freudiano?

Freud desarrolló el psicoanálisis a costa de su propia práctica como neurólogo, desplazando el campo de explicación corporal hacia una práctica sobre la palabra. Jean Allouch ha demostrado (28), que desde el llamado “episodio de la cocaína”, Freud produjo una importante ruptura con el Saber médico, en la cual la unión entre “lesión y síntoma” resultaba imprescindible. Más adelante, su confrontación con la histeria le lleva, cada vez más, a hacerse secretario de una palabra que le demuestra la curiosa “geografía corporal” a que estamos expuestos los sujetos en tanto hablantes.

La relación transferencial, en la que Fliess aparecía como sujeto-supuesto-saber, le permite realizar un descubrimiento-invencción, en la que, realmente, se hace posible la instauración de una novedad: la escucha del inconsciente.

En más de un sentido Freud era un hombre de su época, los desarrollos de las Ciencias de la Naturaleza, el propio marco conceptual de la física, de la antropología, la relativa inmadurez de las Ciencias del Hombre y de la lingüística, le impidieron contar con los elementos conceptuales necesarios para dar a su descubrimiento la plena fundamentación que se requería, quizá por ello, al trasladar el psicoanálisis a otros contextos, sus discípulos re-asimilaron en versiones diversas los trazos originales dados por el fundador.

En su defensa a Theodore Reik de 1926 Freud escribe: “... coloco el acento en la exigencia de que *no puede ejercer el análisis nadie que no haya adquirido títulos para ello mediante una determinada formación*. Me parece accesorio que esa persona sea o no un médico ...(29).

Ello antes que un manifiesto de apoyo implica, verdaderamente, un pronunciamiento doctrinal, dado que esa “indiferencia”, más adelante es explicitada en ese texto como el

corrimiento, por parte del analista, hacia "...otro universo, con otros fenómenos y leyes ..." (30) diversos de aquellos que se establecen para el dominio anatomo-patológico.

De este modo, el Campo Médico permanece ajeno a lo psíquico, su pertinencia dentro de este dominio anímico sólo puede juzgarse partiendo del ámbito social e institucional, desde el que se ejerce presión para detentar control sobre las prácticas psicoterapéuticas. ¿Cómo podría, sin embargo, proceder un médico si asumiera el dejar de lado el "... punto de vista de la sustancia {den stofflichen Gesichtspunkts}, pero no el espacial ..." (31).

En un movimiento progresivo bien puede re-affirmarse que el Campo Psicoanalítico sólo es factible re-definiendo el espacio topológico de la Mirada Médica y re-tornando a un fundamento discursivo que hace de la Clínica "otra cosa" diversa del dispositivo médico y de su ordenamiento bajo el par clasificación-control. En un movimiento de retorno, que sea algo más que una reapropiación es aún difícil calcular el impacto que tendría sobre el objeto-cuerpo la introducción de la palabra, ello por lo menos, en lo que respecta al Saber Médico.

De momento, debemos conformarnos con señalar que si bien la práctica médica tiene una legalidad propia, ante la cual no caben funciones de usurpación, también es cierto que sus límites no son tan claros como se pretende y que su objeto y las prácticas que sobre él se articulan están firmemente asentadas sobre un desconocimiento: el sujeto del Inconsciente.

Así pues, lo que Freud inaugura es un Campo donde la palabra aparece en una función inédita, la cual, atraviesa por los bordes de la singularidad y de una extraña locura, que de ahí en adelante, nunca más será ajena a nosotros, los sujetos hablantes.

Marcelo Pasternac plantea, llevando el descubrimiento freudiano hasta un extremo radical que "... decir psicoanalista lacaniano es un pleonasma ..." (32). Ello, lejos de constituirse en una referencia dogmática, de Escuela, apunta a señalar que sólo es desde Lacan que el Campo Freudiano ha adquirido consistencia.

Una consistencia de tal envergadura que lo que está en juego no es una relación de legitimación-deslegitimación, de un hacer verdadero ante otros falsos, sino más bien, de un **estilo** en que el analizante o el loco puedan ser escuchados dentro de una lógica, en la cual "... basta que un saber sea producido para que, por ese hecho mismo, se encuentre ya marcado por el 'no es eso' ..." (33).

"... Así el nombre de *Psicoanálisis* contra el que Lacan no atentará, mientras que, en cambio, no considerará la 'realidad psíquica' freudiana como una referencia obligada .." (34).

Lo que Lacan realiza con la obra de Freud puede definirse, siguiendo a Philippe Julien (35), es una doble vuelta que se convierte en un verdadero movimiento en espiral, es decir, en una apertura. En un primer giro Lacan retorna a la fuente como un lector, como un

comentador puntual del texto, en un segundo movimiento, introduce otro “suelo” desde el cual la reminiscencia espacializada que permite pensar el psiquismo se transforma en un acto creador.

Por esta razón Jean Allouch utilizando una referencia kuhniana, puede decir que con el ternario I.S.R., Lacan introduce “... una refundición de un paradigma en vigencia, el cual subsiste, entonces, como ordenador de la disciplina a través y gracias a esta refundición misma ...” (36).

Existe pues un desplazamiento, en el sentido que esta categoría ha adquirido dentro del psicoanálisis, es decir, una inversión y un cambio de contexto, dentro del cual muchas de las puntualizaciones freudianas pueden ser integradas en un efecto de progreso (claro que si este término pudiera usarse sin una reminiscencia evolutiva) o más bien de una producción.

De este modo, Lacan no se convierte en un sacralizador de la letra freudiana, pero tampoco, simplemente, en otro “renovador”, más bien, lleva el conjunto de la obra hacia el lugar en el cual puede contar, ¡por fin!, con una fundamentación propia. Con un tipo de validación que no requerirá, en más, de ser otorgada por alguna de las grandes teorías epistemológicas.

La teoría, la técnica y el método, pueden por esta vía, ser reconocidas en toda su dimensión propia: la de generar un artificio para producir el advenimiento de una singularidad, la de la palabra del sujeto.

Lacan refunda el psicoanálisis en tanto de otorga una consistencia propia, donde puede, merced a la introducción de otra topologización de la “realidad psíquica”, decir que si bien sus tres no son los de Freud y por ello el inconsciente es de Lacan, el campo ese sí, sigue siendo freudiano.

De esta manera, todo el trabajo de Lacan, si bien no se queda como señala Allouch en una teoría de la discursividad, sino que, su último cifrado es nodológico, bien puede señalarse que, el sentido conjunto que adquiere es el de liberar a la palabra del sujeto de aquellas ataduras que la hacían un referente, que le otorgaban una función de representación y dejaban, intacta, de esta manera, la lógica clasificatoria que no llevaba sino a confirmar, en una especie de imaginería de la transferencia, las “verdades” encontradas en el conjunto de la vida, real y psíquica, de cada cual.

Sólo así el territorio “psi” puede verse, realmente, perturbado y llevar a que debajo de las categorías consagradas, pueda emerger algo del orden de lo novedoso. Germán L. García escribe: “...El campo de la investigación se abre, entonces, a la dispersión que anuncia la transformación radical de la antigua ‘**psicopatología**’. ¿Porqué, entonces, hablar de eso?. Hace unos años cierta ilusión podría ser la nuestra: cubrir los mismos cuadros con un lenguaje nuevo. Pero esos ‘**cuadros**’ ya son una teoría -una tipología, un juego de géneros y especies- y cualquier cambio del hábito fundamental de la ética exige que se

piense en otra ciencia. Esta ciencia parece no ser tal para una ciencia 'positiva', de la misma forma que no será una psicopatología nueva lo que surgirá de ella ..." (37) (S. N.).

La referencia a la cientificidad que realiza Germán L. García, en esta cita, si bien puede padecer de cierta obsolescencia, no por ello deja de señalar un efecto que es el que Lacan ha realizado dentro del Campo psicoanalítico, que es aquél que consiste en colocar al analista en esa función de secretario donde se hace posible la innovación metodológica, que no es otra que la escuchar cada caso como si no se hubiera depositado nada, como resto de saber, de los casos precedentes.

Las psicosis, pueden aparecer no como "enfermedades" con un referente fijo, inmutable, ante el cual, se produce cierta modificación técnica, que deja intacto el montaje realizado desde la psiquiatría. Por ello, el propio J. A. Miller refiriéndose al hacer de los analistas decía: "... Hablo de problemas clínicos para el psicoanálisis porque el subsuelo de la clínica psicoanalítica se arraiga en la herencia psiquiátrica ..." (38).

Ese subsuelo sólo puede ser radicalmente transformado a condición de que los sujetos sean reconocidos en tanto hablantes, en tanto sujetos del lenguaje.

"... Desde el momento en que el ser humano habla, estamos perdidos, se acabó esa perfección armónica, de la copulación, que por otra parte es imposible ver en ningún lugar en la naturaleza ..." (39).

Así, Lacan abre la posibilidad de inscribir el trabajo psicoanalítico en otro registro, en otra dimensión, donde realmente la vieja herencia psiquiátrica se transforma.

El psicoanálisis puede, entonces, ser inscrito y re-escribirse dentro de otras coordenadas, a partir de las que el psicoanálisis ya no puede alejarse del "campo paranoico" de las psicosis.

Según Jean Allouch (40) el recorrido lacaniano dentro del psicoanálisis puede caracterizarse en tres tiempos: el primero parte de la ubicación del ternario **simbólico, imaginario y real** como paradigma del psicoanálisis, ello le permite desprender la producción freudiana del dualismo en que se encontraba atrapada; el segundo produce mediante el progresivo cambio del "suelo" categorial y epistémico en que teoría y práctica se hallaban inmersas, entre las transformaciones producidas podemos anotar: 1.- el cambio de significación de los conceptos establecidos (por ejemplo, la agresividad aparece ligada al narcisismo y no ya a la pulsión de muerte), 2.- el desplazamiento de problemáticas ofrecidas a la investigación analítica, como el caso de las psicosis en que el acento no recae ya en la homosexualidad y la dinámica proyectiva, 3.- proporciona nuevos puntos de referencia para hacer asequibles aspectos estructurales de la teoría y práctica psicoanalíticas, tal es el caso de los matemas, 4.- modifica la imaginación científica misma, mediante la conceptualización topológica, de la cual se desprende una nueva representación del "interior psíquico" y su relación con el afuera, 5.- introduce nuevas formas de práctica, tales como las sesiones

puntuadas, en las que la problemática de la temporalidad “lógica” cambia la forma en que se apreciaba la duración de la sesión y más lejos, el asunto del fin de análisis.

Finalmente, “...vino un último período en que Lacan fue llevado, ya no ha problematizar el psicoanálisis a partir del ternario S.I.R., sino a problematizar el ternario mismo...” (41).

Con este trayecto, del cual aún, están por recogerse las consecuencias del último movimiento, la obra de Lacan se muestra no como un todo acabado que viene a sustituir con un halo de modernidad los viejos planteos freudianos. Más bien, Lacan viene a re-abrir un Campo que, según parecía, se encontraba ya cerrado. Por ello autores como Laplanche pudieron hablar de la necesidad de realizar síntesis post-freudianas ¡como si cada planteamiento, incluyendo a Lacan, fueran ya obras acabadas!

De esta manera el giro que Lacan propicia, conlleva un re-torno a la psicosis tratando de anudarla a una relación nueva con la palabra; ésta, entendida en toda la radicalidad que conlleva la relación del sujeto con el significante. Esta concepción tendrá dos transformaciones decisivas; una, con la ligadura de la cuestión significante a la problemática del escrito y la otra, haciendo bisagra de esta teoría con la economía del goce. Por ello Allouch aduce: “...la acentuación en Lacan de la función del escrito en tanto irreductible a la palabra, se debe a la localización de esa fraternidad del analizante y del interpretador. Sólo esta consideración de la ‘instancia de la letra’ da su alcance a la inédita definición del significante: ‘lo que representa al sujeto para otro significante’...” (42).

La apoyatura en lo escrito conduce a la comprobación clínica de una grieta en lo sexual, de la imposibilidad de establecer proporciones, junturas de uno a uno, que conduzcan a fin alguno; de este modo la sexualidad permanece abierta y no hay modo de relacionar a los seres por medio de ella. El ser sólo puede ser hablante y ello le imposibilita colmarse de modo alguno. Las distinciones centrales que de ahí se desprenden permiten la ubicación de una separación, también, inédita, la del placer y el goce. De lo que se trata es no tanto de una omnipotencia del retorno de lo reprimido, sino más bien de una insistencia hasta un borde, ese que Freud había detectado como Más Allá del Principio del placer, y que se muestra como la irresistible atracción hacia un agujero. Tendencia a borrar esa falta, que sólo por obra del falo puede evacuarse parcialmente en los bordes corporales, goce fálico este, que frena la posibilidad, en un sujeto presa ya del símbolo, de fusionarse en el goce del Otro.

Esta construcción lleva a Lacan a producir un objeto nuevo para el psicoanálisis, el *a*, que de ahí en adelante pasará a jugar en la constitución del sujeto, en el lugar del analista, en la referencia al cuerpo y finalmente, en el lugar de una pérdida que sólo puede cernirse, que no colmarse, por el lenguaje, no como palabra, sino como letra, como escritura a descifrar que acompaña a toda producción de $S/S1\text{-----}S2$.

De acuerdo a ello, la clínica psicoanalítica es redimensionada en su peculiaridad de escucha singular. De una palabra, que, partiendo de un escrito, habrá sido o no una producción subjetiva. Sólo así se podrá inscribir en la historia del sujeto un lugar, el de la falta, el de la ausencia de sentido, de la imposibilidad de correspondencia última con una naturaleza ideal.

La locura como extravío de la razón, puede ser entendida como un avatar, como una incidencia nunca del todo lejana al hablante. La locura psicótica es una curiosa forma de esa loca "normalidad" donde algo falta, donde una singularidad no puede inscribir en el texto la verdad de una ausencia que nos hace siervos del lenguaje: esta se nombra, a menudo, como castración.

La psicosis, pues, en el Campo de la palabra. Remitidas a la condición de la escritura particular, donde, eventualmente, un secretario pueda lograr que algo sea, realmente, remitido a su lugar.

Quizá sólo con esos artificios sea factible garantizar una escucha lejana de las comodidades nominalistas y clasificatorias.

Puede ser que, entonces, sea el momento de elevar la práctica psicoanalítica a "...la condición de posibilidad de un cuestionamiento del loco, que pase por su reconocimiento como ser hablante..." (43).

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Allouch, Jean. 213 ocurrencias con Jacques Lacan, SITESA, México, 1992. Ahí señala el autor: "...Se llamaría ocurrencia a una secuencia discursiva cerrada a la manera del chiste pero con la cual, más allá de este cierre, la partición entre verdad y tontería permanece parcialmente no efectuada...". p. 9.
- 2.- Garnica Portillo, Rodrigo. Nacimiento y Evolución de la Psiquiatría. Edit. Trillas, México, 1993. p. 9.
- 3.- Garnica Portillo, Rodrigo. Ibid. p. 27.
- 4.- Garnica Portillo, Rodrigo. Ibid. p. 10.
- 5.- Garnica Portillo, Rodrigo. Ibid. p.103.
- 6.- Patiño, José Luis. Psiquiatría Clínica. Salvat, México, 1980.
- 7.- Allouch, Jean. Letra por Letra. Edit. Edelp, Córdoba, 1992.
- 8.- Garnica Portillo, Rodrigo. Op. cit. p. 53.
- 9.- Allouch, Jean. Perturbación en PERNEPSI, mat. fotocopia, p. 31.
- 10.- Garfield, Sol. Psicología Clínica. Edit. Manual Moderno, México, 1979.
- 11.- Dupont, Marco Antonio. La práctica del psicoanálisis. Edit. Pax-México, 1988.
- 12.- Dupont, Marco Antonio. Ibid, p. 58.
- 13.- Guarner, Enrique. Psicopatología Clínica y Tratamiento Psicoanalítico. Edit. Porrúa, México, 1978.
- 14.- Guarner, Enrique. Ibid. p. 139.
- 15.- Grinberg, León. (Comp.). Prácticas psicoanalíticas comparadas en las psicosis. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1987.
- 16.- Rosenfeld, Herbert. En: Prácticas psicoanalíticas comparadas... p. 204.
- 17.- En Freud, bajo el marco de su teoría pulsional y particularmente en la segunda tópica, existe la posibilidad de rastrear cómo los primeros destinos pulsionales, esto es; la transformación en lo contrario y la vuelta contra la persona propia, marcan un camino que ciertamente puede dar lugar a un origen "persecutorio" (paranoide) en el sujeto. Sin embargo, la concepción kleinina se ve necesitada de suponer un yo originario, presente desde el nacimiento mismo, él es la instancia que sufrirá los embates de lo pulsional y ante su falta de organización, intentará fragmentar los contenidos pulsionales vividos como malos para intentar control sobre ellos. Sin embargo, el mecanismo pulsional escapa del control del yo y por ello, queda a merced del ataque de "eso" que, en fragmentos retorna de un modo amenazante. Se requerirá, en esta concepción, de un nuevo desarrollo del yo para que sea factible integrar lo disperso. Ello depende, no obstante, de una suerte de decisión subjetiva en la cual a mayor o menor daño infringido (imaginariamente) a la parte buena del objeto gratificante, será mas factible o no el paso a una siguiente posición, llamada ésta, depresiva.
- 18.- Rosenfeld, Herbert. Ibid. p. 205.
- 19.- Segal, Hanna. En: Prácticas psicoanalíticas comparadas.... p. 254.
- 20.- Vives, Juan y otros. "El diván del siglo XX". Entrevista en el Diario Reforma, México, 22 de octubre de 1995, Suplemento Dominical "El Angel" # 97.

- 21.- Sánchez Pintado, Sergio. "Proyección del psicoanálisis". En: Diálogo y palabras. Boletín trimestral de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, No. 10, 1993.
- 22.- Debo a una comunicación personal del Mtro. Carlos G. Galindo Pérez una interesante aclaración: los intentos por hacer transformaciones al análisis y convertirlo en una práctica más cercana, de mayor actividad y cercanía por parte del analista, se encuentran ya en Sándor Ferenczi, quien llegaba al extremo de la "cercanía" dejándose besar y besando a los pacientes. Una hipótesis del Mtro. Galindo, propuesta a manera de una interrogación, y a la cual me adscribo, plantea: "...¿No será el discurso analítico de Ferenczi nada más que una consecuencia de los avatares de su transferencia?...". Y más aún: "...Lo transmitido sería no tal o cual contenido positivo que Ferenczi había recibido, sino lo que habría querido darles a los demás a causa de no haber admitido él mismo no haberlo recibido...". La elaboración teórica, pues, de Ferenczi es uno de los efectos de una historia de amor con Freud; de amor de transferencia, en el que el invento terapéutico da claras muestras de la inexistencia de su real tramitación.
- Las consecuencias a que remite este señalamiento son realmente impactantes: ¿qué otras historias de amor estarán presentes en los modernos transformadores de la técnica?
- 23.- Dr. Román Zárate. Comunicación personal, octubre 1996.
- 24.- Este testimonio parte de compañeros que participan actualmente en los programas de formación de la A.P.M. y de los que, evidentemente, es necesario mantener anónimos para evitar los consabidos efectos institucionales.
- 25.- Simposium: Para un renacer de la clínica. 16 y 17 de febrero de 1996.
- 26.- Plá, Juan Carlos. "Fundamentos para una renovación de la Clínica". Folleto informativo del Simposium.
- 27.- Plá, Juan Carlos. Ibid.
- 28.- Allouch, Jean. Letra por Letra. Op. Cit.
- 29.- Freud, Sigmund. ¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis?. Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, T. XX, 1975. p. 219.
- 30.- Freud, Sigmund. Ibid. p. 231.
- 31.- Freud, Sigmund. Ibid. p. 182.
- 32.- Pasternac, Marcelo. Taller "La locura". México, D. F., 1996.
- 33.- Allouch, Jean. Freud y después Lacan. Edelp, Córdoba, Argentina, 1993. p. 15.
- 34.- Allouch, Jean. Ibid. p. 38.
- 35.- Julien, Philippe. El retorno a Freud de Jacques Lacan. SITESA, México, 1992.
- 36.- Allouch, Jean. Freud y después Lacan. Op. Cit. p. 26.
- 37.- García, Germán L. La otra psicopatología. Edit. Lumardi, Buenos Aires, 1978. p. 12.
- 38.- Miller, J. A. Recorrido de Lacan. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984, p. 82.
- 39.- Lacan, Jaques. El reverso del psicoanálisis. Seminario XVII, Edit. Paidós, Barcelona, 1992. p. 34.
- 40.- Allouch, Jean. "Punto de vista lacaniano en psicoanálisis". En: Artefacto No. 5, Fromm una posición freudiana, Epee, México, mayo 1995.
- 41.- Allouch, Jean. Ibid. p. 168.
- 42.- Allouch, Jean. Ibid. p. 177.
- 43.- Allouch, Jean. "Perturbación en PERNEPSI". mat. fotocopia, p. 21.

FREUD-LACAN:

CAPITULO 3

¿quien lo dirá?

La enferma:

-La voz no es una voz extraña a mí; tenía la impresión de oírme, está detrás mío, a mi altura.

Lacan:

¿Usted tiene la impresión de oírse, quiere decir que ella habla?

La enferma:

-Sí

Lacan:

¿Cómo habla ella? ¿No la deja a ud. ni chistar?.

La enferma:

-Sí ... como si me impidiese hablar ... no sé como decirlo ...

Lacan:

Inténtelo. ¿Quién lo dirá si no es usted?.

Jean Allouch. 213 ocurrencias ... p. 137.

La secuencia Freud-Lacan, particularmente en lo que respecta a la concepción de las psicosis, nos confronta con el reto de articular lo representativo del pensamiento de cada uno de los autores.

¿Cómo hacerlo, si además, la secuencia de nombres supone un camino, una articulación que pasa de lo contingente a lo necesario?

Freud-Lacan remite a una posición que se encuentra en un horizonte de superación de las polémicas introducidas a lo largo del tiempo por las diferentes “escuelas” psicoanalíticas. Todas ellas, desde una racionalidad implícita, a menudo desconocida para sí mismas, leen a Freud sin superar el legado del creador y frecuentemente traicionándolo. Una obra tan compleja, cargada de avances y retrocesos, anticipaciones y “empantanamientos”, de correcciones, contradicciones y líneas de continuidad, supone una lectura cuidadosa, a veces textual y en otras privilegiando algunos sentidos de la obra.

El psicoanálisis no admite “cualquier” lectura en la medida que una corrección de cualquier tipo, conlleva por necesidad una orientación epistémica y metodológica, que, una vez plasmada, hace destino (¿des[a]tino?) del descubrimiento freudiano.

A Lacan le corresponde una posición de continuador “sui géneris”, en tanto que, más que seguir linealmente un camino, lleva el descubrimiento analítico hasta sus últimas consecuencias. ¿De qué otro modo podría traducirse hoy la exigencia freudiana de tratar cada caso de manera singular, como si no se hubiese sedimentado nada en cuanto saber, de los casos anteriores?

Lacan señalaba en 1980, ustedes sean lacanianos si quieren, yo por mi parte soy freudiano.

FREUD Y LAS PSICOSIS:

En 1904, escribiendo sobre el método psicoanalítico, Freud se expresa de la siguiente manera: “...La persona que haya de someterse con provecho al psicoanálisis, tiene que ser capaz de un estado psíquico normal...” (1).

Tal estado, según lo expone el autor, conlleva la posibilidad de un cierto desarrollo ético, una inteligencia natural y tiene las limitaciones de la constitución propia, así como la edad.

Es obvio que un psicótico se encuentra lejos de alcanzar una normalidad de tal naturaleza; entonces, la conclusión lógica debería situarse en la imposibilidad de tales “enfermos” para beneficiarse con un tratamiento de esta especie. Sin embargo, y como ya lo han reconocido diversos autores, la obra de Freud está marcada por giros conceptuales que,

por lo menos, matizan sus observaciones a lo largo del tiempo de construcción de su gran descubrimiento.

En este sentido escribe un año después: "...Las psicosis, los estados de confusión y de depresión profunda (diría: tóxica), son, pues, inapropiados para el psicoanálisis, **al menos tal como hoy lo practicamos**. No descarto totalmente que una modificación apropiada del procedimiento nos permita superar esa contraindicación y abordar así una psicoterapia de las psicosis...". (2) (S.N.).

"Al menos...", introduce no sólo una prudencia teórico-práctica notable, de la cual no existen ya demasiados casos, sino una verdadera anticipación del alcance que los descubrimientos previos y el desarrollo mismo de la obra irán posibilitando sobre el espinoso terreno del abordaje de las psicosis.

"Una psicoterapia...", sin embargo, no sólo será posible bajo el terreno de una modificación de la técnica, sino más bien, bajo el amparo de un verdadero cuestionamiento del conjunto del dispositivo psicoanalítico. Ello, por lo menos, puede sustentarse a condición de abandonar el grueso de las creencias positivistas que hacen de la técnica el momento culminante, privilegiado y autónomo de un método.

Freud posee la suficiente ambigüedad para hacer posible desde sus escritos la apoyatura de tipo productivo o cíclica. El conjunto del texto freudiano, no obstante, rebasa por mucho la intencionalidad explícita del autor.

De este modo, se ve que en 1894, en el artículo sobre "Las neuropsicosis de defensa" introduce de manera inagural los conceptos de defensa y de refugio en las psicosis. Freud distingue tres variedades de defensa: la histérica, la obsesiva y la psicótica. Las cuales corresponden a modos diferenciados de funcionamiento, pero que, también, pueden estar reunidos en la misma persona.

En la psicosis "...existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa, que consiste en que el yo desestima {verwerfen} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. Sólo que en el momento en que se ha conseguido esto, la persona se encuentra en una psicosis que no admite otra clasificación que <<confusión alucinatoria>>..." (3).

La psicosis aparece, entonces, como una consecuencia de un movimiento defensivo de un intento de desestimar una representación **insoportable**, ¿para quién?, para el yo. El problema consiste, sin embargo, en que "...El yo se arranca de la representación insoportable pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esa operación, se desase también, total o parcialmente, de la realidad objetiva..." (4).

Por este proceder el yo se refugia en la psicosis y el proceder alucinatorio o delirante parece acontecer en tanto la defensa cancela el elemento de realidad presente en la representación. Freud supone, entonces, un tipo de defensa más enérgica que en otras formas de psiconeurosis, dado que el yo se **arranca**, expulsa el contenido indeseable, sin embargo, duda en separar esta operación del acontecer neurótico. Por ello, dos años más tarde escribe: "...Desde hace ya largo tiempo aliento la conjetura de que también la paranoia -o grupos de casos pertenecientes a ella- es una psicosis de defensa, es decir que proviene, lo mismo que la histeria y las representaciones obsesivas, de la represión de recuerdos penosos ..." (5).

Dos sentidos se abren desde la presente perspectiva; uno que va hacia la especificidad de la defensa psicótica y el otro, que hace de esta un camino similar al recorrido de las psiconeurosis. El primero abre paso hacia lo estructural, el segundo muestra una operación que no abandonará a Freud a lo largo de su obra, esto es, la preeminencia del registro de las neurosis y su problemática conceptual para abordar las psicosis.

No sería, realmente, aventurado suponer que esto constituye una verdadera oscilación del pensamiento freudiano, una suerte de movimiento pendular en el que la aprehensión de un extremo u otro lleva a establecer consideraciones diversas, a menudo opuestas, pero que, de fondo excluyen la originalidad del conjunto del movimiento.

De este modo, en 1896 introduce un concepto que resultará sumamente caro a la elaboración psicoanalítica: el de proyección. Desde él sucesivas generaciones de analistas se volcaron en una lógica del adentro-afuera que cristalizó en una especie de comprensión neurotizante del psicótico. Todavía pasarán varios años desde este desarrollo para que Freud fije el "motivo" de la defensa proyectiva, no obstante, en el contexto de elaboración persiste lo enérgico del mecanismo de rechazo, la peculiaridad de la restitución delirante y una novedosa idea en torno a la alteración del yo como producto de la consolidación de la operación defensiva. Por ello puede leerse: "...En la paranoia, el reproche es reprimido por un camino que se puede designar como *proyección*, puesto que se erige el síntoma defensivo de *desconfianza* hacia *otros* ..." (6). Y más adelante afirma: "...hallamos en la paranoia otra fuente para la formación de síntoma; las ideas delirantes que llegaron a la conciencia en virtud del compromiso (síntomas del retorno [de lo reprimido]) proponen demandas al trabajo de pensamiento del yo hasta que se las puede aceptar exentas de contradicción. Como ellas mismas no son influibles, el yo se ve precisado a adecuarseles; así es como a los síntomas de la defensa secundaria en el caso de la neurosis obsesiva corresponde aquí la formación delirante combinatoria, el *delirio de interpretación* que desemboca en la *alteración del yo*..." (7).

En toda esta construcción, y la obra posterior lo re-afirmará, puede notarse que para Freud la paranoia constituye el modelo de las psicosis. No desconoce otras formaciones por ello en 1914, en la Introducción del Narcisismo incluye diferentes modalidades de

funcionamiento de la parafrenia, dentro de la cual parece acogerse la paranoia. A pesar de ello, las construcciones más consistentes a lo largo de la obra se realizan en torno a esta última. Freud conoce la clasificación psiquiátrica pero sabe también que su proceder es otro diverso del de la medicina "mental". Por ello más que asentar la lógica explicativa en un dudoso organicismo y en un seguimiento sintomal de la enfermedad, Freud parece encaminarse tanto a la búsqueda de explicaciones de carácter estructural, como al respeto del texto psicótico. En tanto, prosigamos para exponer ambos aspectos.

Ya en 1895, en el manuscrito H, de la correspondencia con Fliess, puede seguirse la siguiente observación: en la confusión alucinatoria "...La representación inconciliable integra (afecto y contenido) es mantenida apartada del yo, lo cual sólo es posible a expensas de un desasimiento parcial del mundo exterior..." (...) en tanto que, en la paranoia, "... Contenido y afecto de la representación inconciliable se conservan (...) pero son proyectados al mundo exterior..." (8).

La publicación del 96 amplía esta idea y deja como trasfondo un seguimiento más puntual del proceso psicótico. Será esto último la base de sus elaboraciones, por lo menos, hasta 1911. Abundemos la hipótesis de que el elemento propiamente estructural introduce una versión distinta de lo procesual, sin embargo el Freud de estos años avanza aún dando tumbos.

Con ello, puede notarse que en la carta 55, de 1897, el creador del psicoanálisis se encuentra ocupado en encontrar un lugar que haga de parteaguas entre el decurso psicótico y el neurótico, por ello dice que (la) "... Condición para que haya psicosis en lugar de neurosis (es decir *amentia* o psicosis confusional, psicosis de avasallamiento, como la he descrito antes) parece ser que se produzca un abuso sexual antes del primer término {plazo} intelectual, o sea antes que el aparato psíquico esté terminado en su primera forma (antes de lo quince meses o del año y medio)..." (9).

La teoría de la seducción le aporta el modelo del acontecer sano y el normal, por ello el esfuerzo se dirige a la ubicación del punto de fractura en el curso del desarrollo, y de esta manera, el peso de lo adquirido juega como definitorio de la peculiaridad patológica.

En el mismo año, sin embargo, sopesando el papel de la construcción fantasmática Freud pronuncia la famosa frase: "...Ya no creo más en mi <neurótica>..." (...) y señala apuntando hacia las psicosis "...la reflexión de que en las psicosis más profundas el recuerdo inconsciente no se abre paso, de suerte que el secreto de las vivencias infantiles no se trasluce ni en el delirio {*Delirium*} más confundido. Y viendo así que lo inconsciente nunca supera la resistencia de lo consciente, se hunde también la expectativa de que en la cura se podría ir en sentido inverso hasta el completo domeñamiento de lo inconsciente por lo consciente..." (10).

El giro hacia la realidad psíquica, en detrimento de la factualidad del acontecer, va a permitir una apertura hacia la sexualidad humana, realmente, inédita. Una base nueva,

imposible de ser escrita, ante la cual el sujeto Freud buscará su inscripción. Ella le abre camino hacia Edipo, hacia la estructuración del psiquismo y en carriles paralelos a la dinámica pulsional y sobre todo, hacia la transferencia.

Jean Allouch es agudo al señalar que el concepto de transferencia es simultáneo a la elaboración del complejo de Edipo, por ello, los textos freudianos de 1904 y 1905, fijan la posición de la inadecuación del dispositivo psicoanalítico para el tratamiento de las psicosis. Freud va más lejos y por ello Allouch subraya: "...Desde 1906, Freud sostiene que no existe en la paranoia esa parte de libido flotante de la que se asirá el psicoanalista para el tratamiento de las neurosis; la razón radicaría en la regresión al autoerotismo, que acapararía, precisamente debido a esta regresión, esa porción de libido..." (11).

APERTURAS FREUDIANAS:

Esta última posición parece haber constituido una toma de partido, para algunos definitiva, no sólo subjetiva sino también doctrinaria. ¿No es cierto que aún hoy se argumenta la inadecuación del psicoanálisis para el abordaje clínico de las psicosis?

A pesar de ello, Freud plantea aspectos inesperados. En 1907, toma un escrito poético, la <Gradiva> de W. Jensen y en estricto apego a él, interpreta el delirio del protagonista. Freud toma nota de que "...en todo delirio se esconde un granito de verdad..." (12). Desde ahí realiza una diferenciación entre el delirio paranoico y el delirio histérico, al tiempo que en la figura de Zoe, la protagonista femenina, hace resaltar una función de testigo e intérprete del delirio para permitirle a Hanold una restitución histórica que le "vuelve" a la tierra. Vale preguntarse al pasar: ¿que suerte habría corrido ese delirio sin esa función de intérprete?, y aún más, ¿es factible realizar esa función dentro de la psicosis?

La producción psicoanalítica toma diversos rumbos, pero, en 1911 con la publicación del caso Schreber, Freud retoma magistralmente la vía del texto y realiza sorprendentes apuntes sobre la transferencia de "ese" paranoico. En un precioso párrafo Freud anota: "...basta, en este último caso, con remover la vestidura negativa -como se está habituado a hacerlo en la técnica psicoanalítica-, con tomar el ejemplo como lo genuino, la cita o la corroboración como la fuente, y uno se hallará en posesión de la traducción buscada desde el modo de expresión paranoico al normal..." (13).

La vía textual se impone para descifrar tanto el delirio schreberiano, como también para hacer más claros los elementos discursivos que apuntan hacia el <proceso de transferencia>. Sin embargo, en su oscilación Freud señala dos elementos que van a criptar, aún más, la comprensión psicoanalítica de la paranoia: uno de ellos establece al conflicto homosexual como la base de la operación proyectiva y, al mismo tiempo, transferencial; el otro, se dirige hacia la problemática del autoerotismo.

De este modo, Freud subraya como momento crítico el **nombramiento** y la **asunción** del cargo de magistrado, para la irrupción de ese "algo" que ocasiona el delirio de

Schreber. Este momento, sin embargo, se desliza hacia la afirmación de que la "...base de la contracción de la enfermedad de Schreber (es) el estallido de una moción homosexual..." (14). Esta moción, largamente atenuada por la presencia de la esposa, ocho años después del primer internamiento hace crisis, llevando al magistrado hacia el delirio. Freud conduce la lectura hacia el modo como de la homosexualidad se dirige hacia la figura del médico, sin embargo, después de ubicar a ésta como parte del <proceso de transferencia>, interpreta a esta como subrogado de alguien más próximo: el hermano o el padre.

¡Transferencia en un psicótico!, excepcional sí, pero psicótico al fin. El delirio tiende a fusionar la figura del médico, Flechsig, con Dios, de esta manera, el conflicto homosexual se "resuelve" de algún modo por medio del ofrecimiento del magistrado a Dios. En el delirio Schreber plantea una mudanza de sexo a futuro, entonces, dice Freud, la persona puede ser indestructible.

Con esta operación, a pesar de todo, el amado cambia de signo, de ansiado se convierte en perseguidor. Por ello "...Dios, sometido al influjo seductor de Flechsig, no era capaz de aprender por experiencia, no conocía a los hombres vivos porque sólo sabía tratar con cadáveres..." (15).

El delirio produce una inversión y, según parece, parece plantear "algo" que a menudo el otro privilegiado en la transferencia suele no escuchar. ¿No es eso el reclamo de que Dios sólo trata con cadáveres y no con hombres vivos?. ¡Y todo ello con intermediación del psiquiatra!

La formación delirante cumple también una función positiva, por ello Freud dice: "... Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción ..." (16).

Freud avanza y al mismo tiempo, consolida teorizaciones que parecen ir en otra dirección. Así como en 1897 se preocupaba por encontrar el momento de inscripción del acontecimiento traumatizante, en este texto señala que sus indagaciones lo han llevado a suponer un estadio en la historia "natural" de la libido, en el tránsito que va del autoerotismo al amor de objeto: el narcisismo. Por esa razón propone: "...supondremos que los paranoicos conllevan una *fijación en el narcisismo* y declaramos que *el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo* indica el monto de la *regresión* característica de la paranoia..." (17).

Sin embargo, a pesar de asentar el mecanismo defensivo de la paranoia, desde tiempo atrás en la proyección, señala también: "...No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo **cancelado adentro retorna desde fuera**..." (18), (S.N).

Menuda sorpresa. Proyección sí, pero desde otra lógica, una cancelación que retorna y que permite suponer una diferenciación con la proyección neurótica. La represión, de esta manera, adquiere una característica especial en la paranoia: cancela.

No cabe duda que estamos ante el trabajo de un clínico agudo, sutil, oscilante, que da cuenta de sus descubrimientos con las armas teóricas que su época le dispone, no dejándolas por ello intactas, pero no estando exento de ser limitado por el alcance de las mismas.

Para Françoise Jandrot el tratamiento que Freud hace del caso Schreber es ejemplar y representa un verdadero punto de cambio, por una parte "...Luego de este estudio, ya no retomará realmente el tema de la locura, Schreber habrá sido un viraje...", por otro lado, plantea que "...Eleva a Schreber al rango de caso príncipes de la teoría analítica..." (19).

Ese "realmente" conduce no a la ausencia de trabajos teóricos, sino a un verdadero trabajo con la locura y con su texto. Schreber marca también un momento definido entre la escucha y la comprensión, entre el desciframiento del texto psicótico y la deducción del "proceso" de enfermar.

LOS ULTIMOS DESARROLLOS:

En 1914 la "Introducción del Narcisismo" representa un momento de reafirmación de algunas de las tesis desarrolladas en torno al caso Schreber. En principio, Freud distingue dos tipos de narcisismo: el primario, que consiste en esa fase intermedia entre el autoerotismo y el amor de objeto; el secundario, que resulta de un replegamiento de las investiduras de objeto.

Sobre el primero, Freud dice que los "...<parafrénicos> muestran dos rasgos fundamentales de carácter: el delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior (personas y cosas). Esta última alteración los hace inmunes al psicoanálisis, los vuelve incurables para nuestros empeños..."(20).

El delirio de grandeza y el extrañamiento del mundo exterior alcanzan el carácter de fundamentos para la parafrenia, sin embargo, hay aspectos específicos de la paranoia como una de las vicisitudes del "proceso" de desasimiento libidinal. De este modo, existen tres grupos de manifestaciones:

- 1.- La normalidad conservada o neurosis, en donde existen manifestaciones residuales del desasimiento pulsional;
- 2.- las del proceso patológico, en el cual priva el desasimiento pulsional y manifestaciones de delirio de grandeza, hipocondría, perturbación afectiva y regresiones;
- 3.- las de restitución, las cuales se logran como una cristalización reparadora de la

retroacción de la libido y operan bajo el modelo histérico (mecanismo alucinatorio) u obsesivo (modo paranoico).

En referencia a esta manifestación restitutiva Freud señala que la causación de la paranoia es frecuente dado un agravio al yo, y más concretamente, por una frustración en el ámbito del ideal del yo, por lo cual, un monto grande de libido homosexual es devuelta al yo. Freud anticipa ya los desarrollos de la segunda tópica, y mediante ellos da cuenta del “no avance” libidinal que, partiendo del narcisismo primario o secundario, retrotraen la libido para los fines del proceso patológico y/o repositivo.

De este modo, la conclusión es la misma que ya se formulara en 1906: los psicóticos son incurables para los fines analíticos. El fino matiz de la “modificación” que permitiría hacer asequibles al trabajo analítico a estos “enfermos”, queda ya sepultado.

De fondo, antes que el problema de la cura, ello parece introducir una imposibilidad de inscribir “algo” dentro del discurso del psicótico. Los post-freudianos que fueron más lejos, inclusive, se ven imposibilitados de salir de esta suerte de lógica estoica, donde el proceso, el dominio y la voluntad de dominio constituyen las coordenadas de comprensión del acto loco.

Es por ello que el testimonio del psicótico, como texto se ve inmerso dentro de una serie de referentes que siguen haciendo vigente la imposibilidad de hacer pertinente la intervención analítica en este tipo de locura.

LA “REALIDAD”:

En 1924 Freud plantea que “...*La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior...*” (21).

De la frase puede desprenderse una lectura que hace del mundo exterior una cosa externa diferente de la realidad psíquica, inclusive, el “conflicto” parece ser el elemento disruptor en el vínculo (¿natural?) que debiese haber entre ambos polos.

Sin embargo plantearse las cosas de este modo indicaría, por lo menos, desconocer el contexto y la peculiaridad de la obra freudiana. En Freud prácticamente ningún sentido puede otorgarse de manera unívoca.

Así en el mismo texto señala: “...algunos análisis nos han enseñado que el delirio se presenta como un parche colocado en el lugar donde originariamente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior...” (22).

Un lugar, entonces, y no una relación con el mundo exterior, cuyo vínculo se desgarrar y se produce un procedimiento de remiendo. El problema, entonces, es el del mecanismo mediante el cual el yo hace vínculo con el mundo. ¿Porqué suponer que éste se encuentra ya dado?.

En el mismo año en otra publicación (23) establece que el yo se retira de un fragmento de la realidad, no de toda ella. La psicosis se presenta como una huida inicial de ese fragmento insoportable y posteriormente, lo desmiente y procura sustituirlo. El elemento inicial planteado sobre la base del retiro de ese fragmento, hace que las posteriores observaciones de Freud sobre "la" realidad se guíen sobre esta línea y se atenué aquel dudoso positivismo que hace aparecer el extravió loco como un conflicto con el mundo externo, con la realidad "objetiva".

De este modo, "...En la psicosis, el remodelamiento de la realidad tiene lugar en los **sedimentos psíquicos de los vínculos** que hasta entonces se mantuvieron con ella, o sea en las huellas mnémicas, las representaciones y los juicios que se habían obtenido de ella hasta ese momento y por los cuales era subrogada en el interior de la vida anímica. Pero el vínculo con la realidad **nunca había quedado concluido**, sino que se enriquecía y variaba de continuo mediante percepciones nuevas..." (24) (S.N.).

Es claro que el "hecho perceptual" parece estar en el extremo del aparato anímico, y funciona como responsable tanto de corroborar como de enriquecer la relación con el mundo, por ello, no concluye como tal, sin embargo, el problema tanto del conflicto como también el de la restitución ha de ubicarse en el "interior" del aparato anímico. En ese adentro que garantiza aquello que en otro momento Freud denominará como el reencuentro del objeto.

Siguiendo esta línea, en el artículo sobre la negación, después de establecerla como un modo de tomar noticia de lo reprimido, se plantea el problema de establecer el origen de esta función intelectual. su indagación lo conduce a un momento mítico que sería el anudamiento del adentro y el afuera. El señala: "...La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad..." (25). En esta función se presupone un momento inicial, doble, de afirmación-expulsión, ante lo cual el yo se comporta como si dijese "lo bueno es mío lo otro no me pertenece". Una suerte de yo-placer rudimentario que al afirmarse produce una doble posibilidad; por un lado, inaugura un funcionamiento donde a más largo plazo habrá la posibilidad de ligar la energía psíquica con determinados grupos de representaciones; en segundo lugar, será posible establecer un lazo perceptual con el mundo exterior. Es decir, que por esta segunda vía la connaturalidad del lazo percepción-realidad se rompe, en función de que al ir hacia lo exterior el yo supone un momento previo de inscripción de una huella, la experiencia de satisfacción, ya esbozada desde el "Proyecto de Psicología Científica para Neurólogos". Así, "...el fin primero y más

inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por tanto, hallar en la percepción objetiva {*real*} un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse de que todavía está ahí..." (26).

Se ve, entonces, que en la psicosis la pérdida de realidad no es una cuestión transparente que lleve a suponer que se trata de un contacto con ella lo que está "fallado", lo que se encuentra roto. El mecanismo conduce más bien a una cuestión central a la constitución del psiquismo, al modo como se construye el nudo que establece la relación adentro-afuera.

Esta construcción, también oscilante, será la que conduzca o a expropiar al loco su verdad o a intentar restituirla. Por el primer camino, el delirio y más específicamente la alucinación son "rupturas", por el segundo, se reintroduce la peculiaridad de la "desgarradura" psicótica.

Por esto último Freud afirma: "...no sólo hay método en la locura, como ya lo discernió el poeta, sino que esta también contiene un fragmento de *verdad histórico vivencial* {*historisch*}..." (27).

UN CAMBIO DE PARADIGMA:

En muchos sentidos Freud es un hombre de su tiempo, en otros es, realmente, un visionario. La racionalidad que el psicoanálisis supone y articula se presenta, así, como una mixtura de pensamiento crítico y pensamiento clásico.

En el primer sentido, el paradigma indiciario según lo denomina Carlo Ginsburg, plantea un objeto nuevo para la epistemología contemporánea. El inconsciente es un terreno que escapa a la formalización y que se encuentra en la base misma de la creación científica. En el segundo sentido, sin embargo, Freud es parte de un pensamiento que bien podría denominarse como clásico.

Este último representa "... un orden de ideas que hoy es legítimo llamar 'clásico', pues, aunque aún se halla a nuestra disposición, ya no rige completamente la realidad de la que formamos parte..." (28).

Guy Le Gaufey afirma que la concepción del sujeto clásico circula por todo el pensamiento freudiano sin que él se de cuenta totalmente de ello.

El cambio fundamental introducido por Lacan se orienta en esa dirección, es decir, en la transformación de la racionalidad clásica al interior del discurso psicoanalítico. Transformación que pasa por diferentes puntos de referencia, desde los antecedentes lacanianos que giran hacia Hegel y Jaspers, pasando por las torsiones realizadas en los pensamientos de Saussure, Jakobson y Levy-Strauss, hasta las introducciones de la topología, la lógica matemática y la teoría de los nudos (29).

Lo que Lacan efectúa es una suerte de des-sustancialización de los conceptos freudianos. Bien podríamos decir que es un esfuerzo de mantenimiento de los conceptos básicos pero a condición de evacuarles el sentido y la significación ya coagulada.

De este modo y como ya lo vimos en otra parte (capítulo 2), la obra de Lacan puede pensarse en tres tiempos, íntimamente ligados, por demás, con el discurso del loco. En el primero, introduce el ternario S.I.R. (Simbólico, Imaginario, Real) como paradigma del psicoanálisis; en el segundo, da lugar hacia una transformación del Campo Psicoanalítico, mediante reformulaciones conceptuales, nuevas guías de investigación y de práctica, así como, modifica el estatuto epistemológico del psicoanálisis dando a la imaginación científica un golpe que, consideramos, definitivo. En un tercer momento, del cual aún falta por establecer las consecuencias definitivas, Lacan problematiza el ternario mismo introduciendo nuevas referencias que dan al traste con la asimilación de su pensamiento a cánones establecidos (30).

El ternario implica una construcción que hace las veces de modelo conceptual para re-pensar el conjunto de la realidad psíquica y sus implicaciones. Su consistencia es de lenguaje y su representación es formal, ello cambia, de entrada el sistema de referencias dentro del cual, el binarismo freudiano, hacia un doble movimiento de separación y retorno hacia la racionalidad clásica.

Guy Le Gaufey hace una interesante exposición en la cual demuestra que la obra de Freud pertenece a las mismas coordenadas, es decir, se encuentra en el mismo contexto de justificación que el pensamiento de la física moderna, dentro del cual Newton es el representante más destacado. En ambos autores, la insistencia en cuestiones de fundamento, la necesidad de articular sus sistema conceptual en un principio absoluto que funcione como ordenador, extrínseco a la argumentación fomal, por cierto, hace un lazo indisoluble que ya en la figura de un Lord o de un padre mítico inauguran ambos la serie de las repeticiones y los fenómenos sean estos físicos o psíquicos (31).

Para Le Gaufey Lacan introduce dentro del psicoanálisis una modernidad que se caracteriza por la **evicción del origen** como fundamento. Evicción que es rechazo, que es destierro del campo conceptual, que, lleva a inscribir una obra dentro de problemáticas propiamente estructurales genéticas o procesuales.

De este modo, el ternario puede ser pensado como la introducción de un paradigma que modifica a otro existente, sin embargo, no obstante el dicho pertenece al sociólogo T. Kuhn y por ello es dudosa su utilización desde una perspectiva estrictamente psicoanalítica, el hecho refiere más hacia una sustitución metonímica que a una matriz disciplinaria.

Jean Allouch, establece en el cambio de paradigma una secuencia necesaria: Freud, y después Lacan, y ello hace referencia a una relación necesaria donde el campo psicoanalítico es continuado y re-fundado a partir de su propio descubrimiento, esto es, **la palabra**.

Es evidente que establecer una secuencia excluye otras producciones dentro del mismo campo, ello es así aunque queda siempre el recurso de la parcialidad, sin embargo, la pregunta obligada sería ¿cómo no realizar este vínculo si lo que se observa dentro del psicoanálisis, en las obras de los continuadores freudianos, es un progresivo abandono del lenguaje en su dimensión singular en vías de una “interpretación” de significados o del sentido?.

Digamos, pues, que Lacan realiza una inscripción dentro de un paradigma, que por sí mismo no es inmóvil, estructural y textual, al mismo tiempo, con un respeto irrestricto por esa singularidad del hecho clínico que hace de la palabra de un loco, un perverso o un psicótico su fundamento

S.I.R.

Partir del ternario S.I.R. implica antes que nada una elección, un punto de “habrá sido” dentro de la misma obra de Lacan. Un articulador de lectura a partir del cual el antes y el ahora cobran un sentido diferente.

Lacan lo formula en 1953 diciendo que Simbólico, Imaginario y Real son “...los registros esenciales de la realidad humana...” (32).

Estos registros le permiten una lectura freudiana en la cual la constitución del sujeto hablante habrá de ser explicitada.

Vale recordar que Lacan, a diferencia de Freud hace su entrada en el psicoanálisis por la vía de las psicosis y no de la histeria. Ello le lleva a establecer un recorrido en el cual, de ser una vicisitud psicopatológica, la psicosis se convierte en el modelo de-mostrativo de la absoluta radicalidad de la primacía del significante en relación al significado. Desde 1932 en su tesis doctoral, “De la psicosis paranoica en su relación con la teoría de la personalidad”, se perfila una concepción de la locura que sirve de apoyatura para seguir la constitución psíquica del hablante-ser.

El problema que va esbozándose, sin embargo, radica en que la propia construcción lacaniana comienza a sufrir los efectos de un “demasiado sentido”. Los diferentes momentos de su obra parecían cristalizar en categoría fijas que, simplemente, sustituían a las antiguas del freudismo.

Por ello, Lacan da un giro al ternario “borromeizandolo” y haciendo que los tres registros adquieran otra consistencia, menos geométrica y más topológica. La amenaza, no

menor, consistía en un igualamiento de “esos tres” que criptaba la posibilidad de lectura de las variedades clínicas de la psicosis.

En noviembre de 1973 dice: “...en el espacio habitado por el ser hablante hay tres dimensiones, y que estas tres llamadas *dit-mansions**, como yo las escribo, se denominan lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real...” (33).

La consistencia de ellas no es ya como de un anillo de mago de feria, más bien es ¡de hilo!, de cordón dice Lacan. Donde el nudo que ata los redondeles establece dos exigencias; una, que lleva hacia la escritura matemática, en la cual, si una letra falta la fórmula no tiene ningún valor, se desanuda; la segunda, implica que, en el nudo, la falta de un eslabón libera a las otras *dit-mansions*.

Por esto es que Allouch afirma que en 1973 Lacan produce la unión de los tres del nudo borromeo y sus *dit-mansions*.

Lacan realiza también un giro de orientación, de orden, en el que escribe el ternario en otra secuencia y reivindica el vapuleado papel de lo imaginario.

“...Si yo escribo R.I.S. (Real, Imaginario, Simbólico) o, mejor, Real, Simbólico, Imaginario (...), los escriben con mayúsculas, no pueden hacerlo de otra manera (...) en simple cuestión de escritura, es algo totalmente heterogéneo, ustedes seguirán así porque han entendido siempre -han entendido siempre, pero equivocadamente- que el progreso, el paso adelante, consistía en haber señalado la arrolladora importancia de lo simbólico con respecto de este desgraciado imaginario, por el cual comencé, disparándole de balazos, en fin so pretexto del narcisismo; sólo que figúrense ustedes que es plenamente real que la imagen del espejo esté invertida. E incluso con un nudo, sobre todo con un nudo, y a pesar de las apariencias (...) No hay nada más especular que un nudo...” (34).

Según lo señala Erik Porge la introducción de 1953 hacía dominar lo Imaginario por lo Simbólico, desde la borromeización del ternario comienza verdaderamente una clínica del R.S.I.

Dejemos anotado, simplemente, que, para Jean Allouch, en Freud, y después Lacan... desde 1975, Lacan produce un giro en el que R.S.I. adviene como problema, pierde un poco el status de matriz paradigmática. Esto último, marca el momento actual de recepción del lacanismo, cuyo balance está por realizarse, sin embargo es lo que hace, que el patrimonio lacaniano en torno a la locura se encuentre hoy más abierto y relativizado que nunca. Lo ya adquirido es re-pensado, cuestionado en su extensión y fijeza, el pasaje hacia lo topológico hace que a partir de del nudo de tres, Lacan plantee un nudo de cuatro, en el cual lo Simbólico, sufre una duplicidad en síntoma y símbolo. Ello le permitirá, como ya veremos leer otra posibilidad de anudamiento en la locura y al mismo tiempo, escribir, con una cuarta consistencia una particularidad, que es la del caso.

LACAN INCAUTO DE LA LOCURA:

A diferencia de la postura psiquiátrica donde se advierte, inclusive, que el médico no debe dejarse engañar por el loco, por su astucia. Lacan parte de dejarse sorprender, de escuchar un mensaje inédito, de hacerse incauto, sorprendido por el mensaje del loco.

Para Philippe Julien (35) Lacan se deja sorprender y cuestionar cuatro veces por la locura, y ello, a partir de dos cuestionamientos: uno, con la problemática de la agresividad y el segundo, a partir del cuerpo. Estos cuatro interrogantes son:

- 1.- En 1932 con el caso Aimée;
- 2.- En 1955 con el caso Schreber;
- 3.- En 1965 con Lol V. Stein;
- 4.- En 1975 con Joyce.

En Aimée Lacan toma nota de la ausencia de agresividad anterior al delirio. "...El acto asesino no es verdaderamente una agresión contra el otro, sino la última reacción defensiva ante una intrusión invasora de la imagen del objeto narcisísticamente adorado..." (36).

El caso Aimée precede en cuatro años a la formulación del "Estadio del espejo", en éste Lacan va a sustentar a partir de un hecho aparentemente etológico y correspondiente a la psicología del desarrollo, la experiencia de la imagen del semejante como constitutiva de la investidura narcisística humana. En la psicosis existe una ausencia de la "identificación resolutive" de esta fase psíquica.

La cuestión del espejo, al mismo tiempo, le permite dos giros, uno de ellos lleva hacia la constitución de ese Real que queda excluido de la imagen, que oculta la prematuración esencial de un infante humano; por otro lado, Lacan encuentra la agresión como inherente a esa dualidad interna que se instaura en la cautivación erótica de la imagen del otro. Esta marca de origen hace, verdaderamente, una constitución yoica que no puede llamarse más que paranoica.

Se ve entonces, que más allá de la "afección" la paranoia es un recorrido propio del sujeto psíquico.

En el caso Schreber Lacan expone un esquema que será, también desarrollado en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", el esquema L, donde

“...Lacan distingue dos diagonales: la de la relación imaginaria a' ----> a y la de la relación simbólica A ----> S...” (37).

En este último texto Lacan realiza dos proposiciones complementarias: una, retomando el déficit imaginario del psicótico de dos modos, A) estableciendo que la relación imaginaria no tiene la significación de exclusión recíproca, sino sólo de captura imaginaria; y B) que existe una dialéctica anterior al espejo, la del cuerpo trozado, fragmentado y de las identidades múltiples de un mismo personaje. La otra proposición consiste en que la alteración imaginaria tiene su causa en una salida del eje de la relación simbólica A---->S.

“...Esta proyección sobre la diagonal imaginaria es una de las consecuencias de un agujero causal a nivel de la cadena simbólica, más precisamente: la forclusión del significante del Nombre-del-Padre...” (38).

Este significante del Nombre-del-Padre tiene una función, metafórica, ante la cual vale recordar que es a partir de la teoría del significante como evacuado de significado, puesto en relación estructural y funcionando en estricta primacía para producir un deslizamiento de significantes, que Lacan rompe con la tradición clásica de definir a esta operación como fundada en una analogía de significados. La definición metafórica supone un tiempo lógico, segundo, en el cual, el sujeto adviene a funciones de Yo (Je) y puede sostenerse en una posición deseante, vía el pasaje por la castración (39).

Lacan desarrolla la siguiente escritura hablando antes de la fórmula general de la metáfora, donde el sujeto se ve en posibilidad de ser representado por un significante ante otro significante: “... Esto se aplica a la metáfora del Nombre-del-Padre, o sea a la metáfora que sustituye este Nombre en el lugar primeramente simbolizado por la operación de ausencia de la madre.

<u>Nombre-del-Padre</u>	.	<u>Deseo de la Madre</u>	----->	Nombre-del-Padre (A)
Deseo de la Madre		Significado al sujeto		(Falo)

Tratemos de concebir ahora una circunstancia de la posición subjetiva en que, al llamado del Nombre-del-Padre responda, no la ausencia del padre real, pues esta ausencia es más que compatible con la presencia del significante, sino la carencia del significante mismo...” (40).

El padre, su Nombre, como metáfora que libera al hombre de la atadura que supone el servicio sexual a la madre.

De esta sustitución metafórica se desprenden tres aspectos que concretan una lectura aparentemente estructural de la psicosis, y lo decimos, así porque aún sería necesario incluir algunas de las consecuencias del cifrado nodológico para no hacer de la palabra de Lacan una letra muerta. Estos tres son:

- 1.- La cuestión de rechazo del significante primordial;
- 2.- El mecanismo de la forclusión como definitorio de las psicosis;
- 3.- La cuestión del retorno de lo forcluido en una lógica diversa de la proyección;

En el primer sentido, tenemos que, partiendo del texto freudiano sobre “La Negación”, se articula un primer tiempo lógico donde está en juego una función constitutiva. A partir de la hipótesis de un doble movimiento de afirmación-expulsión, se produciría en la psicosis una verdadera “abolición simbólica”(41), una imposibilidad de evacuar “algo” del orden de la Cosa, y de afirmar, simultáneamente, un agujero que implicaría la apertura hacia un anudamiento R.S.I.

Dice Sol Aparicio: “...Es evidente que con la **Verwerfung** nos encontramos ante otra cosa: Lacan la sitúa como equivalente de la **expulsión (Austossung)**, con lo cual subraya una fundamental diferencia de niveles entre este proceso y el de la represión. Si en la neurosis se trata de un proceso que se pone en marcha con el retorno de lo reprimido y que conduce a la revelación de lo inconsciente por medio de la denegación, en la psicosis lo ‘abolido’ (**Verworfen**) reaparece en lo real y encuentra al sujeto incapaz de ‘lograr la **Verneinung** [denegación] respecto a lo que ocurre’...” (42).

Esta cita pone el acento en una falla en la constitución simbólica, pero, como ya lo señalamos más arriba lo que está de por medio es el anudamiento mismo y no la primacía de una instancia. Es quizá el acentuar lo primero lo que llevó a pensar a muchos lacanianos que el procedimiento de “remiendo” en las psicosis debía provenir de una especie de restitución simbólica.

Lo cierto es que, esta versión prefiguró una lectura en la cual se dibujaba con nitidez un mecanismo diferencial. Así, la represión aparecía del lado de la neurosis, la renegación de la perversión y la forclusión (como recusación, rechazo) en la psicosis. Al mecanismo forclusivo se le otorgó, inclusive, una significación más precisa, en la medida que “...el elemento *forclusif* de la negación es definido como aquel que, en la frase ‘excluye el hecho subordinado de las posibilidades futuras’ o incluso ‘[excluye] del pasado, un hecho que realmente existió?...’ (43). De este modo, el mecanismo es, definitivamente, más energético.

La elaboración se completa planteando que lo rechazado retorna desde lo real y no de esa relación consituada adentro-afuera que constituye la base de la represión. Con ello puede seguirse que no es el “elemento homosexual” proyectado lo que retorna sino más bien otra cosa que no ha podido ser inscrita dentro del orden psíquico.

El asunto, sin embargo, sin ser falso en su conjunto no puede ser lo tranquilizador que se quisiera. Lacan avanza y produce nuevas elaboraciones que matizan y perturban el retorno del equilibrio PERNEPSI (Perversión, Neurosis, Psicosis) difícilmente logrado.

Con la lectura de Lol V. Stein de Marguerite Durás (44) Lacan puede formular tres hipótesis: A) amar es querer ser amado; B) la relación imaginaria recubre la ausencia de afecto, y C) la ausencia del fantasma, o sea lo que oculta el agalma, el objeto causa del deseo, que no es otro que la mirada (45).

El último aspecto, sobre todo, se dirige a plantear otra génesis de la imagen del cuerpo, no es ya sólo, como en el 36 en el "Estadio del Espejo", cuestión de anticipación y fundamento en la imagen del otro, sino que, la mirada del adulto adviene como fundamento y soporte de la estructura imaginaria.

Un giro, pues, hacia aquello que hace las veces de objeto fundamental en la constitución subjetiva.

La cuestión de la imposibilidad del encuentro sexual juega también como trasfondo para apreciar la locura de Lol V. Stein. No hay nada que nombre esa falta que Lol cubre con ese enigmático ropaje que circula por toda la novela. Daniel Paola señala: "...Sin necesariamente ubicar la relación sexual como paradigma, cuántas veces hemos comprobado en nuestra clínica de las psicosis esa secuencia que del extrañamiento a la fragmentación, señala un cuerpo no existente en términos de unidad en el momento del encuentro real con el Otro sexo..." (46).

Se ve, entonces, que en Lol V. Stein el acento comienza a pasar por otros referentes diferentes de aquellos que circulan predominantemente desde Schreber y que hacen del par Nombre-del-Padre --Forclusión verdaderas cristalizaciones de significado. La referencia a lo real del cuerpo, a la imposibilidad de hacerse un cuerpo por parte del psicótico, al papel de lo imaginario como ropaje, todo ello, preparando un desplazamiento del acento hacia esa ausencia fálica que hace los tres registros se ordenen para dar consistencia significativa a un sujeto.

Hay, realmente, un doble movimiento que consiste en la reinscripción del par descrito y en la preparación de la "cuaternarización" del ternario.

"...J. Allouch (...) señala que la forclusión del Nombre-del-Padre que ha sido presentada 'de una manera simplista como su teoría (de Lacan) de la psicosis...no representa, a decir verdad, más que un momento de su cuestionamiento de la psicosis...' (47).

Los años 1975 y 1976 son decisivos para la elaboración lacaniana. En el primero, en el contexto del seminario R.S.I., Allouch señala que el ternario mismo adviene como problema y que al año siguiente Joyce permite una vuelta al término símbolo, desde el cual dará al cuarto término una doble consistencia símbolo-síntoma.

Hélyda Peretti, en el contexto del análisis del crimen de las Hermanas Papin, uno de los casos publicados en su tesis doctoral, señala que: "...En 1975, cuando Lacan vuelve a publicar este trabajo, es el tiempo de su seminario RSI; su planteo de 1933 adquiere realce y puede ser leído en la teoría que viene elaborando desde el seminario *Les non-dupes errent*. De este modo Lacan paso, además, por su formulación de RSI de 1953 al nudo borromeo de tres redondeles, donde *muestra* que los tres, R, S, Y, son equivalentes y que, con sólo cortar uno los otros dos quedan libres, hasta referirse en el seminario propiamente llamado RSI (-*rsi* es ya una nominación-), por primera vez, el 13 de enero de 1975, al nudo borromeo de cuatro elementos o consistencias. (...) la particularidad de este cuarto anudamiento es que al cortar una de las consistencias anudadas borromeamente, no se liberarán todas simultáneamente, o de cualquier manera, como en el caso del anudamiento borromeo de tres, sino que se liberarán de una en una, en un orden, en un sentido..." (48).

Con el caso Joyce Lacan plantea una doble falla en la cual el anillo del Imaginario no se encuentra anudado a los de Simbólico y el Real, estos dos, sin embargo, si permanecen anudados entre sí. El procedimiento de sutura se logra por medio del ego, el que no tiene en este caso una función narcisista propiamente dicha. Habida cuenta del éstasis que se produce en la estructura psicótica, al no poder evacuar al objeto a , al no poder afirmar el agujero en ese doble movimiento de Expulsión-Afirmación, el objeto a no *aparece como causa del deseo*, ni la investidura narcisista de la imagen es lograda del todo. El ego viene a funcionar como corrector de la relación borromea faltante entre los anillos.

El ego no restituye la función, pero, produce un nudo, que enlaza al RSI, es pues, un artificio de sutura.

Lacan dice: "...Como lo marqué en otra ocasión, tenemos un medio para reparar eso, es hacer lo que por primera vez yo definí como el sánthoma, a saber, ese algo que permite al simbólico, al imaginario y al real continuar juntos a pesar de que hasta entonces ninguno se haya sostenido con el otro, debido a los 2 errores. Me permití definir como sánthoma, no lo que permite al nudo de tres ser de nuevo un nudo, sino que lo conserva en una posición que parece hacer nudo de tres..." (49).

Sánthoma, porque la estructura es, realmente, la misma que aquella que la religión cristiana consagra como mostración de la santidad, de la indisoluble unión de tres que son Uno. Santidad que requiere del Nombre-del-Padre para hacer ese tres que, al faltar en la psicosis da lugar a otro movimiento mediante el cual un loco cualquiera intentará producir tres aspectos: a) un procedimiento de reparación; b) una nueva forma estructural, y c) un re-establecimiento (o establecimiento) de aquella escritura que es propia de la estructura subjetiva.

Decíamos ya, que el nudo de cuatro apunta, también, a la singularidad del caso. Joyce escribe reivindicando el Nombre-del-Padre y posibilitando un movimiento que

produce una suerte de estabilización, pero que, no es suficiente para cubrir aquella brecha donde en el neurótico se articula aquello que Freud denomina como inconsciente.

Este anudamiento por la escritura es propio de Joyce, no cualquiera puede apuntar hacia una producción de esta especie que empareja la locura con el genio. Sin embargo, la apuesta sigue allí, re-pensar los procedimientos mediante los cuales, en una cuarta nodalidad, el loco intenta producir algo cercano a una reparación.

LA CUESTION DE LA TRANSFERENCIA:

Comentábamos con anterioridad que la construcción freudiana de la transferencia es contemporánea, y sufre los avatares, de la comprensión del padre, de la elaboración del Complejo de Edipo.

Con Lacan la transformación decisiva de la racionalidad freudiana apunta a des-realizar los personajes en juego y a inscribir en la teoría del significante tanto el proceso de inscripción deseante, vía la metáfora paterna, como también el propio interjuego transferencial.

No es ya la psicología del two-bodies la que está privando en la referencia a la transferencia, ella va a articularse, en la propuesta del 22 de abril de 1964, en lo que Lacan denominará como el Sujeto-supuesto-Saber.

La propuesta va más lejos de, simplemente, plantear que hay un sujeto, el analista, que se supone sabe ante el padecer del paciente. El analista se coloca como la condición de la emergencia de la verdad, de la cual el no es más que un secretario, un soporte, de una verdad que está del lado del analizante y que siempre, como ya lo mencionamos en otra parte, se encuentra vehiculizada por el intermedio de un saber.

Jean Allouch establece que "...Hay transferencia en tanto que su significante no cesa de no representar al sujeto para un significante cualquiera..." (50).

La transferencia se instaura no como un dato de hecho sino como una posibilidad, la del deslizamiento significativo, a condición de el analista se encuentre lo suficientemente advertido para estar en su lugar. ¿Cuál es éste?, algo que pertenece al campo del Otro, vital de ser escrito en la psicosis y que no implica a un alguien sino un lugar, Simbólico, de ingreso en la cultura humana y en el universo de los hablantes-seres que hacen de la palabra su verdadero cáncer.

Marcelo Pasternac señala que "...Hay una perturbación en la relación con el A, con el Otro, ligado al mecanismo transferencial.

$$\frac{S}{s(S_1, S_2 \dots S_n)} \rightarrow S_q$$

S, **significante** de la transferencia, es no subjetivado y para serlo, en el final de la transferencia se subjetiviza, habrá pasaje de S---->Sq a S1 --->S2 con subjetivación y destitución subjetiva. Se destituye el sujeto supuesto saber y se localiza, diríamos, el sujeto del saber en el real..." (51).

El lugar que el analista deberá ocupar será el del objeto α , causa del deseo, para posibilitar aquel deslizamiento que, se mostrará fecundo en ese momento de subjetivar-se y desubjetivar al otro por parte del analizante. Recordemos que, en la escritura de los cuatro discursos a diferencia del del Amo, de la Universidad y de la Histeria, el analista se coloca en un lugar para hacer factible el deslizamiento desde el **Significante1**, primordial, amo, hacia los otros significantes S2, en dirección hacia el sujeto tachado.

La cuestión, sin embargo, presenta, en la psicosis su especificidad. Por ello Jean Allouch puede escribir: "...La transferencia en las neurosis y las psicosis parece ser tan diferente que el problema se convierte más bien en el dar cuenta, al mismo tiempo, de la unicidad del concepto de transferencia y de la disparidad de los modos de su realización, en las neurosis y en las psicosis..." (52).

La especificidad de la transferencia psicótica vendrá dada porque la peculiaridad de la perturbación en la relación con el Otro, conlleva a que el neurótico transfiere, en tanto que el **psicótico plantea transferencialmente**. Ello equivale a prestarse a soportar una transferencia y también a establecer una simetría con el lugar del analista, dado que ambos se prestan como soporte de la transferencia del otro.

"...él **posa** transferencialmente, como lo hace el psicoanalista con cada petición que se le dirige (...) **posa** como objeto posible de una transferencia (como posible apoyo, para alguien, del SsS) haciendo saber lo que el Otro le hace saber..." (s.n.) (53).

El psicótico **posa**, plantea, es literalmente 'tomado por', ¿por quién?, por el Otro ante el que no existe la mediación que supone la atadura neurótica a la castración. El psicótico se expone al Otro en el lugar de un testigo, al cual, sin embargo, el Otro le asigna una asignación desubjetivante, que anula una posible articulación deseante.

El psicótico sólo puede hacer valer algo del orden de un testimonio, que sin embargo, no es cualquier cosa es, verdaderamente, una asignación del Otro. Es por ello, que el analista no puede ubicarse ante este "sabedor" del mismo modo que lo haría con un neurótico, el psicótico, según formulación de Allouch, tiene su objeto α en el bolsillo, no existe ninguna ex-centricidad con respecto a él. Esta es la razón por la cual sólo puede entrarse en contacto con el a condición de que, desde el analista, se produzca una curiosa inversión de papeles, ¡el psicótico es, antes que nada, el objeto de una transferencia!. Es decir, sólo puede hacerse vínculo con él a condición de que en la relación de erastés (amante)-eromenós (amado), sea el psicótico el eromenós y el analista el erastés.

Secretarios del alienado, ni más ni menos, del amado que dicta un testimonio, el suyo, y ante el cual, eventualmente, en posición de otro, de semejante, pueda producirse una confirmación de la experiencia que lo atormenta. El psicótico es quien otorga, quien da permiso para otro testigo, quien dicta las cartas. Alguna vez, quizá será posible, remitir las cartas a su destino.

Se ve pues, que desde esta propuesta la grandilocuencia está ausente, no hay nada espectacular en la función secretario y en esa ubicación que hace de la función secretario el pre-requisito para escuchar un testimonio, pero, será en la palabra del loco o en su acto en una dimensión de texto como podremos retornar al fundamento de la clínica psicoanalítica de las (ahora sí, en plural) psicosis.

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Freud, Sigmund. El método psicoanalítico de Freud (1903 [1903]). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo VII, p. 241.
- 2.- Freud, Sigmund. Sobre psicoterapia (1905 [1904]). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo VII, p. 253.
- 3.- Freud, Sigmund. Las neuropsicosis de defensa (1984). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo III, p. 59.
- 4.- Freud, Sigmund. *ibid.* p. 60.
- 5.- Freud, Sigmund. Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo III, p. 175.
- 6.- Freud, Sigmund. *ibid.* p. 183.
- 7.- Freud, Sigmund. *ibid.* p. 184.
- 8.- Freud, Sigmund. Correspondencia Freud-Fliess. Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo 1, p. 251.
- 9.- Freud, Sigmund. Correspondencia Freud-Fliess. Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo 1, p. 280-281.
- 10.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 302.
- 11.- Allouch, Jean. Margueritte, Lacan la llamaba Aimée. Epee, SITESA, México, 1995, p. 600.
- 12.- Freud, Sigmund. El delirio y los sueños en la <Gradiva> de W. Jensen. (1907 [1906]). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo IX, p. 67.
- 13.- Freud, Sigmund. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). (1911 [1910]). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XII, p. 34.
- 14.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 43.
- 15.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 48.
- 16.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 65.
- 17.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 67.
- 18.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 66.
- 19.- Jandrot, Françoise. "El viraje Schreber". En: Litoral No. 21. Los Giros de la transferencia. Edelp, Córdoba, Argentina. Abril 1996.
- 20.- Freud, Sigmund. Introducción del Narcisismo (1914). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XIV, p. 72.
- 21.- Freud, Sigmund. Neurosis y Psicosis (1924 [1923]). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XIX, p. 155.
- 22.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 157.
- 23.- Freud, Sigmund. La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis (1924). Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XIX.
- 24.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 195.
- 25.- Freud, Sigmund. La negación. Obras Completas, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XIX, p. 255.
- 26.- Freud, Sigmund. *Ibid.* p. 255.
- 27.- Freud, Sigmund. Construcciones en el análisis. Obras Completas, Edit. Amorrortu,

Buenos Aires, Tomo XXIII, p. 269.

- 28.- Le Gaufey, Guy. La evicción del origen. Edelp, Córdoba, Argentina, 1995. p. 97.
- 29.- Mucho de este recorrido puede ser observado en la obra de Elizabeth Roudinesco. Lacan. FCE, Buenos Aires, Argentina, 1994. Ello, a pesar de la tendencia de la autora de deslizar los comentarios hacia la presentación de un Lacan "amoral", casi diríamos que de doble cara.
- 30.- Esta es la posición de Jean Allouch expresada en el texto "Punto de vista lacaniano en psicoanálisis". Op. cit., Cap. 2 de este trabajo y ampliada magistralmente en su libro Freud, y después Lacan" citado también en esa parte de nuestro trabajo.
- 31.- Es este el sentido del libro de Guy Le Gaufey. La evicción del origen. Op. cit. donde a partir del análisis de la evolución del pensamiento físico y del psicoanálisis traza un paralelismo entre las modificaciones conceptuales producidas por Einstein y las que se generan a partir de la obra de Lacan sobre Freud.
- 32.- Lacan, Jacques. Lo Simbólico, Lo imaginario y Lo Real. (1953). En: La Nave de los Locos, No. 7, Universidad Michoacana, México, 1984. p. 48.
- 33.- Lacan, Jacques. EL AMOR: "Les Non Dupes Errent". En: Lust, temas de psicoanálisis. No. 1, México, D. F. , s/f. p. 9. El asterisco (*) remite a que los traductores utilizan el término mansiones, para dit-maensiones, sin embargo, ello cambia el sentido de lo dicho-habitable del mundo humano.
- 34.- Lacan, Jacques. Ibid. pp. 10-11.
- 35.- Julien, Philippe. "Lacan y la psicosis. 1932-1976". En: Littoral No. 7/8, Las Psicosis, Edit., La Torre Abolida, Córdoba, Argentina, 1989.
- 36.- Julien, Philippe. Ibid. p. 14.
- 37.- Julien, Philippe. Ibid. p. 16.
- 38.- Julien, Philippe. Ibid. p. 17.
- 39.- Ver el texto de Guy Le Gaufey citado anteriormente.
- 40.- Lacan, Jacques. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". En: Escritos 2, Edit. Siglo XXI, México, 1984 (10a Edic.), p. 539.
- 41.- Ver: Aparicio, Sol. " De la Verdrängung a la Forclusión". En: EoSrCnAiNcSaIrO?N. No. 1, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1984.
- 42.- Aparicio, Sol. Ibid. p. 105.
- 43.- Aparicio, Sol. Ibid. p. 103.
- 44.- Durás, Margueritte. El Arrebató de Lol V. Stein. Tusquets Editores, Barcelona, 1987.
- 45.- Este ordenamiento así como el énfasis en los cuatro casos se debe a la agudeza de Philippe Julien en su artículo "Lacan y la psicosis. 1932-1976", op. cit. y decidimos mantenerla porque es, inclusive, más precisa que otras como la de E. Laurent en su texto "Estabilizaciones en la psicosis". Edit. Manantial, 1992.
- 46.- Paola, Daniel. Psicosis o Cuerpo. Ediciones laderiva, Buenos Aires, 1994, p. 32.
- 47.- Pasternac, Marcelo. "Locura/Lacura". En: Artefacto 4, ELP, México, septiembre-1993, p.72.
- 48.- Peretti, Hélyda. " Las 'bonnes'- 'soeurs' Christine y Léa Papin ". En: Litoral No. 15, Saber de la locura, Edelp, Córdoba, Argentina, octubre 1993. pp. 72-73.
- 49.- Lacan, Jacques. Le sinthome, 17 febrero 1976. cit. por Melenotte, George Henri. "Una ruptura que revela un error". En: Artefacto 4, ELP, México, Septiembre 1993. p. 43.

- 50.- Allouch, Jean. "Ustedes están al corriente hay una transferencia psicótica". En: Littoral 7/8. Las psicosis. Edit. La Torre Abolida, Córdoba, Argentina, 1989. p. 62.
- 51.- Pasternac, Marcelo. "Locura/Lacura". Op. cit. p. 81.
- 52.- Allouch, Jean. Margueritte, Lacan la llamaba Aimée. Op. cit. p. 604. Vale la pena señalar de pasada que al traducir el texto se pierde una transliteración que es fundamental para comprender el sentido de la transferencia psicótica. A la letra el título de la obra podría ser "Margueritte o la Amada de Lacan".
- 53.- Allouch, Jean. Ibid. p. 618.

LA INSCRIPCION CLINICA:

LA PROBLEMATICA DEL CASO.

CAPITULO 4

“... Los actos locos -dijo Farach- exceden las previsiones del hombre cuerdo;
- No estaban locos -tuvo que explicar Abulcásim-. Estaban figurando, me dijo un mercader,
una historia...”

J.L. Borges (La busca de Averroes)
El Aleph.

Es bien sabido, método de investigación y método de exposición no son coincidentes, mucho menos puntuales. El primero está cargado de un conjunto de vicisitudes y vericuetos que, a menudo, replantean de manera incesante aquello que de inicio se vislumbró como el objetivo. Avances, retrocesos, puntos de estancamiento, todo ello hace que el proceso de investigar pueda ser referido como dialéctico, por más que esta categoría esté cargada de una profunda ambigüedad.

La exposición, por su parte, indica otro momento, de cierre, al menos parcial, de ordenamiento y de evidencia. En él se presenta como coherente aquello que estuvo sometido al desorden o al caos. Lo que se hace evidente, en este lugar es el de los límites del estudio, esto inclusive en sus omisiones.

De este modo, investigar y exponer corresponden a dos lugares, a dos lógicas de lo textual. Ocasionalmente, responderán a dos momentos de una misma cuestión. Será el movimiento del aposteriori, del habrá sido, lo que definirá si algo pudo o no articularse.

Esto puede ser planteado así, en lo genérico, no obstante la diferencia de los objetos a tratar introduce peculiaridades, marca sesgos estructurales y define cualidades metodológicas ya sea éstas de tipo investigativo o expositivo.

EL METODO: ENTRE FREUD Y LACAN;

Existen, al menos, tres lecciones atingentes al método que complican la articulación de investigación-exposición aquí planteada:

I.- Primero, que la gran lección freudiana al investigar la clínica psicoanalítica consiste en que el analista no puede dejar de jugarse en la investigación de un caso. Con Freud esto aparece como un acontecer subjetivo, como una guía que, desde el "Análisis Original" (1) deja como marca de inscripción el pasaje por el "Saber Transferido" para ocupar el lugar del analista. La guía de Lacan llevará que esto último cobre plena vigencia, más que un acontecer, el asunto es de lugar. De la colocación en torno a una estructura signifiante para producir un doble movimiento: de asunción y destitución subjetiva. El primero apunta hacia una puesta en movimiento ante el propio deseo, la segunda hacia la ubicación del Saber y la caída de la ilusión-soporte de la función analítica. Esto, evidentemente, se encuentra lejano de todo aquello que, desde el lugar de las Ciencias, hace de la investigación un proceso de búsqueda.

En el Seminario de "Los Cuatro Conceptos" (2) Lacan parafrasea a Picasso y dice: " No busco, encuentro".

La cuestión del lugar anula, de este modo, la referencia hacia la directividad que supone la investigación como búsqueda dirigida.

El tiempo, el momento, la circunstancia del encuentro, suponen antes que nada la dimensión de la sorpresa.

II.- Segundo, es necesario reconocer que la secuencia Freud-Lacan lleva hasta el extremo la máxima: tratar cada caso, como si nada se hubiera depositado, en cuanto saber, de los casos precedentes (3).

La lógica del caso apunta a lo singular, hacia la producción deseante de aquel sujeto que en una inscripción significativa particular, en un tiempo propio, hará "su" recorrido y posicionamiento.

La formalización lacaniana de la "Une-bévue" por el Unbewusste freudiano, traduce esa peculiaridad de apertura y cierre del inconsciente como momento único. Como lugar de eventual encuentro, evanescente, distante de un "siempre ahí" sustancializante.

3.- Tercero, al escribir, al exponer un caso se juegan, al menos, dos dimensiones. Una se direcciona hacia la propia transferencia del analista y otra hacia la elección del caso y del momento en que habrá de exponerse.

¿Cómo no leer aquí el interrogante de aquello que hace caso y para quién?. Un caso no es, habrá sido si el analista puede poner a jugar su propia transferencia en una experiencia que lo excede y permite no sólo hablar de sí mismo, sino de aquella singularidad, que en alguna afortunada ocasión hará paradigma. Un caso habrá sido si es factible lograr no la demostración de maestría conceptual, sino más bien, la escritura singular que hace de cada experiencia un algo único.

UNA POLEMICA:

Las lecciones de método no tienen sin embargo una acogida común dentro de lo que podríamos llamar hoy el Campo Freudiano, aquél marcado de manera irreversible por el trastocamiento denominado Lacan.

Por una parte, la oficialidad lacaniana, porque no sólo en la I.P.A. existe tal efecto, representada por J.A. Miller parte de un proyecto doble que no deja de mostrar como sintomáticas sus huellas en la propia aproximación metodológica. Esta instancia asume, por una parte, la curiosa pretensión de establecer un movimiento que por su envergadura constituya un bloque de poder capaz de enfrentarse a la I.P.A. (4). Por la otra, supone una escritura de la clínica que no se aleja demasiado del estilo desarrollado por las diferentes generaciones de "post-freudianos". Es decir, el caso prácticamente puede pasarse sin mucho

demérito clínico a la escritura para avalar diferentes aspectos de la teoría o la investigación psicoanalítica (5).

Las restricciones de anonimato, prudencia, y no "contaminación" del caso por los afanes de escribirlo parecen ser las limitantes, heredadas de Freud, que prevalecen dentro de esta aproximación. Las ilustraciones por medio de viñetas o incluso casos son de uso frecuente.

Por otro lado, la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis hace puntualizaciones que restringen la ingenuidad de la escritura individual de un caso y problematizan el momento mismo y las condiciones de la escritura.

La fábrica del caso es el procedimiento por medio del cual un grupo de trabajo o un cártel, partiendo de la transferencia del analista, hacen caso y escriben la singularidad del texto que caracteriza una producción singular.

¿En qué momento se decide alguien a escribir, porqué, que implica en el trazo mismo y recorrido estructural de un sujeto?. Estas preguntas no son de fácil solución ni merecen ser despejadas en un intento rápido de comprensión. El asunto central consiste en no criptar un caso mediante la fantasía que de él se hace un analista y de poder escribir algo de aquello que, comúnmente, más que demostrado sólo puede ser susceptible de mostración. El problema será en cómo bordear "eso" singular e intransmisible que caracteriza a la transferencia en cuanto mecanismo específico del acto psicoanalítico.

Un problema adicional y no menos importante radica en las condiciones de un público restringido a un público más extenso. El primero de ellos designado como *Publikum*, designa un público más privado, una comunidad que atravesada por un trazo común es presa de una misma experiencia, así sea factible que cambien los lugares. Freud designa a *Fliess* "su" público, y aún en su posición asimétrica, algo de la transferencia puede ser señalado como del orden de la transmisión. El público más extenso, *Öffentlichkeit*, del tipo de la opinión pública no puede ser tratado del mismo modo en la medida en que aquello que hace experiencia no los atraviesa del mismo modo (6).

El asunto espinoso a decir de Philippe Julien (7) consiste en que en esa exposición a la opinión pública, el caso no haga efecto de escuela, de lección de método no singularizado. ¿Quién no ha observado el efecto del escrito de Freud sobre aquellos que no han pasado por la "vivencia" del diván?. ¡Qué decir del texto mismo de Lacan!. No hay normatividad y sin embargo se les hace decirlo como un efecto del demasiado sentido.

Estos cuestionamientos se presentan en toda su vigencia y hacen que la exposición prevista al inicio del presente trabajo sea menos ingenua en su direccionalidad y se articule más en la posibilidad de mostrar el recorrido de la interrogación que el encuentro con el texto psicótico nos ha provocado.

En otras palabras, compartiendo la pertinencia del cuestionamiento de la Escuela Lacaniana, en nuestro actual exposición, que no ha partido de la fábrica del caso, intentaremos hacer explícito el modo como el decir loco nos ha planteado el problema de la inscripción analítica.

UN EFECTO ¿(in)PREVISTO?:

Hace un tiempo un analista refería la experiencia de que dentro de los avatares del tratamiento de una psicótica, el padre al negarse a seguir pagando los honorarios estipulados con él, intentaba hacer presión para que la hija dejara el tratamiento.

Ella, en ese preciso momento, de "su" caso, llama al servicio SAPTEL (Servicio de apoyo psicológico por teléfono) para exponer la problemática, dando otro nombre y hablando de la inminencia de un acto suicida. Ella aporta, sin embargo, su dirección real. Los psicólogos responsables, plagados de ese espíritu de servicio, propio del boy-scout o del salvavidas, literalmente corren hacia el lugar de los hechos, topándose con la sorpresa de que el acto no existe, el nombre no es el indicado por la paciente y de que el padre iracundo se muestra dispuesto a difamar al analista de "su" hija.

Uno de los psicólogos reconoce en el nombre del analista al personaje de uno de sus docentes en la Facultad... y presuroso acude a informar, en medio del contexto de una cátedra, a aquel a quien se dirige la citada interpelación paterna.

Más allá de lo embarazoso de esa posición al interior de la institución universitaria, vale interrogarse acerca del tipo de intervención lograda por los psicólogos y con voz hecha eco del dictado del padre, plantearse, ¿a qué juegan?, ¿qué posición toman al interior de una estructura que, sin estar del todo decidida, su acto de "movilización" constituye la toma de partido por una versión del asunto?.

Más acá del embarazo vale señalar el efecto insostenible de la posición de analista-docente, sus aporías y contradicciones.

El efecto, a pesar de todo, nos sirve para interrogar ¿a qué público puede dirigirse la comunicación de un-loco, y cuál es el lugar adecuado para su acogida?.

LA CUESTION DE LA INSCRIPCION:

La exposición que hemos realizado en los capítulos precedentes tiene la función de plantear los elementos básicos desde los cuales la problemática de la inscripción en el texto psicótico puede plantearse desde un respeto irrestricto a su palabra.

Antes que la cuestión del tratamiento o más precisamente de la técnica atingente a él,

previa a aquella afanosa búsqueda producto del saber universitario que tiende a buscar en los escritos de los grandes autores las pautas para un tratamiento posible, queremos dejar sentado que todo abordaje de la psicosis pasa por los movimientos necesarios para que, eventualmente, un analista pueda insertarse al interior de ese texto enigmático.

Un texto porque el privilegio inicial no recae en aquella dimensión del sentido tan cara al psicoanálisis clásico, sino más bien, apunta a privilegiar lo literal (8). Desde ahí, la dimensión significante puede ser recogida dentro de una lectura donde entre la palabra y lo imposible se puede encontrar la posibilidad del escrito. Posibilidad sí, porque en las diferentes estructuras clínicas esto no es un hecho consumado, un dato evidente.

En la "Instancia de la letra", en 1957, donde Lacan plantea la preeminencia de lo textual, de aquello que desde el lenguaje opera como el punto de imbricación de la letra y el significante. De la repetición y del deslizamiento sin otro lugar de inscripción posible que el lenguaje. No vale ahí recurrir a esa dudosa referencia a la realidad externa, a la historia vivida del sujeto, la dimensión del apresamiento o no del sujeto en el escrito transcurre por la di(t)maensión privilegiada de su palabra.

Un texto que es la referencia a una estructura, a los lugares del recorrido subjetivo, a las posibilidades o no de una subjetivación, al apresamiento en el lenguaje que hace o no factible el advenimiento de un sujeto deseante.

No hay otro lugar para situarse, no existe, tampoco, otra posibilidad de interrogación o de escucha que la de partir de aquella función que de manera afortunada en el Seminario "Las Psicosis" Lacan nomina como función secretario.

El que toma nota, el que apoyándose en lo literal del dictado puede recibir y a veces hacerle puntualizaciones. Su obligación es de silencio, de guardar todo afán protagónico o de litigio así sea en nombre de quien le hace llegar sus planteos.

La función secretario está lejos, pues, del furor curandis, de la búsqueda del resultado como guía de la intervención. Es un modo, otro, de escribir el discurso del analista mediante la transliteración lacaniana del "Une-bévue" (9).

No hay, tampoco, otra manera de acoger a ese discurso que tiene una manera peculiar de expresarse. Sabemos de esa "...incompatibilidad entre el analista versión estándar y el psicótico, que nace del hecho de que ambos recurren, son, por así decirlo, candidatos al puesto de SsS..." (10). Sujeto Supuesto Saber como lugar en que el psicótico posa, primero, como objeto posible de una transferencia; haciendo saber, de este modo, segundo, lo que el Otro le hace saber.

La inscripción supone este doble reconocimiento, el del loco en lugar del eromenós. Al analista le correspondera una posición específica: a) la de recibir un testimonio y b) de

abstenerse de realizar interpretaciones sobre el equívoco significante y mucho menos de hacer juicios sobre la actividad delirante. Ello es complicado porque no se trata tampoco de convalidar ni de promover el delirio, se trata de reconocer en ese grano de verdad el mensaje que apunta hacia una asignación desubjetivante.

Ello articula un modo de enunciación, una estructura donde pueden reconocerse tres lugares: 1.- el del psicótico; 2.- el lugar del otro como testigo, no pasivo, sin embargo, porque lo es de un testimonio y 3.- un lugar del Otro (A) como el origen del dictado, de la asignación que da lugar a ese "ser tomado por otro" desde el que el psicótico hace saber de su dificultad trágica; es decir, de su apresamiento en un discurso que no le permite lugar, que no le permite asumir una posición subjetiva (11).

Este constituiría el delecto mínimo de la estructura que hace posible una inscripción, aquella, de un-analista para distribuir las cartas a los lugares correspondientes.

UN CASO:

En 1995 Raquel Capurro y Diego Nin (12) dan a la luz pública la fábrica del caso de una joven que en 1935 en el Uruguay mata a su padre.

En la introducción del trabajo los autores abren dos cuestiones que sirven como punto de partida para la exposición; la primera de ellas versa sobre la cuestión del testimonio y la segunda se dirige hacia el asunto de lo público y lo privado en la psicosis.

De este modo mencionan que "...Bajo esas formas socialmente devaluadas de la palabra -un delirio, un acto 'loco', una alucinación- alguien, catalogado como psicótico, dice, sin embargo, algo que *le importa mucho hacer saber...*" (13). El decir busca un *testigo*, alguien que permita hacer lazo del testimonio. El asunto consiste en que, a menudo, no se lo encuentra, el discurso de ese estigmatizado como loco es segregado en su dimensión de verdad y ello le lleva a que en una cantidad enorme de ocasiones se llegue a un punto "muerto", sin retorno. La reiteración de esas formas de la palabra, designadas en su devaluación de significado, hace que los diferentes públicos del psicótico le obliguen, ¿porqué no decirlo así?, a renunciar a ese intento.

¿Quién no ha tenido esa impresión, frecuente en los hospitales psiquiátricos, de que a mayor número de años de internamiento el loco es más silencioso?. ¿No se observa de que antes de que el "paciente" se someta a callar, los actos o el delirio son insistencias testimoniales?.

Este asunto engarza bien con el problema de lo público y lo privado. Esto es que al actuar, sea ya en un acto como el crimen que involucra a toda una comunidad o en el "brote" que interpela al grupo familiar o a la comunidad, al vecindario, al barrio, se plantea un testimonio desesperado de quien intenta hacer saber de su drama. Capurro y Nin exponen

que "...el acto paranoico intenta además hacer saber algo cuando el régimen de la palabra parece agotado. Ese intento se dirige a otro público, busca otro público, en este caso fuera del ámbito familiar..." (14).

El caso presentado es el de Iris Cabezudo Spósito quien al matar a su padre sigue un conjunto de interpretaciones e intuiciones delirantes le llevan a formar la certeza de que al cometer el crimen lo que esta en juego es una defensa, la de ella y su familia.

Iris se encuentra inserta en una estructura en la cual el padre aparece como depositario de toda la locura del grupo, la madre dicta, prácticamente a todos -adentro y afuera de la familia- una versión en exceso abnegada de sí misma y monstruosa de ese hombre que la sociedad designa como su compañero.

En el momento del crimen, Iris quien es una estudiante e hija modelo, recibe una acogida realmente paradójal. El Uruguay del 35 presenta un contexto dentro del cual el machismo imperante recibe el barniz de una creciente reivindicación de los derechos de la mujer. Al año siguiente, 1936, la Constitución Uruguaya consagra los derechos de las mujeres al voto. La prensa desde el inicio hace una reconstrucción del caso en la cual la muchacha es presentada como un alma inocente que movida por la desesperación se hace justicia por su propia mano, poniendo fin a una vida plagada de vejaciones y malos tratos.

Salvo una misiva proveniente del hermano del muerto, los testimonios recogidos de conocidos y compañeros de trabajo avalan el *dictado materno* de que ese era un mal hombre -que gozaba con martirizar a su familia-, de quien podía esperarse lo peor. La madre redacta un largo escrito donde al ponderarse se sitúa como víctima.

La justicia apoyada en la "ciencia" psiquiátrica, da un veredicto: inimputable. A lo largo del texto uno tiene la impresión de ver tejerse una trama en la cual Iris, nacida en un momento en el cual los ideales de redención de la madre hacia el padre se encuentran en su máxima expresión, recibe el dictado materno como una asignación desubjetivante. Ella cumple y soporta los ideales de la madre, el deber ser y el no hacer, conforman una discursividad en que la madre se le impone como el gran Otro imposible de ser tachado y ante el cual no cabe oposición alguna. Opinión pública, psiquiatría y poder judicial hacen las veces del Coro de la tragedia griega que marca el infausto destino. El veredicto le niega, inclusive, la posibilidad mínima, de hacerse responsable de su acto.

Iris sale de la cárcel y 22 años después, en 1957, con su delirio cuestionará esta sabia impartición de justicia.

Cuando ella se reintegra a la familia -después del veredicto del crimen- se encuentra con que el padre sigue presente en el discurso materno, después, uno de los hermanos se

hermano menor, quien por cierto se llama igual que el padre, Iris intenta realizar un giro y por primera vez se enfrenta a la madre. La mirada de odio que recibe a cambio le marca el inicio de la persecución. "...Lo más que pudo hacer Iris subjetivamente fue no creer ya en esa versión materna, la anterior a la 'conclusión desconcertante', pero en cuanto a su madre, no pudo cesar de sostenerla, erigida en una figura del Otro no castrado, omnipresente en los menores acontecimientos de su vida cotidiana, a través de ciertos indicios que oficiarán para ella como datos confirmatorios de la existencia de un *plan* de destrucción. No hubo para ella un cambio de **estructura**, sino un cambio de signo en la relación con su madre..." (15).

En el inicio de su delirio Iris recurre a un psiquiatra, el Dr. Isidro Más de Ayala (¡!), a quien le hace el pedido de hablar de su madre quien tiene un plan para destruirla a ella y sus hermanos. Ella **plantea ser objeto de una transferencia persecutoria**. Quien hace la interlocución, sin embargo, no encuentra el modo de separar lo atingente a una y a otra, no puede por ello encontrar un lugar en esa estructura.

El Dr. Más de Ayala decide internarla por considerarla paranoica, y ello sumado a sus antecedentes parricidas le lleva a concluir que es peligrosa inclusive para ejercer su profesión de maestra. Iris se convence de que el médico forma parte del complot y escribe, cientos de hojas, en el manicomio para seguir intentando escribir su testimonio. No hay en ese momento quien la escuche y le permita hacer valer su experiencia. El acto de escribir supone tanto un pasaje al público como un *sesgo testimonial* que intenta hacerse de un oyente que pueda asentir lo fundamental del planteo; esto es, la imposibilidad de inclusión en tanto sujeto deseante.

Los planteos de Iris son rechazados, sabiamente clasificados, doctamente entendidos en la dirección del tratamiento. Nadie puede escucharla, nadie puede hacer lazo en su delirio. La inscripción, mediante la fábrica del caso se hará pública 10 años después de su muerte. ¿Ello cambiará en algo su destino de desecho social?.

TRES CUESTIONAMIENTOS:

Las mostraciones que siguen a continuación no tienen otro sentido que releer los planteos o esbozos que impusieron la cuestión de la inscripción, como una problemática previa a cualquier propuesta de tratamiento con las psicosis. El hacer no puede ser independiente del lugar, del posicionamiento necesario para acoger el testimonio, que en algún momento afortunado puede hacer nudo.

La cuestión básica consiste en el recorrido a situar para que un psicótico acceda a testimoniar su experiencia. A menudo pide, solicita en palabras o actos, que tienen la misma dimensión textual, quien haga las veces de testigo. Sin embargo, en muchas ocasiones pone a prueba a su secretario, le expone problemas que ponen en el tapete la cuestión de su función, su propia pertinencia.

Estas interrogantes nos han llevado a transitar los caminos de la palabra, de ese cáncer que constituye la única y verdadera enfermedad mental (16). El momento de investigar, de tratar de exponer, fue posterior al del interrogante, los casos fueron tratados entre 1993 y 1995. El único justificante de su exposición consiste en hacer testimonio de aquello que con frecuencia se pierde en la dimensión del saber-hacer y que hace que el hacer-saber sea un género menor, aunque ahí, en su literalidad se encuentre una gran lección clínica: *cada loco es uno*.

Héctor:

Tiene 20 años en el momento en que es llevado a ser atendido. La familia lo encuentra apático, sin interés por nada, el principal reclamo proveniente del hermano mayor, quien juega como jefe de familia, es que no quiere trabajar.

Con el curso de las sesiones van escribiéndose una historia común y un vacío que le impide tomar un lugar en el mundo.

Un momento que situaremos como el lugar del primer giro se encuentra en el punto de expulsión de su grupo familiar. El hermano mayor lo corre de la casa porque no hace nada productivo, porque no aporta al sostenimiento de la familia. La necesidad existe, el grupo es numeroso, se representan ahí tres generaciones en habitación común. La abuela materna, la madre, cuatro hermanos, uno de ellos deficiente mental.

Sólo trabajan el hermano mayor y una hermana. El esfuerzo ha sido grande para salir adelante, para que algunos de ellos estudien. El padre ha muerto, nadie sabe cuanto tiempo hace de ello. El era flojo, nunca trabajo bien, pasaba casi todo el tiempo en las cantinas, nadie sabe tampoco cómo hacía para conseguir dinero para la bebida. Cuando el hijo mayor creció, todos huyen de él aprovechando una de sus ausencias.

La madre trabajó siempre para aportar a sus hijos lo que el padre no les llevaba, siempre silenciosa, nunca aprendió a leer y a escribir. Confiesa que cuando lo intentaba el dolor de cabeza era insoportable.

Cuando Héctor es separado de su familia un homosexual lo lleva a su casa e intenta seducirlo. El acto sexual no se consuma, pero le permite interrogar: "¿qué onda, soy homosexual o qué?". Alarma su falta de agresividad, en el barrio en que crece es frecuentemente objeto de golpes, no puede defenderse, no sabe como.

En Héctor no se presenta delirio, aparece como un hombre-hueco ambulante, va y viene por su casa, a veces sale, camina, ve a la gente. No puede inscribir nada dentro suyo.

Pasa cerca de un año, en un lento trabajo de escribir una especie de prólogo. Aparece algo que apunta hacia el , hacia el garabato de un planteo transferencial, comienza a leer un libro,

lo refiere como "El hombre que sabía contar". Pregunta a su escucha: "¿erés tú ese que contaba?"

La familia desespera, no se ven los resultados rápido, él sigue sin trabajar. Comienza a existir presión por la vía del retraso en los pagos convenidos. Las tensiones se agravan en función de los planes del hermano mayor para casarse, decide que antes de hacerlo va a llevarse a la familia a otra zona de la ciudad. En el cambio, Héctor decide irse, el problema es ¿dónde?

De improviso toma un morral con papeles de identidad, una poca de ropa, se "pierde" en la ciudad. Durante varios meses vive como indigente, duerme bajo un puente peatonal, a veces en parques, come donde puede, de lo que le regalan.

Un día una institución de beneficencia lo recoge, no sabe donde vive, cómo llegar al domicilio materno. El único dato que recuerda es el número telefónico de quien lo acompañó en el último año en sus trazos.

El decurso de Héctor continúa hoy en otro lugar, puede hablar más, pero, aún nada está resuelto. Su declaración de sexo, su asignación subjetiva, su lugar en el mundo son cosas que quizá puedan ser anudadas.

Su locura no muestra esa literalidad significativa que en la alucinación o el delirio presentifican un planteo. Sus actos, en la dimensión textual, marcan un recorrido por inscribir, por escribir, algo de aquello que está, literalmente, excluido de la palabra: la forclusión del Nombre-del-Padre.

Un secretario sólo podrá advenir en su función si parte de asignar al acto, al esbozo de planteo, una dimensión de texto. ¿Cuál es el tiempo en que ello advendrá?, depende del destino de las cartas, del momento en que sea oportuno acompañar en algún giro.

La familia está ahí en su interrogante de locura singular o simultánea, ¿cómo juega ella para propiciar o hacer pagar a Héctor la función de desecho que acompañó a su padre?

Daniel:

A los 18 años comienza por no poder dormir, padece de una gran angustia ante el temor de ser llevado por los extraterrestres. Ello se prolonga durante varios días, hasta que comienza con gritos, alucinaciones, un gran terror de ser destruido.

Concurre al Instituto Mexicano de Psiquiatría donde recibe el diagnóstico de esquizofrenia, con rasgos paranoides y es convenientemente medicado. El dictamen médico incluye la indicación: "los medicamentos deben ser tomados de por vida".

Pasan tres años durante los cuales toma sus fármacos, no hay otro episodio similar, aunque, las alucinaciones se presentan con cierta regularidad.

El es hijo del primer matrimonio de su madre, ella se casa en segundas nupcias y también se separa. Mujer humilde, en situación económica precaria, trabaja para sostener a sus dos hijos varones. Tiene otras dos hijas mujeres, que ellas sí, se valen por sí mismas.

La crisis de Daniel se produce en un momento en que se articulan varias situaciones; la hermana mayor se va a vivir fuera de la ciudad, termina con una muchacha con la que sostenía relaciones amorosas y en que las tensiones de un trabajo que le hacía portar objetos de mucho valor se le hacen insoportables.

Hace dos intentos por intentar ser tratado por el mismo terapeuta, en una institución deportiva donde concurre su hermano. Entre uno y otro pasan varios meses, es hasta ese segundo tiempo donde Daniel lleva interrogantes sobre su vida sexual que no había expresado la primera ocasión.

Desde ahí hace preguntas frecuentes sobre su sexualidad, sobre la existencia de aspectos homosexuales en su vida. Comienza a traducir el sentido de sus alucinaciones, observa que ellas se producen en circunstancias donde alguien "normal" realiza elaboraciones, donde alguien puede situarse de otro modo ante sus afectos. Consigue logros impactantes, decide dejar los medicamentos, retoma una actividad deportiva en la que había conseguido logros importantes, baja de peso. Comparte el orgullo por estar en vías de progreso.

La madre aparece, al inicio silenciosa, después se hace presente llevando continuas quejas del comportamiento de su hijo quien no trabaja, exige dinero y vende las pocas pertenencias que tiene para allegarse de fondos.

La situación económica es precaria y ante la propuesta de la hija mayor de que se trasladen a provincia, donde ella puede mantenerlos, acude para plantear ¿qué hacer?, sin embargo, el matiz consiste en que en México Daniel no tiene donde quedarse.

En aquella ciudad se busca a un analista de renombre, ante quien la ausencia de fondos para cubrir la cuota y la exigencia de que continúe con los fármacos se tornan obstáculos insalvables. El delirio persecutorio se desencadena y la nueva internación se hace inminente.

En uno de los viajes a la capital la madre trae varias hojas escritas por Daniel con frases que rezan:

Mi madre piensa que yo. Daniel su hijo.

Mi madre está enferma su nombre.

Mi madre se llama Magdalena y esta

Mi madre se llama Magdalena ...

Mi madre se llama Margarita ella tiene un trauma

Cuidado con mi madre piensa que yo soy su hombre pero yo no estoy de acuerdo

Cuidado con mi madre es un

Los papeles son acompañados por una carta de seis hojas donde Daniel trata de escribir los avatares de su partida y los primeros tiempos de su estancia en provincia. Resaltan tres aspectos de este escrito: uno donde relata que por inducción de su madre comenzó a escuchar y a tomar pláticas de *¡Contranálisis!* cuyo exponente es Leonardo Stenberg; dos, donde expone el modo en que los actos de su familia le informan sobre una enfermedad presente en todos ellos; y tres, en una frase final donde expresa "...estoy seguro de que hay espionaje internacional que desean saber como se distribuyen las drogas y ...".

Daniel hace evidente con todo ello una operación materna y un fracaso en su escritura. Hasta ese momento, es factible articular que a trasmano de los intentos terapéuticos la madre, aún con todo lo precario de la situación, puso siempre a su disposición brujos, cartomancianas, y un contra-analista. ¿Qué puede indicar el señalamiento del doble nombre de la madre?. Las siete frases en su literalidad muestran que ante el nombre de Magdalena no puede escribirse nada, ante Margarita hay una asignación de enfermedad, de "trauma". ¿Una Magdalena que en un doble juego le hace atadura con su propia miseria y en otro lugar traza la necesidad de una falta imposible de ser escrita en otra dimensión que no sea la "enfermedad"? ¿Cuáles son las drogas, el "endrogamiento", del que hay que dar cuenta y que se torna insoportable por esa dimensión sin límite, digamos, internacional?.

Hasta el momento en que el recurso a la literalidad desplaza el sentido previo es factible comenzar a bordear los meandros de una relación, donde, sin una posición de simetría se esboza algo que sólo se sostiene por la presencia de un dos, por una locura, donde la madre hace *deux*. En la frase: *Cuidado con mi madre piensa que yo soy su hombre...pero yo no estoy de acuerdo*. Al separar mediante el punteo el dictado de una relación se lee en la segunda parte la reacción ante una amenaza.

Guadalupe:

Es llevada por la familia posterior a una crisis, en la cual, en un estallido de angustia sale de su casa en la madrugada obedeciendo al dictado de la Voz Divina que le dicta actos de desafío al Diablo.

Antes de la remisión visita a una psicóloga quien, después de aplicar una Batería de Pruebas, dictamina que es un caso de paranoia. A renglón seguido acuden a un psiquiatra con quien se produce un enfrentamiento.

Guadalupe viene de una familia de 4 hermanos, es la menor. El padre un hombre alcohólico se encuentra unido a una madre aparentemente insignificante pero manipuladora. Después de una enfermedad del padre que lo pone al borde de la muerte, el nacimiento de Guadalupe se produce en medio de votos de agradecimiento a Dios y con la promesa de educarla en su fe.

Cuando la crisis se produce ella tiene 21 años, estudia Leyes, vive dedicada al estudio y a la familia. La madre pasa casi todo el tiempo con ella y de un modo u otro, se encuentra siempre pendiente de su vida.

Cuando Guadalupe llega al consultorio se encuentra visiblemente molesta, la llevan, ella no va por su propio pedido. Comienza retando, señalando que si ahí le van a hacer lo mismo con el psiquiatra. ¿Qué le ha hecho?: simplemente señalarle que las voces que escucha no son parte de la realidad, que debe controlarlas. Una expresión desencadena un brote de violencia con el médico: “¿Usted está tratando de decirme que esto que oigo es un invento mío, de mi cabeza?; ¡Tu lo has dicho!”. El desafío se encuentra entonces señalando un lugar para la inscripción: no cuestionar el delirio.

Después de la primera cita, Guadalupe sale diciendo: “voy a volver, el lugar me agrada. Hay muchas cosas blancas en él, y eso es bueno porque es un color de Dios”.

Se suceden las sesiones y hacia el segundo mes dice: “Me dio permiso. Él me ha autorizado a contarte lo que me dice”. A partir de ahí, las comunicaciones se suceden con una curiosa característica: por un lado llega, en plan de dictar un mensaje, de Abogada-Elegida-por-Dios que está en posición de dictarle al pequeño otro lo que Dios le hace saber, lo que le informa como dictado para la humanidad. Frecuentemente inicia diciendo: “Bien, ¿ahora que quieres saber?”. Por otro lado, lleva esporádicamente mensajes por escrito al psicólogo, a quien le interroga en tono desafiante “*Psicólogo. A ver si puedes ayudarme si soy un caso qué puedes decirme, ¿estoy loca?, lo único que quiero es que mi madre no me moleste*”. Otras comunicaciones escritas dicen: “*¿Porqué Mamá me hace tener sentimientos de culpa? R- No lo se, pero lo que yo siento es: 1. Que no debe haber culpables. 2. Yo siento que no cometi algo tan malo como para sentir que soy culpable. Su NEGATIVIDAD llega en ocasiones a frustrarme, e inhibirme, Fastidiarme donde quiera y como vea ¿Porque*

lo hace?. Su propia puntuación designa una interpelación, desde un lugar de relación con la madre y un elemento culposo. ¿Culpable de qué?

Guadalupe comunica la propia molesta de la Voz Divina “está ahí, no me deja descansar, ha sido horrible, me siento honrada porque me eligió, pero su exigencia es grande, todo el tiempo me habla”.

El acuse de recibo de ambos mensajes se marca, se le hacen notar ambas cosas sin que medien interpretaciones de sentido, sólo se marca lo textual. Se le permite hablar de su sufrimiento de la relación con la madre. En tanto, sigue dictando mensajes de Leyes divinas y humanas.

Realiza una limpia al consultorio para alejar la Energía Negativa que pueden dejar otros pacientes.

Después de casi un año de trabajo habla de sí, de una experiencia sexual con un novio, quien se ha ido. Habla mucho del sexo, va admitiendo tejiendo progresivamente la aceptación del acto, sigue siendo elegida, pero, Dios no la juzga, admite su falla humana. Dios ya no le pide pruebas, los estudios no son ya tan difíciles.

Un buen día, después de año y medio de trabajo llega y dice: *“Se fue. Ya no está ahí conmigo todo el tiempo. ¿Quién se ha ido?. “Dios..ya no me habla. Sé que el canal está abierto y que tengo una misión por cumplir. El canal con el continúa, está ahí. Pero ya no me habla más. Me deja para que de el testimonio con otras gentes. Acuérdate que un abogado es un advocatus, un abogado a servir, a servir para el prójimo”*.

Más que un síntoma parece cesar algo que deja marca, pero que, no tiene más necesidad de ser expresado por la vía doble de la Voz y el escrito.

Difícil es apuntar si esto tiene algún sentido de cura, habrá también que hacer fábrica del caso para hacer más explícito el sentido de su mensaje. Sin embargo Guadalupe, cuyo nombre es vital para la comprensión de la unidad de su delirio, deja lección, hace valer su testimonio. ¿De qué otro modo se podía escucharla si no es en el lugar de un secretario?. El dominio médico o psicológico, la maestría misma que debe demostrarse ante este tipo de situaciones, la vieja indicación de un gran docente de la psiquiatría de **no dejarse engañar por el paciente**, ¿qué sentido hubieran tenido dentro de esta historia?

El propio texto aquí apuntado hace las veces de una mostración, no de una exhibición de manejo técnico o categorial. A-lecciona sobre el modo que un-loco hace valer su testimonio.

CON-SECUENCIAS:

Siguiendo con la idea de testimoniar las lecciones recibidas en consecuencia de los mensajes locos, plantaremos, con ellos, que ese afortunado encuentro de la función secretario tiene bastantes más implicaciones que las son atingentes a la propia cuestión de las psicosis. Por un lado, vale señalar que esa primacía de lo textual, nos alerta a no apresar demasiado el sentido que parece desprenderse del uso del lenguaje en su función comunicativa. Por otro lado, la función secretario, como bien lo ha indicado Jean Allouch (17) no es aplicable sólo a un rasgo de estilo en el abordaje del tratamiento o escucha de las psicosis, sino que, hace marca sobre la función misma del analista ante la localización del caso. En psicoanálisis la situación es bi-corporal, pero, se trata sólo de un sujeto (18), de aquel que es representado por un significante ante otro significante.

Lacan señala: "...Nunca está de más sugerirles a los psicólogos y a los médicos que recurran a lo que, por más que sea, es accesible al hombre del común. Les propongo un ejercicio. Reflexionen un poquito sobre qué es la lectura..." (19).

Leer el texto, en el valor que acto o palabra tienen dentro de una escritura. La lectura plantea la pertinencia del secretario en la posición de hacer posible la emergencia significativa -de otro modo lo que puede estar en juego es la anulación del analizante por la vía de la intromisión de las significaciones del analista-.

Uno de los casos descritos por Rosenfeld (20) pueden servirnos para ilustrar esta cuestión. En él el autor apunta ejemplarmente su forma de intervenir e interpretar. Se trata de una joven quien padece episodios alucinatorios. En una de las sesiones ella se encuentra alterada, visiblemente agresiva, en algún momento toma una botella de la repisa y la arroja por la ventana. El médico intenta hablarle, ella lo calla, sin embargo, él entiende que se trata de un acto que significa la persecución que vive por parte de su analista. En la siguiente sesión ella evita mirarlo. El interpreta que "se había apartado de él con odio y ahora creía que se había vuelto hostil y en extremo peligroso". La reacción ante el señalamiento consiste en que la paciente le rodea el cuello con los brazos y dice "ahora me voy a quedar con ud.". Rosenfeld no reacciona, sabe que no debe rechazarla, pero, que debe controlar sus propias reacciones "contratransferenciales". En tanto ocurre esto ella habla del padre a quien supone en la guerra (la ida del padre a la guerra ocurrió, efectivamente, durante la primera infancia de esta paciente). El médico dice: "...Yo interpreté que había retrocedido a la infancia, cuando su padre estaba ausente, en la guerra y ella lo deseaba..." (21).

Este fragmento de la clínica, generosamente escrito por su autor, permite subrayar el tipo de trabajo a que se llega cuando prevalece una interpretación que tiende al sentido.

¿Qué autoriza por ejemplo a suponer que el acto de arrojar un objeto, una botella, por la ventana tiene un significado persecutorio?. En su valor textual ¿qué objeto es arrojado?, ¿lo que la paciente hace tiene un valor estrictamente comunicativo o es una forma de escribir su texto?. ¿Si el acto fuera un interrogante sobre su propia relación con el otro, sobre su lugar de desecho?. En fin, no se trata de superponer un sentido sobre otro, sino de marcar que es desde otro lugar desde donde algo puede ser inscrito y desde donde toma pertinencia otra función. Rosenfeld no ve otro modo de justificar su presencia más que "interpretando", lo

cual funciona a modo de transcripción a otro lenguaje. Las reacciones de la joven ¿son producto de su propia lógica interna, como parece deducir el autor, o de los modos de intervención que se producen?. A veces es fácil hacer descansar en el paciente aquello que pertenece a quien debe hacer la función de analista. Cabe, en este sentido el interrogante: ¿si el psicótico es intérprete por excelencia, qué sentido tiene oponerle otro delirio interpretativo mas o menos sistematizado, donde el otro le disputa el lugar de sujeto supuesto saber?. ¿Las propias reacciones amorosas u hostiles, son el producto simple y llano de la vivencia actual de la "prehistoria subjetiva" o más bien son los modos en que el sujeto se coloca ante esa designación de un pequeño otro quien también parece tomarlo por otra persona?. Vale dejar señaladas las interrogantes y soportar el silencio que supone un medio-decir, antes que intentar colmarlas de otro sentido.

Lo cierto es que además de estos avatares específicos lo que parece jugarse es la dimensión de testimonio del acto o el decir loco, quien muchas veces, no tiene la fortuna de escuchar un testigo. La problemática del éxito o el fracaso terapéutico, de esta manera, se desplaza más hacia la pertinencia de acusar el recibo del mensaje que hacia la llevada y traída discusión de la cura.

¿Quién puede presumir de haber logrado algo si no ha recibido el permiso correspondiente para formar parte de esa estructura?. Aún más, ¿no se logra esa licencia de inscripción después de haber logrado permanecer en el lugar adecuado dando reiteradas muestras de que se puede guardarlo con algo más que decoro?.

La inscripción, pues, apunta a hacer patente un testimonio el de aquel que nos informa de que no será oponiendo un sistema de interpretación a otro como se logrará acceder a la posición secretario.

La autorización de esa función atañe a que "...la función del yo en el psicótico no es de diferenciación, sino de ruptura y reparación (con la escritura topológica que le corresponde) entonces el yo está a la vez 'dentro' y 'fuera' (en la alucinación por ejemplo), el delirio está a la vez en plena intersubjetividad y en pleno solipsisimo..." (22).

El asunto apunta, también, hacia como dirigir el acuse de recibo. Será un silencio oportuno, un señalamiento, un interrogante adecuado, quizá una traducción, todo ello para hacer factible la inscripción que, en algún afortunado momento, quizá, servirá a los fines de una transliteración (23).

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Ver: Octave Mannoni. Claves de lo Imaginario. Edit. Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- 2.- Lacan, Jacques. Seminario XI, Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis. Edit. Paidós, Barcelona, 1987.
- 3.- Ver: Allouch, Jean. Freud, y después Lacan. Edelp, Córdoba, Argentina, 1994. Cap. 1.
- 4.- Esta es la lectura que hace Elizabeth Roudinesco en su texto "Lacan" publicado por el F.C.E. de Buenos Aires en 1995. Esta conclusión parte también de la consideración que la lógica de escritura decidida por Miller lo incluye como parteaguas del movimiento psicoanalítico. El programa mismo de publicación de los Seminarios parte del encuentro de este autor con Lacan y de ahí en adelante al tiempo que define una manera concreta de articular la publicación, otorga también un sentido a lo dicho por Lacan. Este último, más allá de que sea bueno a malo es, antes que nada, la escritura milleriana de Lacan.
- 5.- Para ilustrar varios ejemplos de este estilo puede consultarse: Varios Autores. Psicosis y Psicoanálisis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1985.
- 6.- Ver: Pasternac, Marcelo. "Puntuación e ins(des)titución". En: Puntuación y estilo en psicoanálisis. SITESA, México, 1990.
- 7.- Julien, Philippe. La Función Paterna. Seminario impartido en la Ciudad de México, D. F. en junio de 1990.
- 8.- Ver: Allouch, Jean. Letra por Letra. Edelp, Córdoba, Argentina, 1993.
- 9.- Pasternac, Marcelo. "La traducción: una consistencia en el ternario del pasaje de Lenguas". En: Artefacto 3, EPL, México, septiembre 1992. El autor señala: "... en el lugar del Unbewusste Lacan no traduce sino que translitera y coloca la *une-bévue*, la equivocación misma, la metida de pata..." p. 50.
- 10.- Allouch, Jean. Margueritte, Lacan la llamaba Aimée. Epee-SITESA, México, 1995. p. 619-620.
- 11.- Ver: Pasternac, Marcelo. "Locura/Lacura". En: Artefacto 4, ELP, México, septiembre 1993.
- 12.- Capurro, Raquel y Nin, Diego. EXTRAVIADA: Del parricidio al delirio. Edelp, Córdoba, 1995. El caso tiene, en verdad, una serie de hitos y dimensiones fundamentales en su lectura, en nuestra oportunidad sólo tomaremos aquello que nos permite destacar la problemática de la inscripción.
- 13.- Capurro, Raquel y Nin, Diego. Ibid. p. 9.
- 14.- Capurro, Raquel y Nin, Diego. Ibid. p. 261.
- 15.- Capurro, Raquel y Nin, Diego. Ibid. p. 305.
- 16.- Lacan, Jacques. Le sinthome, 17 de febrero de 1976. cit. por. Melenotte, George-Henri. "Una ruptura que revela un error". En: Artefacto 4, ELP, México, septiembre 1993. p. 46.
- 17.- Allouch, Jean. Freud, y después Lacan. Op. Cit.
- 18.- Este afortunado señalamiento pertenece a Marcelo Pasternac, bajo el marco del Taller "Cosas y casos de la locura". México, D. F. marzo 1997.
- 19.- Lacan, Jacques. Seminario III. Las Psicosis. Edit. Paidós, Barcelona, 1984. p. 296.
20. Rosenfeld, Herbert. "Notas acerca de la psicopatología y del tratamiento psicoanalítico

de la esquizofrenia (1963)". En: Ginberg, León (comp.). Prácticas psicoanalíticas comparadas en las psicosis. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1977. Este caso corresponde a la cita anotada por nosotros en el capítulo segundo del presente trabajo.

21.- Rosenfeld, Herbert. Ibid. p. 208.

22.- Pasternac, Marcelo. "Locura/Lacura". Op. Cit. p. 76.

23.- Allouch, Jean. Letra por Letra. Op. cit. En este texto el autor escribe: "...*La transliteración es el nombre de esta operación en que lo que se escribe pasa de una manera de escribir a otra manera.* Mientras la transcripción apunta a la asonancia, la transliteración escribe la homofonía, que resulta así, a despecho de su nombre, un concepto ligado a la escritura pues sólo la escritura establece la puesta en correspondencia de elementos de discriminación vecinos..." p. 74.

CONCLUSIONES

“... Parimos con dolor nuestro pensamiento y maternalmente les damos cuanto hay en nosotros: sangre, corazón, fogosidad, alegría, tormento, pasión, conciencia, fatalidad ...”

Federico Nietzsche (La Gaya Ciencia)

A lo largo del presente trabajo hemos tenido la oportunidad de realizar un recorrido por tres aspectos que consideramos centrales en el abordaje del problema de las psicosis, ellos son: la epistemología, el terreno de las prácticas que se cobijan bajo el nombre de psicoanálisis, y la clínica. Cada uno de ellos se nos ha impuesto con el peso de la necesidad para clarificar el asunto de la inscripción en el texto del loco.

Nuestro recorrido, en definitiva, se inscribe en el tiempo del habrá-sido, es decir, haciendo eco de la enseñanza lacaniana planteamos que es hasta el momento final cuando hemos logrado articular aquello que constituye el hilo conductor de los diferentes ensayos de exposición. Esto es, que al plantear el problema de la inscripción hemos supuesto que no constituye un asunto de hecho, algo dado, sino más bien, que ella es el producto de un movimiento amplio que va de la clínica a la teoría, pasando por la crítica institucional, y en un sentido inverso.

LA CLINICA:

El punto de anudamiento es, en definitiva, la clínica, sin embargo, la lógica de presentación nos ha llevado a un mecanismo inverso. Lo claro, a pesar de todo, es que en psicoanálisis nadie puede investigar sin exponer-se, sin jugarse. Nada puede bordearse si tampoco constituye un cuestionamiento severo a sí mismo.

Hablando de su escritura Jorge Luis Borges decía: "...Cuando escribo lo hago para, digamos, *aliviarme*, para liberarme de un tema. Yo no busco los temas, los temas me buscan. Cuando el tema insiste yo trato de escribirlo, y una vez que lo he escrito -eso me cuesta mucho, tengo muchos borradores detrás de cada página que escribo- lo publico para pensar en otras cosas..." (1). Un cuestionamiento, una "molestia", la imposición de una temática que exige ser puesta en otro lugar. Algo que sólo se encuentra que no se busca, que no es accesible para quien quiere armarse previamente a un encuentro. Cuando alguien interroga asuntos del saber-hacer de la clínica, asuntos técnicos o de encuadre, por regla general, hace explícito su propio momento de análisis. La prisa sigue estando prendida de la fe, de la creencia, en un Otro incastrable. Nuestros "borradores", en psicoanálisis, no pueden ser otros que los diferentes momentos y movimientos estructurales en la propia historia. La impostura de un tema se prende de estos lugares y el sostenerlo hasta llevarlo a la escritura no es, en absoluto, un acto azaroso.

Evidentemente, pueden realizarse ejercicios de deletreo en cualquier momento, pero, lo cierto es que el advenimiento del analista, de su posición y función, constituirá el punto central, el eje, desde el cual puede leerse lo logrado de una escritura.

Jean Allouch expone (2) a partir de dos categorías, la de creyente y mordido, las diferentes posiciones subjetivas que pueden asumirse en torno al análisis. Un creyente es preso de una fe, de un elemento indecible que sólo se sustenta en la ilusión de la no falta; el mordido, por su parte, es presa de una pasión, de algo que le ha conmovido profundamente sin que ello implique, tampoco, el anudamiento de la falta. Allouch señala que la posición de Freud, en tanto creador del psicoanálisis, fue de mordido por el inconsciente pero no era un creyente de modo alguno. El analizante se presenta como creyente y no está mordido por el inconsciente. El analista, a menudo, es creyente y mordido, pero también, ello implica colocar en un horizonte de lejanía la problemática de la destitución subjetiva. Una cuarta posibilidad anota el lugar de un analista que no sea ni creyente ni mordido.

Este lugar sólo podrá ser ocupado de manera adecuada si el analista confronta su fe última, el punto que lo sostiene, y puede inscribir la verdad de su propia castración.

Desde ésta posición es que alguien puede ser advertido para recibir el testimonio de aquel que con su palabra o acto intenta escribir lo que en su historia permanece velado.

Este decurso es el que hace que alguien pueda inscribirse dentro de un texto que es portado por un sujeto que, como ya lo mencionamos, es también candidato al puesto de Sujeto-supuesto-Saber.

Esta sería, verdaderamente, una cuestión preliminar, otra situación apunta hacia aquello que viniendo desde la dimensión de la palabra deja abierta la cuestión del des(a)tino del loco.

Lo que hemos presentado como textos de psicóticos presupone una situación de enseñanza. No nos proponemos hacer una muestra de dominio técnico o categorial, por el contrario, queremos mostrar a quien esté en posición de escucha que los testimonios de psicóticos son resistentes a certezas de cualquier especie. Más allá de los sesudos tratados de psiquiatras y/o "psicoanalistas" que, incluso en su modestia, hacen gala de conocimiento de la locura, se requiere de una posición especial con respecto al planteo psicótico para realizar ese acto de inscripción que pre-existe a cualquier posibilidad de cura.

El asunto mismo de la cura queda en suspenso, ¿qué será curar la locura?, ¿cómo podrá escribirse este interrogante de un modo tal que no cripte ningún afán de dominio o redención?. Todo indica, que, la cuestión misma de la inscripción apunta hacia el lugar difícil de sostener a un secretario que en la toma puntual del mensaje dé lugar a un afortunado intento de reparación, de anudamiento. Colette Soler (3) apuesta a la posibilidad de una estabilización, ¿de qué o para qué?, qué puede, realmente, apuntar hacia un destino o finalidad sin que ello haga una re-introducción de sentido.

Lo realmente insolente del psicoanálisis lacaniano es que lleva la singularidad del caso hacia un extremo casi in-soportable. Y decimos casi, porque, realmente es una tarea loca demandarle algo a quien, tampoco, puede estar en un lugar que sea de no-loco (4).

Las mostraciones topológicas y los matemas de Lacan constituyen, en este sentido, un modo sugerente de bordear un problema sin tratar de cristalizarle un sentido. Su propia lección de hacer una escritura precisa en un momento oportuno del caso, imposibilita el hacer de los grafos y esquemas una suerte de metalenguaje. No lo hay, como tampoco existe una garantía de saber del discurso psicótico algo que no sea vehiculizado por el mismo.

“...cae la creencia: Ya no se espera nada de alguna divinidad o humanidad, asimismo se posibilita la realización del acto analítico, pues si se reconoce por un lado el no saber todo acerca de sí, y por otra parte se acepta la intrincación con el otro, entonces ese en posición de analista podrá permitirse el dejarse llevar por el análisis del analizante, podrá permitirse actuar a pesar del no saber, eso que Lacan denominaba *être dupe*...” (5).

Análisis como acto y no precisamente de dominio del saber. La cuestión es crucial máxime tratándose de la locura psicótica. Operación necesaria para posicionarse en un lugar que hace factible la recepción del testimonio.

Héctor, Daniel y Guadalupe nos permiten expresar testimonios de la clínica, de su propia estructura, de su decurso para tratar de expresar algo que, de estar demasiado prevenidos, de saber mucho del loco, es inaccesible en su literalidad. Ellos son los verdaderos maestros que nos han conducido a revisar al interior del psicoanálisis aquellos mecanismos, no ya que hacen posible una escucha, sino por lo contrario, aquellas marcas y señales que han jugado de obstáculo para acoger esa verdad del delirio.

Tres dictados que en su planteo han hecho necesario una, verdadera, vuelta a los fundamentos sin más certeza que al revisar los diferentes mecanismos de inscripción ellos nos llevaban a otra cosa. ¿A cuál?, simplemente, a la docta ignorancia de hacer método de la singularidad, de la que, de antemano no puede decirse nada.

LA EPISTEMOLOGIA:

Los testimonios se encarnan cuando hacen de la función secretario una consecuencia, también, acaso, un estilo. No en balde Lacan hizo de la locura la llave maestra para producir el desplazamiento de la obra freudiana.

Su clínica, supone un respeto irrestricto por la palabra y por aquello que haciéndole agujero no cesa de no inscribirse, pero de ser señalado por las cicatrices del síntoma.

¿Porqué será que hasta el momento es tan difícil encontrar lecturas y prácticas lacanianas que sean consecuentes con la apuesta del autor?. Podríamos decir que una de sus grandes dificultades consiste en que su exigencia es de cuestionamiento extremo, de abandono de las creencias y las pasiones que hacen que también la “mordedura” sea un punto deseable desecho.

Nuestro recorrido epistemológico ha tratado de mostrar este, digámosle así, doble sesgo que lleva desde los grandes sistemas teóricos hasta la (s) teoría(s) del lenguaje que ellos posibilitan y en las cuales hacen curioso círculo, semejante a una serpiente mordiendo la cola. En el telón de fondo no se muestra un agujero sino una superficie, quizá coloreada, que hace de pantalla a la acción.

Digamos que, apoyando la tesis de Allouch, es factible observar que la epistemología contemporánea no ha tomado suficiente nota del caso del psicoanálisis, de su existencia como inclasificable. Esto, al menos para los cánones tradicionales de las grandes escuelas. Inclasificable, en dos aspectos: 1.- en la lógica de fundamentación-adscripción, que hace de las epistemologías generales los garantes de los pequeños discursos; 2.- en la admisión de la "regionalidad" epistemológica, que siendo admitida en la discursividad explícita retoma implícitamente ya el afán de dominador o de ser dominada.

En el primer aspecto, ya mostramos cómo el mecanismo tutelar impone una serie de exigencias y validaciones, donde, la singularidad de la clínica se oscurece habida cuenta de las exigencias de racionalidad que provienen de los grandes discursos. Inclusive, es la vía por la cual se reintroduce el sentido a la oreja analítica.

En el segundo aspecto, el recurso mostrado por la epistemología francesa de hacer reconocimiento a la particularidad de ciencias y/o discursos como fundantes de sus propios mecanismos de validación, ha demostrado que la especificidad técnica o categorial al estar inserta dentro de las coordenadas conceptuales del pensamiento contemporáneo, o más bien, siguiendo a Le Gaufey podría ser denominado clásico, termina por recurrir a dudosos "rupturalismos" generados desde aquellos grandes discursos o pretendiendo imponer a otros los criterios de validación propios.

La grandeza epistemológica del pensamiento lacaniano consiste en haber generado al interior del psicoanálisis una re-inscripción conceptual (6). Una revuelta del clasisismo imbricado en las categorías freudianas. No basta con denunciar los implícitos positivistas de Freud, como se hace a menudo, sino también es necesario, que el conjunto de la obra se redimensione en un movimiento amplio donde sexualidad, inconsciente, Edipo, lenguaje, etc. mantengan la consistencia clínica y se despojen del manto de racionalidad que las había cobijado.

No hay otra manera de leer, en su justa di(t)maensión el concepto de significante y su relación/exclusión con el objeto a , si no es renunciando a las ilusiones epistemológicas, por un lado, y por otro, reinscribiendo la teoría en otra lógica. De otra manera, la originalidad de Lacan siempre será perdida re-asegurando y subsumiendo su novedad, bajo el ropaje clásico que no es otro que el que las grandes epistemologías se atreven a exponer con mayúsculas.

Se ve pues, que el mensaje de la locura lleva más lejos, que a un simple cambio de referentes teóricos, exige una verdadera revuelta en el pensamiento.

LAS INSTITUCIONES:

La clínica, la epistemología y las instituciones conforman una trama compleja, densa, cuya mezcla da consistencia y resistencia a sus diferentes emergencias. Digamos que cada una no subsiste sin la otra, más allá de que sus tiempos de construcción y consolidación puedan rastrearse como diversos.

Las instituciones psicoanalíticas a lo largo de su historia han generado mecanismos de formación-transmisión que consolidan y circularizan las prácticas vigentes en su interior. Sus aparentes fallas no son más que puntos o momentos de emergencia donde sus aporías, se exponen con el peso de la evidencia.

El programa de formación para sus candidatos, la temporalidad que en él se expresa, el control por medio del análisis didáctico, los requisitos para ingreso, las publicaciones internas, congresos y declaratorias públicas de sus máximos exponentes, todo ello, conforma una verdadera red en la que se traducen ciertos efectos.

Lo que nosotros hemos pretendido mostrar en el presente trabajo es que ya en algunas publicaciones teóricas o en declaraciones diversas puede notarse un efecto, ya explícito en este final de milenio, de abandono discursivo del psicoanálisis. En la práctica quizá las cosas siempre han girado en esta dirección, aunque, también es posible suponer que ese método inaprensible, denominado psicoanálisis, siempre arrastra un "resto" de buen juicio que hace que, en ocasiones se bordee la verdad, a pesar de todo.

El efecto aludido es aquél que hace eco de la imposibilidad de practicar el psicoanálisis en este tiempo, en estas condiciones de vida, su pequeño matiz, dentro del mismo espectro se plantea en la necesidad de modificar la técnica en función de las nuevas patologías sociales.

En ambos aspectos, se muestra con el peso de la evidencia un malestar, aquél que apunta hacia la dificultad de sostener el lugar del analista. Nada cómodo, y por el contrario exigente, poco gratificante en términos del "yo" analítico: ¿quién puede hoy, sin perjuicio de su propia función, decir que su método antepone la cura sobre la interrogación del deseo?. En qué puede alguien basarse para decir que hoy son más factibles las psicoterapias que el psicoanálisis, si no es en función de su propia desilusión por no llenar del todo las expectativas de un alguien totalmente heredero de la práctica médica.

Este elemento de "medicalización" no se muestra ajeno, tampoco, a los criterios de ingreso y circulación del poder en las instituciones. Digamos que va más lejos que 1

simplemente suponer que las declaratorias provienen de teóricos del yo o de terapeutas formados en una tradición similar. El asunto indica una curiosa transversalización del conjunto del dispositivo y atrapa en una misma coherencia ya a las palabras o ya a las prácticas de circulación-distribución internas. El que los médicos detenten los puestos más importantes en la Institución Oficial Mexicana, el que se más fácil para un psiquiatra que para un no-médico el acceso a los programas de formación, aún más, ¡el que en un acto de conciliación se reúnan lacanianos-I.P.A. con psiquiatras para buscar el renacer de la clínica!, todo ello de-muestra el abanico medicalizador del psicoanálisis.

Un verdadero muro que resiste y reacomoda la racionalidad clásica al interno de las prácticas consagradas institucionalmente. Podemos incluso suponer que la estructura conjunta generada conforma un real territorio de inclusión-exclusión, donde se define no sólo un ámbito de pertenencia, y en consecuencia de pertinencia, sino también un lazo de estabilidad con otras prácticas. ¿No es cierto que la psiquiatría con su dominio asilar y medicamentoso de la locura conforma el territorio vecino, ante el cual, no sólo se conserva el patrimonio propio de manera defensiva sino que, también, se alienta al vecino para que haga eco y proteja el suyo?. Cuestión de propiedad e inclusive de complicidad, donde, al modo de la vieja distribución en la Guerra Fría, un movimiento abastece y fortalece al enemigo, el cual, en realidad, no es más que la otra cara de la moneda que reparte y equilibra la ley de probabilidades.

Instituciones más plurales, menos rígidas en su selección-adscrición, puntillosas, inclusive, en lo que hace a la defensa de sus propias convicciones críticas no son capaces de romper, tampoco, con el cerco epistémico-institucional que implica el cobijo de las grandes lógicas-poder (7) y el garante de formación establecido dentro de los programas de estudio consagrados. Las clientelas, la creencia, la idolatría, expresan claramente que el momento del *ni-ni* (creyente o mordido) es brillante, precisamente, por su ausencia.

¿Qué se ha generado de propio, de original, en el terreno de la mal llamada psicopatología, para hacer una nueva recepción del discurso loco?, ¿Cómo se ha leído dentro de esta, auto-asumida, izquierda institucional el mensaje de la locura vehiculizado por Lacan?. Ciertamente es que estos interrogantes no agotan, ni pretenden hacerlo, el panorama conjunto, apuntan simplemente a marcar un espectro dentro del que hay que situar los matices y las pertenencias.

Se ve, entonces, que el mensaje de la locura, su testimonio, apunta más lejos que a una simple modificación técnica, el cuestionamiento se dirige hacia esa dimensión triple a la que aludíamos antes: clínica, epistemológica e institucional.

AMBIGUEDADES:

Bajo el marco de ese triple cuestionamiento del mensaje de la locura hemos mantenido algunas ambigüedades de manera premeditada, otras, quizá puedan ser un 1

producto de la misma naturaleza del tema y por ello difíciles de ser captadas por quien escribe en un trabajo personal.

Dentro de las primeras se encuentra un manejo de categorías que ya aparecen como sinónimas ya como complementarias: psicosis, locura, loco y también, el uso de los pronombres "la" o "las" anteponiéndose a psicosis.

La cuestión de la locura, desde Lacan, subvierte los planteamientos estoicos ampliamente difundidos en la literatura psiquiátrica e inclusive psicoanalítica. a estos pertenecen las nociones de proceso, desvarío, y la meta última de dominar la pasión loca para retornar al enfermo al lazo social (8). En esta óptica la locura es un extravío de la razón, un acto o conjunto de ellos irreflexivos, disparatados, imprudentes.

La lección lacaniana, extraída de Freud, se dirige a mostrar, antes que nada, que no existe de hecho ningún hombre que sea ajeno a la locura. Freud descubrió ese desvarío, que con el nombre de inconsciente atraviesa todas y cada una de nuestras producciones. Esa dulce o terrorífica locura que en el sueño adquiere carta de ciudadanía.

Razón no es amo, podría decirse, siguiendo esta enseñanza. Allouch, retomando el "Elogio de la locura" de Erasmo subrayará como premisa inicial : "...no hay no-loco.." (9). Dirá también que la locura es honorable. No hay así ni modo de denostar ni modo de parecer ajeno a ese otro que testimonia esa primacía del significante y esa problemática de la falta en ser que son tan caros a otro tipo de locos, los neuróticos.

Lacan va lejos en dos sentidos, uno al hacer de la locura la experiencia clave para explicar la constitución del yo, y el otro, de manera provocadora, al hablar de dos tipos de locos uno de síntoma neurótico y otro de síntoma psicótico. El primero, se hace diverso del segundo en el momento que comparte la loca creencia en el análisis. El otro tiene el buen tino de no compartir esa fe y como ya expusimos en otro lugar, de plantearse como objeto de transferencia, como candidato, también, al lugar de Sujeto supuesto Saber.

La locura, pues, no tiene un sesgo patrimonial, hay que reconocer que supone rasgos de estructura, pero, a menos de perturbar nuestro PERNEPSI (es decir, la adquisición de una psicopatología perversión, neurosis, psicosis) terminaremos siempre sustituyendo una clasificación por otra.

Un adagio reza: no es loco quien quiere, si no quien puede. Ello introduce la cuestión estructural, un rasgo de buen sentido dentro del sentido común que supone todo clisé. Perversos, Neuróticos y Psicóticos suponen no tanto insuficiencias en torno a un proceso, más bien fallas en torno a una estructura. Formas de articulación o no en torno al significante y modos diversos de ubicarse ante y por la falta.

De este modo, mantener el pronombre "la" ante la psicosis apunta a mantener un rasgo de estructura, sin querer decirlo en demasía, anteponer "las" se dirige hacia el

reconocimiento de la singularidad del caso, lo cual hace, literalmente, imposible cualquier intento clasificatorio o taxonómico.

De aquí también nuestra reticencia a exponer la existencia de una clasificación lacaniana de las psicosis.

PENDIENTES:

Si nos es dado exponer un juego significativo, y más aún, que ello representara algo diverso de una recaída en un lacanismo vulgar (9), podríamos señalar que pendiente remite a lo que pende, a una cuesta o a un asunto de trámite posterior. En ese triple sentido queremos mantener esta categoría.

Es, por un lado, un borde hacia el vacío, esta loca entrada del lacanismo por el terreno de la locura. Más aún, es francamente poco tranquilizador abrir algo para hacer más grande el recorrido. Ello en gran medida se logra manteniendo a raya el movimiento que en esta época se perfila como una nueva institución oficial donde, según puede atestiguar en sus producciones, existen ya muchas certezas, un recorrido firme. El borromeo de tres a cuatro, la lógica de nudos, la primacía del R.S.I., la perturbación en Pernepsi, todos ellos marcan sesgos, bordes, que iluminan en su apertura y no suponen un punto de cierre. ¿Se producirá de ellos una -otra- psicopatología?

Una curiosa exigencia: lógica estructural e irrestricto respeto a la singularidad del caso. En ambos sentidos Erik Porge (11) señala tres cuestiones que permanecen abiertas en la obra de Lacan:

A.- La primera, en que a decir del autor, Lacan distingue, al menos dos tipos de psicóticos, el esquizofrénico para quien "todo lo simbólico es real" y el paranoico donde existen "las estructuras imaginarias prevalentes". Sin embargo, las diferentes psicosis suponen, también, modos propios de establecer la articulación cuerpo-significante, ello da lugar a algo que, por lo menos, nosotros, deberíamos denominar tratamiento diferencial (12).

B.-La segunda, supone que hay dos cuestiones pertinentes a la causalidad de las psicosis, una en la que, solidarios con los primeros planteos de Lacan puede establecerse una falla en lo simbólico, la cual no existiría solamente a nivel del Nombre-del-Padre, sino también del Otro primordial, cuyo lugar está ocupado por la madre. Porge plantea, además, que para Lacan no se excluye una causalidad imaginaria de las psicosis.

C.- En consonancia con los argumentos de Jean Allouch, Porge propone que es después del nudo borromeo cuando comienza verdaderamente una clínica del RSI, antes de ello, la obra de Lacan supone una supremacía del registro simbólico sobre el imaginario. Esta forma de trabajo, sin embargo, se construye día con día.

La pregunta de Allouch cobra todo su vigor: "... Si hay por tanto un 'punto de vista' lacaniano en psicoanálisis, esperamos haber mostrado que se trata de un punto triple, constituido por el ternario R.S.I. Sin embargo, antes que de un punto de vista, se trata de una proposición hecha por Lacan al psicoanálisis freudiano: ¿admitirá éste que con esos tres se mantiene así de pie mucho mejor..." (13).

A MODO DE CIERRE:

Quisiéramos establecer que la obra lacaniana nos ha presentado una apertura y un desafío, por una parte, ha cuestionado todas las certezas, inclusive aquellas abanderadas con su nombre, con que iniciamos el presente trabajo: lo inconcluso, lo sugestivo, lo esbozado constituyen recortes que abren brecha pero que no indican el lugar definitivo donde alguien habría de detenerse. Lacan exige una toma de postura, pero es resistente al dogma, a la falacia de la adquisición definitiva. El cuestionamiento del deseo apunta no sólo a la obra, sino también, a todo aquel que intente ser parte del camino lacaniano, de este modo, ¿qué será aquello que emerja del momento en que un analista pueda establecerse como **ni-ni**, es decir, ni creyente ni "mordido"? Cada cuál tendrá una respuesta que se aleja de la posibilidad de establecer el pronombre **la** a la misma.

Por otra parte, el desafío consiste en continuar la triple inscripción que hemos expuesto a lo largo del presente texto: en la clínica, en la teoría-epistemología y en la lógica de la formación analítica, con sus dos extremos en puntos de apertura y cierre, el del sujeto y el de la institución.

En otras palabras, el asunto sería el de la inscripción de la falta, en un sujeto que, eventualmente podrá ocupar el lugar de analista, para producir junto con un loco ese momento fecundo que desnuda y resiste todas las certezas. Falta, que en sus dimensiones teóricas y epistemológicas, obliga a recorrer articulaciones, a despojar de sentido las categorías correspondientes, para re-establecerlas en otras puntuaciones, y a fundar otra forma de escritura que, en el último de los términos, corresponda a esa peculiaridad-particularidad que es propia del decir del analizante. Para todo ello, el tránsito por los mecanismos formativos e institucionales exige un cuestionamiento. Vale decir, ¿qué habrá hoy, de definitivo, como no sea un bordeamiento, de todo este entramado?.

BIBLIOGRAFIA:

- 1.- Pivot, Bernard. "Borges Oral: entrevista con José Luis Borges". En: La Jornada Semanal, No. 107, 23 de marzo, 1977, p. 10.
- 2.- Allouch, Jean. "Perturbación en Pernepsi". En: Litoral 15, Saber de la locura, Edelp, Córdoba, Octubre 1993.
- 3.- Soler, Colette. Estudios sobre las psicosis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1992.
- 4.- Para mayor idea de esta cuestión es necesario consultar el artículo de Jean Allouch citado líneas arriba.
- 5.- Tamayo, Luis. "Sabiduría y acto analítico". En: Diálogos sobre Ontología y Estética. UNAM, México, 1995.
- 6.- Es el sentido de lo expuesto por Guy Le Gaufey. La evicción del origen. Edelp, Córdoba, Argentina, 1995.
- 7.- Con este término referimos al juego de tutelaje que se establece entre las epistemologías generales y los discursos científicos, dentro del cual, con frecuencia se busca la legalidad en una cuestión de linaje. Como toda herencia, también, ello trae cuestiones de honor y respeto. Esta es la razón por la que las producciones internas son enmarcadas primero por aspectos de fidelidad y luego de verdad. Es consecuencia, no afortunada por cierto, la violencia con la que se producen disidencias y el estigma, de abjuración, con que se juzga la diferencia.
- 8.- En este sentido es importante revisar el artículo de Jean Allouch. "Perturbación en Pernepsi". Op. Cit.
- 9.- Allouch, Jean. Ibid. p. 21.
- 10.- Una distinción importante en este sentido es introducida por Marcelo Pasternac bajo el marco de su texto: "La traducción: una consistencia en el ternario del pasaje de Lenguas" publicado en Artefacto 3, EPL, México, septiembre de 1992.
- 11.- Porge, Erik. "Endosar su cuerpo". En: Litoral nos. 7/8. Las Psicosis. Edit. La Torre Abolida, Córdoba, Argentina, 1989.
- 12.- Nótese, sin embargo, que esta nominación trae como consecuencia la re-introducción de la cuestión del "sentido", habida cuenta que el reconocimiento de la singularidad del caso debería posibilitar no sólo el reconocimiento de la diferencia sino también un tipo intervención particular.
- 13.- Allouch, Jean. "El punto de vista lacaniano en Psicoanálisis". En: Litoral No. 16, Antecedentes lacanianos, Edelp, Córdoba, Argentina, Abril 1994.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA GENERAL:

- Allouch, Jean.-213 ocurencias con Jacques Lacan. SITESA, México, 1993.
 -En estos tiempos. Libros de Artefacto, Epeelee, México, 1993.
 -Freud, y después Lacan. Edelp, Buenos Aires, 1994.
 -Letra por Letra: Traducir, transcribir, transliterar. Edelp, Buenos Aires, 1993.
 -Marguerite: Lacan la llamaba Aimée. Epeelee, SITESA, México, 1995.
 -¿Paranoización?. Simple indicación sobre la dirección de la cura. Ediciones psicoanalíticas de la letra, México, 1988.
 -Perturbación en Pernepsi. En: Litoral 15. Saber de la locura. Edelp, octubre 1993, Córdoba, Argentina.
- Allouch, Jean y otros. Lacan-Freud: ¿Qué relación?. Editorial Villicaña, México, 1987.
- Allouch, Jean; Porge, Erik y Viltard, Mayette. El doble crimen de las hermanas Papin. Epeelee, México, 1995
- Althusser, Louis. El porvenir es largo. Ediciones Destino Ancora y Delfin, Barcelona, 1992.
- Anserment, F. y otros. La psicosis en el Texto. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1990.
- Bachelard, Gastón. Epistemología. Edit. Anagrama, Barcelona, 1988.
- Bellour, Raymond. El libro de los otros. Edit. Anagrama, Barcelona, 1973.
- Bercherie, Paul. Los fundamentos de la clínica. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1986.
- Bleger, José. Psicoanálisis y dialéctica materialista. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1973.
- Bleger, José. "Cuestiones metodológicas del psicoanálisis". En: Ziziemsky, D. (de). Métodos de investigación en psicología y psicopatología. Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- Braunstein, N. Goce. Siglo XXI, México, 1990.
- Braunstein, N. y otros.-El discurso del Psicoanálisis. Siglo XXI, México, 1986.
 -El lenguaje y el Inconsciente freudiano. Siglo XXI, México, 1982.
 -Psicología, Ideología y Ciencia. Edit. Siglo XXI, México, 1984.
 -Psiquiatría, Teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan). Edit. Siglo XXI, México, 1980.
 -La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan. Siglo XXI, México, 1983.
 -Las Lecturas de Lacan. Edit. Dos velas-Psi, México, 1989.
- Caruso, Paolo. Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan. Edit. Anagrama, Barcelona, 1973.
- Charles, María. En el nombre del hijo. Edit. Anagrama, Barcelona, 1990.
- Dalbiez, Roland. El Método psicoanalítico y la doctrina freudiana. Club de lectores, Buenos Aires, 1987.
- Del Moral L., Fernando. Etica y práctica del psicoanálisis. Distribuidora y Editora Mexicana, -México 1992.
- Derrida, Jacques. El concepto de verdad en Lacan. Homo Sapiens, Buenos Aires, 1977.
 -La desconstrucción en las fronteras de la filosofía. Edit. Paidós, Barcelona, 1989.

- De Krell, I. (comp.). La escucha, la histeria. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1984.
- De Waelhens, A. La psicosis. Ediciones Morata, Madrid, 1985.
- De Ventós, R. Oficio de Semana Santa. Editorial Kairós, Barcelona, 1979.
- Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan. Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje. Siglo XXI, México, 1983.
- Durás, Marguerite. El arrebató de Lol V. Stein. Tusquets, Barcelona, 1897.
-Escribir. Tusquets, México, 1994.
-Outside. Plaza y Janés, Barcelona, 1993.
- Freud, Sigmund. Fragmentos de correspondencia con Fliess (1892-1899)
-Las Neuropsicosis de defensa (1894)
-Nuevas Puntualizaciones sobre las Neuropsicosis de defensa (1896)
-El delirio y los sueños en la <<Gradiva>> de W. Jensen (1907)
-Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) descrito autobiográficamente (1911)
-Introducción del narcisismo (1914)
-Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica (1915)
-Mas allá del principio del placer (1920)
-Neurosis y Psicosis (1924)
-La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis (1924).
- Godino Cabas, A. La función del falo en la locura. Editorial TRIEB. Buenos Aires, 1980.
- Green, A.; Nassif, J.; Reboul, J. Objeto, castración y fantasía en el psicoanálisis. Siglo XXI, Buenos Aires, 1980.
- Joyce, James. Retrato del artista adolescente. Edit. Origen, México, 1983.
- Julien, Philippe. El retorno a Freud de Jacques Lacan. SITESA, México, 1992.
-Seminario "La función paterna". México, 1990.
- Lacan, Jacques. -Escritos 1. Siglo XXI, México, 1984.
-Escritos 2. Siglo XXI, México, 1984.
-Psicoanálisis: Radiofonía y Televisión. Edit. Anagrama, Barcelona, 1977.
-Reseñas de Enseñanza. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984.
-Seminario 3. "Las Psicosis". Edit. Paidós, Barcelona, 1987.
-Seminario 11. "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Edit. Paidós, Barcelona, 1987.
-Seminario 20. "Aún". Paidós, Barcelona, 1981.
-Una psicosis lacaniana: presentación de caso. Mat. fotocopia.
- Lacan, Jacques y otros. Análisis de las alucinaciones. Paidós, Buenos Aires, 1975.
-El Atolondradicho. EoSrCnAiNcSaIrO?N. Paidós, Buenos Aires, 1975.
-Las formaciones del inconsciente. Nueva Visión. Buenos Aires, 1979.
- Langer, Marie y otros. Memoria, historia y diálogo psicoanalítico. Folios Ediciones, México, 1981.
- Laurent Assoun, Paul. La Escuela de Francfort. Publicaciones de la Cruz, México, 1991.
- Laurent, Eric. Concepciones de la cura en psicoanálisis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984.
-Estabilizaciones en las psicosis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Laurent, E. y otros. Lacan y los discursos. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1992.

- Larousse. Diccionario de la lengua española. Larousse Planeta, México, 1994.
- Lombardi, G. y otros. La clínica del psicoanálisis: las psicosis. Editorial ATUEL, Buenos Aires, 1994.
- Maci, Gustavo. La Otra escena de lo Real. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
- Maleval, Jean-Claude. Locuras histéricas y psicosis disociativas. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1987.
- Mannoni, Octave. La Otra escena: claves de lo imaginario. Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
-Un comienzo que no termina. Edit. Paidós, Barcelona, 1982.
- Marchilli, Alberto. Freud, Hartmann y Lacan. Edit. TEKNÉ, Buenos Aires, 1985.
- Masotta, Oscar. -El modelo pulsional. Catálogos Editora, Buenos Aires, 1986.
-Ensayos lacanianos. Editorial Anagrama, Barcelona, 1976.
-Lecturas de psicoanálisis Freud-Lacan. Paidós, Buenos Aires, 1992.
- Miller, Jacques-Alain. Escisión, Ex-comunión, Disolución. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1987.
-Lógicas de la vida amorosa. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1991.
-Matemas I. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1991.
-Matemas II. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1991.
-Recorrido de Lacan. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984.
- Miller, Jacques-Alain y otros. Clínica bajo transferencia. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984.
- Nasio, Juan David. Cinco Lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan. Gedisa, Barcelona, -1993.
-La mirada en psicoanálisis. Gedisa, Barcelona, 1993.
- Paola, Daniel. Psicosis o cuerpo. Ediciones Laderiva, Buenos Aires, 1994.
- Perrés, José. El nacimiento del psicoanálisis. Plaza y Valdés-Folios, 1988.
- Piaget, Jean. Tratado de lógica y conocimiento científico. Tomo 1, Edit. Paidós, Madrid, 1980.
- Pommier, Gérard. Una lógica de la psicosis. Catálogos-Paradiso, Buenos Aires, 1985.
- Porge, Erik. La folie a deux. Ediciones psicoanalíticas de la letra. México, 1988.
- Rodríguez, Sergio (comp.). Lacan... Efectos en la clínica de las psicosis. Lugar Editorial, Buenos Aires, 1993.
- Roudinesco, Elizabeth. "Jacques Lacan: novela de juventud." En: La batalla de los cien años: historia del psicoanálisis en Francia. Tomo II, Edit. Fundamentos, Madrid, 1988.
-Lacan. FCE, Buenos Aires (3a reimp.).
- Soler, Colette. Estudios sobre las psicosis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Soler, Colette y otros. Lacan y el banquete. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Tamayo Pérez, Luis. La temporalidad del psicoanálisis. Editorial Universidad de Guadalajara, México, 1989.
- Varios Autores. ¿Cómo se analiza hoy?. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1984.
- Varios Autores. Clínica diferencial de las psicosis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1988.
- Varios autores. La envoltura formal del síntoma. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1989.
- Varios Autores. El significante de la transferencia II. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1987.
- Varios Autores. Psicosis y Psicoanálisis. Edit. Manantial, Buenos Aires, 1985.

Varios Autores. Puntuación y Estilo en Psicoanálisis. Libros de Artefacto, SITESA, México, 1989.

Revistas:

- Analítica nos. 3/4, 1980. El Ateneo Caracas.
- Apertura no. 1, 1986. Serbal, Barcelona.
- Artefacto 1. "El psicoanalista". marzo 1990. ELP, México.
- Artefacto 4. "La locura". septiembre 1993. ELP, México.
- Cuadernos Sigmund Freud 9. El deseo del Analista. EFBA, noviembre, 1982.
- Clínica y análisis grupal. Año 6, no. 29, jul-agosto, 1981. Edit. Fundamentos, Madrid.
- Clínica y análisis grupal. año 6, no. 30, sep.-oct., 1981. Edit. Fundamentos, Madrid.
- Investigación humanística. Revista de la UAM, año IV, No. 4, 1988.
- Littoral. Las Psicosis. Escuela lacaniana de Psicoanálisis. Edit. La Torre abolida, 1989.
- Lust, no. 0. México, s/f.
- Lust, no. 1. México, s/f.
- nA, no. 7. Las Psicosis, 1994, Buenos Aires.
- Psicología y Sociedad. UAQ, año 2, número 5, abril-junio 1988.
- Redtórica. Fantasma-s. 1987, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Umbral. ENEP Iztacala, UNAM, México, año 1, No. 1, 1988.